

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN

5ª edición

PALABRAS EN LA ARENA



astor
NOVA

Colección: Astor

Coordinador de esta edición: [Ricardo Regidor](#)

© José Ramón Ayllón, 2007

Página web: www.jrayllon.es

© Ediciones Palabra, S.A., 2012

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

Diseño de Cubierta: Francisco Javier Pérez León

ISBN: 978-84-9840-608-5

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo χ por escrito del editor.

*A mi gallega,
numerosa
y jovencísima
familia Huidobro,
de Pedro a Beatriz,
pasando por Inés y
Alfonso.*



Pigmalión, intensa e intencionadamente didáctico, ha tenido un éxito extraordinario. Lo siento por esa muchedumbre de críticos que no se cansan de repetir que el arte nunca debe ser didáctico.

G. Bernard Shaw

JUNIO



EL ODREN NO IMPOTRA

Sgeún un etsudio de una Uinverisdad iglensa,
no impotra el odren de las lertas ecristas.
Lo únco improntate es que la pirmera
y la útlima lerta de cdaa palbara
etsén ecritas en la pisoción corrceta.
El retso peuden etsar desclocoadas,
y aún así etenndreemos tdo,
porque no lemeos cdaa lerta por sí msima,
snio la palbara en un tdo.

Irene

Peus que me duevlevan el dinreo.
¡Tontas aoñs de Isntutito a la mirdea!

Maxi

Fin de curso, Ana. Así nos entretenemos en la pizarra entre clase y clase. Son los nervios. Compréndenos.

1. ME PRESENTO

Te llevo en la mochila, Ana. Bueno, ahora no. Ahora estoy escribiendo y tú me miras desde la portada de tu Diario. Me miras y sonrías con picardía, como invitándome a charlar contigo. Por eso te escribo en mi habitación, antes de acostarme, sentado frente a una ventana que mira a la calle Camelias, mojada por la lluvia fina de la noche viguesa. Pero terminaré esta página y volverás a la mochila para acompañarme mañana al instituto, como estos días. Porque últimamente somos inseparables...

Me llamo Borja y vivo en Vigo, una ciudad gallega junto al mar, a la que nunca me canso de hacer fotos, como si fuera una muchacha. Pronto verás que estoy enamorado de mi tierra. Si una guía turística me pidiera un párrafo sobre la Galicia atlántica, diría que está atravesada por suaves cordilleras en paralelo, como los dedos de una mano. Añadiría que el mar entra en sus valles muchos kilómetros tierra adentro y que sus aguas son cuñas azules en el verdor intenso de las riberas. Así es el paisaje de las rías. En el espejo de la más profunda se refleja Vigo, recostada sobre la ladera que baja desde la pequeña cumbre del Castro hasta las aguas. En esa cumbre está el Instituto Cunqueiro, donde yo estudio, en una zona residencial con jardines y arbolado, a la sombra del viejo castillo que defendió la ciudad en los siglos medievales.

¿Te ha gustado esta descripción? Mi trabajo me ha costado, no creas. Pero es que pienso ser periodista y escritor, y tengo que afilar la pluma. Lo acabo de soltar hace un rato en la mesa, mientras cenábamos, más que nada para ver cómo caía la cosa. La abuela ha comentado que le parece bien y que me presentará al director de *El Faro*, viejo conocido suyo. Mi padre ha dicho que tendré que ser muy bueno si no quiero morir de hambre. Rafa me ha preguntado cuántas horas me va a durar esa decisión, pues ya he cambiado de futura carrera y profesión veinte veces. Mi madre ha lanzado un teatral suspiro de alivio, porque pensaba que mi incultura y mi asilvestramiento no tenían remedio. Y Nuria, por último, «ya puedes empezar a practicar, porque escribir bien me parece una cosa superdifícil». Y aquí me tienes, siguiendo el consejo de mi hermana, que para eso estudia Psicopedagogía y es mi asesora de imagen.

2. ME GUSTAS

Para alguien como yo es una sensación muy extraña escribir un diario. No solo porque nunca he escrito, sino porque me da la impresión de que, más tarde, ni a mí ni a ninguna otra persona le interesarán las confidencias de una colegiala de trece años.

Pues te has equivocado, Ana. Tu diario se ha hecho más que famoso. Cayó en mis manos hace ya muchos meses, en noviembre, como regalo de cumpleaños. Se lo agradecí a Irene con lo único que me salió en ese momento: una forzada sonrisa de circunstancias. Desde que empezó el curso, Irene hacía notables esfuerzos por llamar mi atención, y reconozco que lo estaba logrando. Pero con tu diario perdió varios puntos. A mis 17 años recién cumplidos, lo que menos me apetecía era perder el tiempo con la lectura empalagosa de una chiquilla de 13. Recuerdo que esa noche bastó un vistazo sobre algunas páginas, abiertas en tres o cuatro intentos al azar, para convencerme de que eras un poco histérica y cursi. En realidad, no esperaba menos de ti. En días sucesivos, Irene me preguntó varias veces por el regalo. Es que tengo mucho que estudiar, respondía yo. Pero esa excusa no colaba. En clase nos conocemos todos, y todo el mundo sabe que dedico al estudio el poco tiempo que me dejan libre los amigos y mis grandes aficiones: el deporte y la lectura.

La verdad –lo reconozco– es que no me pareciste simpática y me olvidé de ti. Hasta que, hace una semana, me comunicaron la gran noticia: tengo el curso aprobado. Al llegar a casa, me faltó tiempo para subir los libros de texto al trastero. Libros que me habían pesado doblemente, en la cabeza y en la mochila, durante nueve meses. Después respiré hondo y me dispuse a rellenar, con otros libros que pienso disfrutar este verano, el agujero negro que los ladrillos empollados acababan de dejar en mi habitación. Entonces apareciste de nuevo, con tu cara feúcha y tu sonrisa llena de vida. Al contemplar esos ojos vivarachos que miran de frente al lector, me pareció que buscabas un amigo y me pedías una oportunidad. Muy bien. Esta vez te miré con simpatía y decidí

escucharte. Para mi decepción, abrí tu diario y vi que lo tomabas como si fuera una amiga íntima. *Querida Kitty: eres mi diario, mi mejor amiga, a quien pienso contar mi vida y bla, bla, bla...* Mira que eres paleta, pensé. Ya sé que la personificación es un recurso literario, pero lo de Kitty, más que un recurso me pareció una memez. Recuerdo que lo comenté al día siguiente en clase, medio riéndome de ti. «A lo mejor estaba un poco zumbadilla», aventuró Maxi. «Tú sí que estás un poco zumbadillo», le respondió Irene, abogada permanente de los oprimidos, y más si son mujeres. Después de esa defensa en público, tu protectora me aconsejó no ser tan quisquilloso y seguir leyendo, pues no me defraudarías. Tenía razón. Reconozco que cada vez me gustas más, y prueba de ello es que me has brindado –ahora que ya estoy libre de exámenes– una buena excusa para poner en práctica el consejo de mi hermana: imaginaré que en tu diario te diriges a mí, leeré *Borja* donde tú escribas *Kitty*, y te contestaré largo y tendido.

Por cierto, he pasado media tarde en casa de Irene, repasando Lengua. Se le atragantan la asignatura y el profesor, que para colmo es el dire. Irene podría pedir ayuda a Silvia o Alberto, a Pedro o Maxi, que controlan más que yo. Pero dice que yo tengo mejores explicaderas y más paciencia. No es verdad, Ana. Lo que sucede es lo que ya estás imaginando.

3. LO SIENTO

No tengo intención de enseñarle nunca a nadie este cuaderno de tapas duras llamado pomposamente «diario».

3 de junio y martes. Hoy siento, Ana, que debo pedirte disculpas por el atrevimiento de meterme en tu vida sin tu permiso. Reconozco que es una impertinencia entrar a saco en tu cabeza y en tu corazón, en la intimidad de tus sentimientos, en el secreto de tus emociones, en tus gustos y manías... Ya sé que no tengo la culpa, pues estás en todas las librerías del mundo, como *La Biblia* y *Harry Potter*. Pero no te hubieras exhibido de esa forma de haber imaginado la publicación del diario. Te habrías muerto de vergüenza, como cualquiera.

También debes disculpar mi envidia. Me queda un curso más en el instituto, y después ya sabes lo que quiero: ser periodista y escritor. Te digo lo de la envidia porque tengo 17 años y soy un perfecto desconocido. En cambio, vas tú, escribes un diario siendo casi una niña y de la noche a la mañana te conviertes en superfamosa. De ahí el agravio comparativo. Y también la determinación de leer tus páginas para descubrir el secreto del éxito. Más tarde escribiré mi primera obra maestra, la que me llevará a todas las familias, librerías y bibliotecas del mundo occidental: Tolkien, Rowling, Ana Frank y Borja Arregui. Te vas a enterar.

Irene me sigue pidiendo ayuda. Los finales la aterrorizan, o eso dice. Como yo tenía entrenamiento de atletismo a media tarde, le ha tocado venir a mi casa poco después de comer. Pero no hemos estudiado mucho, pues mi agobiada alumna ha encontrado a Nuria mucho más interesante que la Filosofía. Al final, después de haber agotado con mi hermana los vastos campos de la moda femenina y el cotilleo local, me ha dedicado unos minutos y hemos sobrevolado la introducción a la metafísica.

4. TUS AMIGOS

Maurice Coster es uno de mis muchos admiradores, pero es un chico bastante pesado. Rob Cohen también ha estado enamorado de mí, pero ahora ya no lo soporto. Es hipócrita, llorón, latoso, está loco y se da unos humos tremendos.

Ayer te conté mi adaptación personal del cuento de la lechera. Por supuesto, no me lo creo ni yo, pero es que soñar es gratis y beneficioso para la autoestima. Tú también lo haces. Además de soñar, voy viendo que tenemos algunas cosas en común: a los 13 años no te separas de la bici, vas a la piscina, juegas al voleibol y estás rodeada de amigas y de libros. Creo que nuestra gran diferencia es que miras a los demás por encima del hombro y te crees el centro del mundo: tu clase se divide en chicas a las que aventajas en casi todo y chicos que solo piensan en ti. Si quieres que te diga la verdad, tus juicios resultan despiadados. Parece ser que Betty tiene aspecto de pobretona y es buena alumna, aunque su inteligencia deja mucho que desear. A Jacqueline la consideran tu mejor amiga, pero te ha decepcionado bastante. Henny es alegre y divertida, pero su amiga Beppy influye negativamente en ella, porque es una marrana y una grosera. Otra es presumida e hipócrita. Otra, suspicaz y pesada. La más guapa de clase resulta que es bastante corta, y te sorprende que no repita curso. En cuanto a los chicos, los que no han estado enamorados de ti son tus rendidos admiradores, pero te parecen latosos, groseros, aburridos, llorones y obtusos. Reconozco, Ana, que me das lecciones en el uso de los adjetivos descalificativos. Solo se salvan de tus juicios sumarísimos Harry y Jacques, dos tipos buenos y simpáticos. Menos mal. Con esa forma de ver a los demás, no es extraño que te quejes de no tener ninguna amiga de verdad.

Si me prometes que no te enfadas, te cuento lo mal que me sentó lo que dices de tus compañeros de clase. Eres una chiquilla repelente y vas de guay por la vida. Eso fue lo que pensé. Te gusta ser el centro de la atención, la sal de todo lo que se cuece en el aula, la referencia constante de los profes y la envidia de tus coleguillas. Para colmo, sacas buenas notas y te lo tienes muy creído. Vas de listilla –ya te digo–, demasiado consciente

de tu simpatía y tus encantos, y te crees superior a todo el mundo, aunque lo disimulas con tu expresión traviesa y tu sonrisa inagotable. También pensé que eres una bruja que debería estudiar en el colegio de Harry Potter, y que no puedo dejarme seducir por tus hechizos. Ahora me doy cuenta de que *listilla* rima con *cotilla*, y *bruja* con *maruja*. Esos cuatro rasgos te dibujan con bastante aproximación cuando tienes trece años, pero –no sé por qué– te aseguro que me sigues gustando. Y, hablando de cotilleo, te estarás preguntando si ha habido algún progreso con Irene. La verdad es que no lo sé, porque no sé si se puede llamar progreso a este diálogo:

—¿Qué tal andas de pasta, Borja?

—Como siempre: bajo mínimos.

—Es que mis padres quieren pagarte las clases particulares.

—De eso, nada. Entre otras cosas porque no son clases: estamos repasando.

—Pero a mí me sirve mucho ese repaso.

—Si es por eso, a mí también.

—Me alegro. Pero que te paguen.

—Ya te he dicho que no, Irene.

—¿Y por qué tiene que ser siempre lo que tú digas?

—No es lo que yo diga. Es que no me parece justo.

—Me da igual.

—Vale. Pero no vamos a estar toda la tarde con esta matraca, ¿verdad, Irene?

—Eso depende de ti.

—Pues me invitas a un helado de vez en cuando, y ya está.

5. MIS COLEGAS

Al parecer no me falta nada, salvo la amiga del alma. Con las chicas que conozco, lo único que puedo hacer es divertirme y pasarlo bien. Nunca hablamos de otras cosas que no sean las cotidianas, nunca llegamos a hablar de cosas íntimas.

Supongo que mi clase se parecerá a la tuya, Ana. Supongo que mis colegas serán como los tuyos, tipos de carne y hueso con virtudes y defectos reales. Pero te aseguro que nos tratamos unos a otros como iguales, con mirada comprensiva y benévola, no displicente ni corrosiva. Quizá por ser cuatro años más viejos que tú, la experiencia nos ha enseñado a ver primero los defectos propios, y a no hacer mucho caso de los ajenos. Yo, por lo menos, tengo muchos, y mis amigos lo son porque no me juzgan con tu severidad, sino con indulgencia. Como es lógico, intento pagarles con la misma moneda. ¿Quieres que te los presente? Se llaman Alberto y Maxi, Pedro y Felipe, Irene, Silvia y Diego.

Empiezo por las chicas. En clase hay una docena, pero solo Irene y Silvia son de nuestra pandilla. Con Alberto y con ellas hago todos los días, desde hace años, el doble trayecto entre casa y el instituto. Ser altas y rubias hace que no pasen desapercibidas en ningún sitio. Aunque no saben lo que es una raqueta, Felipe las llama Sharapova y Kournikova. Irene es la personificación de la bondad y la ingenuidad. A veces parece que tiene la inocencia de un niño, pues le cuesta pescar las segundas intenciones y la ironía, y además hay que explicarle algunos chistes. No soporta las palabras gruesas ni ciertas conversaciones de mal gusto, típicas de nuestra edad, así que nos obliga a vigilar la lengua cuando ella está por medio. Consigue aprobar a duras penas, sumando muchas horas de estudio. Su esfuerzo, que no perdona noches, vacaciones ni fines de semana, lo conocen y lo valoran casi todos nuestros profesores. Reconozco que me gusta mucho su mirada limpia y azul. Respecto a Silvia, creo que su belleza indiscutible es lo único que la diferencia de Mafalda, pues parece que ha nacido para activista del pacifismo y los derechos humanos. Tenemos claro que, dentro de unos años, fundará una ONG y acabará

con la pobreza y la marginación de los inmigrantes españoles. También tenemos claro que, con su tenacidad y su capacidad de convicción y convocatoria, todos sus amigos acabaremos trabajando en su ONG.

Maxi es un tipo con pinta de pirata y madera de líder. Es alto, moreno y fibroso. Con patilla portuguesa y coleta al viento. Con imaginación para andar por la vida en fuera de juego sin ser pescado. Optimista y valiente. Con un sentido innato de la justicia y una facilidad pasmosa para echar una mano a quien lo necesite, para arrimar el hombro donde sea preciso. Si le pides ayuda, no sabe decir que no. Por eso es nuestro delegado de curso desde que llegamos al instituto, y representante de todos los alumnos desde el año pasado. Como las causas que defiende suelen ser justas y estar bien planteadas, lo normal es que consiga lo que pide. Si, en algún caso, las razones no son suficientes, entonces pasa a las acciones, que son anónimas y logran poner a prueba los nervios del profesorado. Nacido para negociar y controlar, algunos le llaman Gran Hermano, pero, en realidad, es un grandísimo colega. Además de la justicia escolar, tiene debilidad por la belleza femenina. Su frase favorita: «Está para comérsela».

Maxi era el único que copiaba cuando llegamos al insti, pero al poco tiempo ya tenía muchos seguidores, más que nada por compañerismo. Tiene también el arte de tomar el pelo a todo el mundo y caer bien. En realidad, ese talante provocador y simpático es su forma de interesarse por los demás. Sus amigos sabemos que esa extraña cualidad brilla, sobre todo, en su casa. Su madre, afectada por una enfermedad degenerativa, anda penosamente con muletas, y en pocos años la veremos sentada en silla de ruedas. Si pudieras observar, tan solo unos instantes, la estupenda mezcla de ternura y buen humor con que Maxi trata a su madre impedida, quedarías realmente conmovida, Ana.

Espero no aburrirte si sigo con los retratos. Sobre todo, porque ahora viene Alberto, un tipo con el que sueñan –como ya te he dicho– la mitad de las chicas del Cunqueiro. Lee un libro por semana, domina el inglés y tiene claro que será profesor en una Universidad norteamericana. Acapara, con Silvia, las mejores notas de la clase, y su escaso esfuerzo resultaría insultante si no estuviera siempre dispuesto a echar una mano, en cualquier asignatura, a cualquiera que se lo pida. Es alto, muy moreno, con media melena y una sonrisa que derrite al gremio femenino. Entre Alberto y Maxi, no sabría decirte quién es mi mejor amigo. Ambos tienen una conversación divertida e interesante, que puede hacernos parlotear y estar entretenidos durante horas. Con ambos tengo en común el baloncesto escolar y sus derrotas. Entrenamos dos tardes a la semana y jugamos los sábados. Como abundan las palizas y el sufrimiento uno, estamos notando que nuestra amistad empieza a ser indestructible.

Felipe es un buenazo con poca conversación y mucho tenis. Yo le ayudo con los exámenes y él me enseña a dominar la raqueta. A veces parece que tiene dotes de adivinación, pues sus presentimientos siempre se cumplen. Su frase favorita: «Presiento

que voy a suspender». Diego es un gallego atípico, pues es meticuloso y ordenado como un alemán, con las ideas tan claras que es novio formal de Silvia desde que llegaron al insti. Mi primo Pedro es un gallego concentrado, de los que nunca sabes si sube o baja, si viene o va, si se ríe contigo o de ti. Su pelo ensortijado, sus gafas redondas y su sonrisa malévola –propia de quien está tramando algo– forman uno de los semblantes más populares del Cunqueiro. Es de Ciencias y desde niño quiere estudiar Medicina, como su padre. Además de aporrear el piano y tocar la guitarra, es un amigo seguro y un primo de lujo.

Respecto a mí, no hace falta que me presente porque lo iré haciendo poco a poco, en cada párrafo, de forma que al final sabrás perfectamente cómo pienso, cómo siento y cómo soy. Te adelanto que los estudios y las notas no me quitan el sueño. El otro día te confesaba que dedico a la lectura, a los amigos y al deporte más tiempo que a los libros de texto. ¿Verdad que ya me estás llamando irresponsable? Si fueras española, me recordarías –como mis padres– que es antes la obligación que la devoción. Y yo te respondería, como a ellos, que considero obligaciones la poesía y la novela, el tenis, el básquet y el atletismo. Se lo digo, más que nada, para que no se llamen a engaño cuando llegan las notas y no aparece por ningún sitio la colección de sobresalientes que ellos esperan. Yo me conformo con lo logrado este curso: estamos entrando en junio y no tengo que presentarme a ningún final, pues he aprobado todo por evaluaciones.

6. QUE VIENE IRENE

Después de repasar más Lengua y más Filosofía en casa de Irene, mi esforzada alumna baja conmigo y me acompaña un rato. En el fondo –sospecho–, lo que quiere es subir por Carral, entrar en la heladería italiana y empezar a pagarme en especie, ya que no puede hacerlo en metálico. Mientras saboreamos dos generosos *gelatti*, llegamos a la Puerta del Sol, punto a mitad de camino entre nuestras casas, donde solemos separarnos otras veces. Pero, esta vez, la separación es diferente. Veo que Irene está algo nerviosa y no hace honor a su nombre, la miro con un poco de extrañeza, ella me mira con azoramiento y me lanza por sorpresa un buen misil.

—Borja, ¿no podríamos ser un poco más que amigos?

—Por supuesto que sí. Creo que deberíamos ser buenos amigos.

Irene se ríe, se tranquiliza un poco, se agita de nuevo y tartamudea que no me lo tome a broma, que habla en serio. Si va en serio, pienso que una cuestión tan delicada solo puede ser correctamente encauzada con otra pregunta, más que nada, para ganar tiempo y digerir el helado y el asunto.

—¿Qué quieres decir con «más que amigos»?

Táctica equivocada, porque Irene es práctica y directa. No creas, Ana, que se ha molestado en darme explicaciones. Se ha limitado a rodearme la cintura con el brazo libre y acercarse para decirme al oído tres palabras: «Es muy sencillo». Acto seguido, aprovecha su acercamiento para demostrar la sencillez y darme un beso.

—Ya comprendo –digo yo–. Lo que tú entiendes por «más que amigos» es besuqueo.

Entonces, Irene se pone de todos los colores, me llama –entre otras cosas– impresentable y grosero, me asegura que merezco dos tortas y, por fin, se serena y me da otro beso.

7. MI GOZO EN UN POZO

En cuestión de notas, mis padres son muy distintos a otros padres; no les importa mucho que mis notas sean buenas o malas; solo se fijan en si estoy sana, en que no sea demasiado fresca y en si me divierto.

Suerte que tienes, Ana. En mi caso, si antes canto victoria, antes se tuercen las cosas. ¿No tenía el curso en el bote y un mes de junio para vivir como un marajá? ¡Pues no, señor! Ahora viene mi madre y me dice que me presente a todos los finales. Y encima que quiere ver cómo los preparo a conciencia. Y yo, sin una mala excusa para escabullirme. Ni siquiera que tengo que entrenar, pues las competiciones de básquet y atletismo ya han terminado. Así que, Ana, aquí me tienes pringado hasta fin de junio. Ya ves que mi vida no es nada fácil.

Si no me presento a los finales, tendría sobresaliente en Filosofía y Educación física. En casi todo lo demás, aprobadillos. Yo soy así de extremista: o todo o nada. Mi abuela dice que no tengo término medio. Tal vez sea verdad, porque alguna asignatura me apasiona y casi todas me resultan insoportables. Curso tras curso, mis notas acaparan los aprobados y poco más. No soy tan responsable como tú –lo reconozco–, ni tengo tu fuerza de voluntad, pero suelo tomar las precauciones oportunas para no catear, pues en casa no se conocen los suspensos y no quiero romper la tradición. Bueno, la rompí una vez cuando tenía diez años, aunque a esa edad uno no es responsable de casi nada. Suspendí Inglés, y mi madre –que no piensa lo mismo sobre las responsabilidades infantiles– me tuvo todo el verano en una academia. Asquerosamente reprimido, como diría Nuria. En agosto empecé a soñar en inglés y en septiembre era casi bilingüe. Un verano que todavía recuerdo con escalofrío, y que grabó a fuego en mi inocente cabecita un elemental criterio de funcionamiento con mis progenitores: hay cosas con las que no se juega. Ya ves que a mí el estudio me motiva lo justo. Y, hablando de motivos, los que tienen mis colegas para empollar son muy variados:

1. Por prescripción paterna, que a veces puede llegar a la percusión (Felipe).
2. Aunque parezca mentira, por ganas de saber (Alberto).
3. Para evitar la humillación de suspender (Irene).
4. Por la vanidad de destacar sobre los demás (se dice el pecado, pero no el pecador).
5. Para ser alguien en la vida, como dice mi abuela (ahí están los de Ciencias).
6. Por no tener otra cosa mejor que hacer (los colgados).
7. Para disfrutar de un verano sin nubes (Maxi).

Yo creo que estudio por una mezcla de todos los motivos anteriores, y tengo un secretillo para aprobar sin demasiado esfuerzo: atender mucho en clase y trabajar un poco todos los días. Si no atiendes, no entiendes, así de claro. Y entonces todo se complica y acumula, dejas de controlar y te ves desbordado por una riada imparable de temas, apuntes y ejercicios que te ahogan. Esa situación se previene con el sencillo truco de aprovechar los tiempos muertos entre clase y clase. A base de pequeños retazos puedes ir haciendo las traducciones de Inglés y de Latín, los ejercicios de Lengua, los comentarios de texto, las cuestiones de Filosofía... Con esa táctica, llegas a casa con el trabajo medio resuelto y puedes plantear las tardes casi como si estuvieras de vacaciones. Según el día, trotas en Castrelos, corres en Balaídos, entrenas a básquet, quedas con Alberto o Maxi, vas a casa de Pedro, das una vuelta con Irene...

Hace unos meses, alguien puso en la corchera los *Mandamientos del vago*. «El trabajo es sagrado: no lo toques», decía el primero. El segundo rezaba: «Deja para mañana lo que puedas hacer hoy». Si no pongo en práctica ninguno de los dos es porque he descubierto, hace mucho, que la vagancia no es rentable, que te da más quebraderos de cabeza que otra cosa. Yo prefiero –como te digo– aprobar todo a base de exprimir el tiempo en el insti y rematar la jugada en casa. Con poco gasto energético, porque ya sabes que necesito la energía para el deporte y los amigos. Parte de esa estrategia también consiste en trabajar en equipo. Cada asignatura cuenta en clase con dos o tres especialistas que la bordan, y sus ejercicios se ponen en circulación entre los demás. Así, Alberto controla las traducciones de Inglés; Maxi, los análisis de Lengua; yo me encargo de las cuestiones de Filosofía; Silvia suele clavar los comentarios de texto que pide el Juli... Después, todo en común, por aquello de que la unión hace la fuerza. Si hacemos equipos para pegar patadas a un balón o encestar, con más razón para ganar la durísima liga académica.

Por si acaso, cultivamos también las principales modalidades de copieteo, desde la socorrida chuleta al arriesgado cambiazo. Yo tengo, además, la buena experiencia de afrontar con éxito exámenes muy mal preparados. En esos casos, el secreto que siempre me da resultado es disimular: escribir con buena letra, redactar con brillantez, inventar

citas si es preciso y cuidar mucho la presentación. Los profesores –y lo sé bien por mi madre– odian la corrección de exámenes y prefieren la calidad a la cantidad, valoran el sentido común y agradecen de veras la buena letra. Pero hablar de asignaturas y exámenes es tan aburrido, Ana, que no voy a torturarte con estos rollos. El Cunqueiro, además, es un mundo lleno de variedad y colorido, que no se reduce –ni mucho menos– a la odiosa obligación de empollar y rendir cuentas. Hoy, por ejemplo, Irene me ha llamado por teléfono...

—Borja, no me has respondido a la pregunta de ayer...

—¿A qué pregunta, cielo?

—¡Eres un caso perdido! ¿No recuerdas que te pregunté si tú y yo...?

—¡Ah, la preguntita! ¡Si ya te la respondí!

—Lo siento, Borja, pero no me respondiste nada.

—¡Que sí, cariño! Ya te dije que podíamos ser buenos amigos, ¿no?

—Eso no es una respuesta, Borja.

—Está bien: puedes fijar el día de la boda, si eso es lo que quieres.

8. DE AMORES Y MORRIÑA

Supongo que te extrañará un poco que a mi edad te esté hablando de admiradores. Lamentablemente, en nuestro colegio parece ser un mal ineludible.

Las cosas ya no son así, Ana. El arrobamiento de los chicos y su devoción universal hacia las chicas ha pasado a la historia. Ahora sucede, a menudo, lo contrario: son ellas las que persiguen a los chicos con sus maniobras de acercamiento. En mi clase, por ejemplo, Natalia persigue a Felipe, Silvia a Diego, Begoña a Arturo, la mitad a Alberto, y el resto está todavía escogiendo candidato. En cualquier caso, eso que tú llamas «mal ineludible» no es exclusivo de tu colegio. Me parece que es una tendencia universal, y más a nuestra edad. No sé los holandeses, pero te diré que los gallegos –para que nos conozcas un poco– somos tipos sentimentales, aventureros y amorosos. Hemos poblado y colonizado la mitad de América, y hemos cantado a la patria lejana con la melancolía reconcentrada de Rosalía de Castro:

adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista dos meus ollos:
non sei cando nos veremos.

Pero no quiero irme por las ramas. En cuestiones amorosas, los tipos del Cunqueiro se dividen –por lo que observo– en dos grandes grupos: los enamoradizos y los currantes. Es una clasificación inexacta, pero creo que sirve para entendernos. Los primeros se pasan la mañana detrás de las chicas, pasan después la tarde estudiando y suspirando, y por la noche no descansan y sueñan con ellas. Los segundos –sobre todo si son de ciencias– están tan ocupados que no tienen tiempo para romanticismos, pues las chicas no consiguen encajar en un horario atiborrado de libros y entrenamientos, academias y conservatorios.

Yo soy un tipo raro, un híbrido con un pie en cada grupo. Me enamoro en dos minutos de una sonrisa, de una voz, de una melena al viento y, por supuesto, de la hermosa criatura que exhibe esos y otros encantos. Pero esa dulce ninfa tiene sus exigencias y suele pedir justo lo que yo no puedo ofrecer: tiempo, dedicación. Cualquiera puede decir, como un famoso filósofo español, «yo soy yo y mis circunstancias», pero algunos tenemos más circunstancias que otros. De momento, mis circunstancias deportivas y de otro tipo no han dejado mucho hueco a las amorosas, y por eso al final nunca cuaja nada. Siempre he tenido amigas, algunas muy buenas y muy guapas, pero no he conseguido pasar con ninguna de la amistad al amor duradero, a esa invasión sentimental de la cabeza y del corazón que he visto en Diego o Felipe, por ejemplo. Lo que no entiendo muy bien, Ana, es por qué tengo siempre alguna chica emocionada. ¿Realmente os gustan los tipos un poco tímidos y larguiruchos?

En estos momentos, Irene no sabe si lo nuestro va en serio, y reconozco que yo tampoco soy capaz de aclararme. Es una amiga de lujo, una parte de mi vida desde hace años, pero no es el centro de esa vida. Mentiría si te digo que siento otra cosa, Ana. Tampoco se lo digo a ella, más que nada para no herirla. No se lo merece. Además, los sentimientos son cambiantes, y ese amor bien podría nacer en cualquier momento, incluso crecer impetuosamente. De momento, ya ves que eludo la cuestión como puedo. Lo que me preocupa es que Irene se parece a Maxi en una cosa: siempre consigue lo que se propone.

9. DE NAZIS

Me angustia más de lo que puedo expresar el que nunca podamos salir fuera, y tengo mucho miedo de que nos descubran y nos fusilen.

Acabas de cumplir trece años y, como un siniestro regalo de cumpleaños, tienes que esconderte porque los nazis no perdonan. Estás con tus padres y tu hermana Margot, con el matrimonio Van Daan y su hijo Peter, con el dentista Dussel y tu Diario. Ocho judíos en un escondrijo disimulado en una nave comercial de Amsterdam, como ocho ratas en una madriguera. ¡Una vergüenza, Ana! Por ser judía de pura cepa, como tú dices, a los cuatro años tienes que abandonar tu patria y emigrar a Holanda con tu familia. Pero los nazis invaden Holanda y las medidas antijudías empiezan a haceros la vida imposible. Debéis llevar la estrella de David bien visible, para que se os pueda controlar y humillar a placer. Se os requisan las bicicletas y os prohíben viajar en coche y en tranvía. Solo podéis hacer la compra entre las tres y las cinco de la tarde. No se os permite salir de casa entre las ocho de la tarde y las seis de la madrugada. Se os prohíbe ir al cine y al teatro, usar piscinas, jugar al tenis y al hockey. No podéis sentaros en los jardines de vuestras casas después de la ocho de la tarde, ni en los jardines de vuestros amigos. No podéis entrar en casas no judías. Tenéis que ir a colegios judíos... Una de tus amigas dice que no se atreve a hacer nada, por miedo a que esté prohibido.

Así fue parte de tu infancia, Ana, y a mí todo eso me parece bochornoso. Uno se encrespa y se rebela por dentro ante semejante indignidad. Me hubiera gustado conocerte, judía de cuerpo y alma, para haberte escuchado, comprendido, apoyado... Me hubiera gustado presentarte a Nuria, a Rafa y a mis padres. En mi casa habrías tenido la tuya, como una isla de alegría. Me hubiera gustado presentarte a mis amigos, matricularte en el Cunqueiro y dejarte volar en ese ambiente de libertad festiva, tan diferente al de tu infancia. ¡Qué vergüenza, Ana! Si Maxi hubiera sido judío en Holanda, con vosotros, toda esa humillación no habría existido. Maxi habría negociado con la Gestapo hasta llegar a un acuerdo. Primero por las buenas, con palabras, promesas y

concesiones tácticas. En caso de fracaso eventual, hubiera pasado de las palabras a los hechos, y los nazis habrían sufrido atentados y sabotajes anónimos, hasta recapacitar y sentarse de nuevo en la mesa de negociaciones.

De todas formas, Ana, de poco sirve quejarse, lloriquear y lamentarse del propio infortunio. Tú misma lo dices, y no te falta razón. A base de lágrimas y caras largas, solo conseguiremos hundirnos en la tristeza y contagiar nuestro hundimiento a los demás. Es mucho mejor poner al mal tiempo buena cara, buscar un resquicio por donde pueda colarse la esperanza, sobreponerse. Si quieres, para ayudarte a sonreír un poco, puedo contarte la historia de Zineb.

10. ADIÓS, ZINEB

Peter es un muchacho desgarbado, bastante soso y tímido, que aún no ha cumplido los dieciséis años, y de cuya compañía no cabe esperar gran cosa.

En cambio, Zineb es una chica norteafricana, a la que hemos despedido hoy con besos y abrazos, tristeza y un montón de regalos. Había pasado tres o cuatro veranos en casa de Silvia. Eso ha sido posible porque, hace algunos años, el Gobierno español, en plan ayuda humanitaria, ofreció al pueblo saharauí la posibilidad de que sus niños y adolescentes vivieran en julio y agosto con familias españolas. Zineb llegó a ser, en la familia de Silvia, casi como una hija y una hermana. Pero ha cumplido diecisiete años y ha tenido que regresar a su país para casarse y no volver a España. Por eso surgió la idea de rematar sus venidas veraniegas con un curso entero en el Cunqueiro. Hubo que hacer bastante papeleo y resolver dificultades legales, pero al final Zineb ha estado con nosotros de septiembre a junio. No tuvo problemas de adaptación porque ya conocía nuestro país, porque algunos de nosotros también la conocíamos y porque Silvia ha sido su gran amiga y protectora.

Cuando Maxi las vio juntas el primer día de clase, comentó que parecían sacadas de un anuncio de Benetton. Luego comprobó que el castellano de Zineb, a pesar de sus veranos gallegos, dejaba mucho que desear. Y decidió enseñarle un poco de gramática parda. La chica sabía que cuando algo te agrada dices que es bueno, y muy bueno cuando te gusta mucho. Maxi le explicó que todavía hay un grado más, y un adjetivo rotundo y sonoro para calificar lo que te gusta muchísimo. En esas entró el Juli en clase, saludó a Zineb, se presentó como director y le preguntó lo típico: si se defendía con el idioma y le gustaba Vigo. Con la lección de Maxi recién aprendida, Zineb respondió que «con castellano no problemo» y que «Vigo me gusta muchísimo porque es una ciudad cojonuda».

Espero que me disculpes la palabrota, Ana. Así fue como a Maxi le cayó la primera bronca del curso. Así fue como Zineb nos cayó simpática desde el primer día. Así fue

como Maxi decidió guardar distancias con ella. Así fue como ella empezó a coquetear con él. No se perdía ningún partido de la liga escolar de básquet, y era la más chillona de la peña femenina ultrasur, ya de por sí bastante histérica. Aplaudía cualquier jugada de su adorado alero, y se comía al árbitro cuando le pitaba personal en ataque, por entrar a canasta con la rodilla y el codo en plan ariete, contra el estómago y el ojo del desprevenido defensor.

Más que negra como el ébano, Zineb era oscura como el nogal. Con su pelo corto y rizado y su pecho escueto tenía un ligero aspecto masculino que contrarrestaban dos ojos hermosos y dos grandes aros en las orejas. Era casi tan alta como Maxi, esbelta como una palmera, pero en el Sahara no es fácil practicar ningún deporte, y apenas sabía atrapar un balón. Maxi le enseñaba a botar y encestar de vez en cuando. Ella se sentía entonces enormemente halagada, y quería a toda costa hacer pareja con él en la liguilla de los recreos, cuando jugábamos dos contra dos y ganaba el primero que conseguía dos canastas. Maxi accedía, pero su instinto ganador le impedía entonces hacer concesiones al compañerismo y pasar balones que solo podían ser desperdiciados por Zineb. Ella protestaba sin éxito. Recuerdo que un día le dijo que, si no le pasaba el balón, era un racista. Maxi, a punto de entrar a canasta, se detuvo en seco, paró el juego, dejó el balón en el suelo, se rascó la coronilla, puso cara de sentirse muy afectado y contestó en plan teatral: «¡Lo que hay que oír! Con lo que yo te quiero, Zineb, vas y me llamas racista. ¿Pues sabes lo que te digo? Que tienes más morro que un coro de negros cantando *Only you*».

Ahora que Zineb se ha ido, la recordaremos por algunas anécdotas como las que acabo de contarte, aunque fue su sencillez lo que nos conquistó desde el principio. Miraba con asombro un mundo tan diferente al suyo. Sonreía siempre con agradecimiento. Hacía lo que podía con unos libros de texto que a duras penas entendía. Y no logró manejarse bien en castellano, pero lo chapurreaba con un acento que quería parecerse al gallego y era tan cómico que tardaremos en olvidarlo. Como no me gustan las despedidas tiernas, esta tarde intenté aguantar el achuchón de Zineb en casa de Silvia, firme como un poste. Pero me suplicó al oído que la abrazara, y me obligó a colaborar. Sentí entre mis brazos un junco tembloroso y delicado, y creo que, si en ese momento no me releva Maxi, allí mismo me hubiera declarado.

Adiós, Zineb, y gracias por tu dulce encanto.

11. PERA Y FRAMBUESA

Esta mañana, mamá me ha vuelto a soltar un soberano sermón. Nuestras opiniones son diametralmente opuestas. Papá es un cielo, aunque a veces se enfada conmigo durante cinco minutos.

Veo que nos parecemos en bastantes cosas, Ana. Tú, por ejemplo, eras en tu casa y tu colegio una chiquilla muy movida, y dentro del refugio sigues estando en forma y pareces un auténtico rabo de lagartija que parlotea y discute con todos, que dibuja y estudia, que escribe un diario y unos cuentos, que colecciona fotos de famosos, celebra cumpleaños, hace planes... Yo tampoco puedo estar quieto: entro y salgo de casa, quedo con los amigos, voy a la biblioteca, no olvido la música y el cine, practico varios deportes, estudio paseando... La verdad es que todo eso me parece normal, pues no estoy jubilado. Pero mi madre dice que no me da un infarto porque no tengo edad. También dice que me estoy asilvestrando con tanto entrenamiento, tanta competición y tanta marcha, y que no está dispuesta a perder conmigo la batalla perdida con mi hermano Rafa, su ojito derecho y primogénito, que le ha salido surfero, motero y futbolero, ya ves, y, encima, de ciencias.

Te quejas porque tu madre te riñe y corrige constantemente, pero no parece que la cosa pase a mayores. En mi piel te querría ver yo. Porque no creas que mi madre se molesta en gastar saliva con su benjamín. Pasa directamente a los hechos. A estas alturas ya me ha organizado –con premeditación y alevosía– un verano relajado: dos meses quietecito en Bayona, sin los ajetreos y los viajes de otros años. Como mi hermano Rafa se larga en agosto a California, por un año, a mi madre se le ha disparado conmigo el instinto protector. En lugar de dejarme pasar una semana con Pedro en Santander, otra con mis primos Arregui en Pasajes o unos días con Felipe en Canido, que vengan ellos a Bayona. Y si lo que quiero es practicar inglés –no caerá esa breva, te lo aseguro–, en una academia de Vigo puedo aprender más que en Irlanda. Para colmo de males, a ti te protegía tu padre, pero el mío y la abuela cierran filas y aprueban sin una sola enmienda

el nuevo modelo de verano trapense. Como puedes suponer, yo sufro mucho.

—¿Te cuento lo que he hecho esta tarde? Primero, repasar y repasar en casa, con Irene. Después me voy a entrenar y ella se queda con Nuria, hablando de sus cosas. Vuelvo tarde de Balaídos y mi hermana me pregunta cómo consigo tener a esa chiquilla tan loquita.

—Te equivocas, Nuria. Solo nos une el miedo a los finales.

—¡Qué mal se te da jugar al despiste, Borja!

—Es cierto, Nuria. A Irene solo le preocupan las notas.

—Si fuera cierto, no habría venido tan maquillada.

—¿Maquillada? Yo la he visto como siempre.

—Bueno, la verdad es que solo tenía un poco de crema para disimular dos espinillas, un leve toque de colorete, una mínima raya negra en los ojos, sombra clara, vaselina de frambuesa, colonia de pera...

—Ahora que lo pienso, ya decía yo que estaba para comérsela.

12. EL TRIPARTITO Y EL BLOQUE

Mi padre, el más bueno de todos los padres que he conocido en mi vida, no se casó hasta los treinta y seis años con mi madre, que tenía veinticinco. Mi hermana Margot nació en 1926 en Alemania, en Francfort del Meno. El 12 de junio de 1929 nací yo.

Voy conociendo a tu familia, Ana, y todavía no te he presentado a la mía. Rafael Arregui, mi padre, es un abogado de la Citröen. Amigo de la naturaleza y la gastronomía, como buen vasco. Amigo también de sus tres hijos, a pesar de la diferencia de edad. María Manuela Veiga, la muchacha de la que se enamoró el joven abogado un verano, acababa de licenciarse en Historia del Arte y, después de dar a luz tres veces, llegó a ser profesora en el mismo instituto donde han estudiado sus vástagos. Así pudo ejercer sobre ellos una especie de control a tiempo completo, ya ves qué fatalidad. Tengo que reconocer, sin embargo, que yo no estoy acostumbrado a los sermones que tanto te afligen. En casa nos gusta la libertad y la vida independiente. Tampoco vayas a pensar que vivo en una democracia. De eso, nada. El gobierno lo ejerce, sin votaciones y de forma vitalicia, el Tripartito: una triple alianza entre papá, mamá y la abuela. Los demás –Rafa, Nuria y un servidor– obedecemos y formamos el Bloque. Hemos tomado ambos nombres de dos formaciones políticas muy conocidas en España, y esa asimilación nos hace gracia a todos y sirve para quitar hierro a las ocasionales decisiones impopulares de los que mandan y a las pataletas de los súbditos.

Como es natural, en casa mandan mis padres. Pero también es cierto que mandan poco. Nuestra convivencia familiar no se apoya en órdenes porque respetamos unas normas básicas de funcionamiento. Sabemos que la libertad es un invento que funciona cuando cada uno está más o menos en su sitio y hace más o menos lo que debe hacer. Reconozco que yo era, hace años, bastante desordenado y protestón, supongo que como tú. En cualquier rincón podía aparecer un calcetín de Borja, un libro de texto, una bola de tenis, un cuaderno de Lengua, un bolígrafo... Además, Borja nunca tenía tiempo para

bajar la basura, pasear a Malú, poner o recoger la mesa, fregotear la terraza o cualquier otro menester doméstico. Hasta que un día mi madre me llamó a su habitación, me hizo sentar en su cama y me habló a puerta cerrada en mi propio idioma: «Borja, te voy a explicar brevemente lo que es y lo que no es una familia. No es un conjunto de listillos que compiten por ver quién se escaquea más y colabora menos, sino un grupo donde cada uno quiere ser el que más hace por los demás, y desea demostrar su cariño de esa forma. ¿Me has entendido?». Mi madre siempre ha tenido unas explicaderas excelentes, y le bastó medio minuto para darme una lección que nunca se me olvidará. Asentí con la cabeza y no dije nada. Tenía yo trece años.

Ahora, Ana, me pongo a releer lo que escribí ayer. Espero que hayas entendido mi juicio sobre la condición comestible de Irene. Ya sé que puede parecerte grosero, pero no lo es. Todo depende del tono y la intención. En mi caso, te aseguro que juego limpio. Cuando tienes hermanas como Nuria, y también tienes claro lo que no te gustaría que hicieran con ella, tú te aplicas el cuento.

13. NUNCA SABRÁS...

A mamá no la puedo soportar y me tengo que esforzar muchísimo para no estar siempre soltándole bufidos y calmarme. Además, no me deja ni abrir algunos libros que lee Margot. ¡Es el colmo!

No entiendo cómo puedes hablar así de tu madre, Ana. Te creo cuando afirmas que es preguntona y pesada, que alguna vez está triste y abatida, y que a veces llega a ponerse algo histérica. Lo que pasa es que es tu madre. ¿Crees que los demás no tienen defectos? Casi te diría que ella tiene derecho a todo eso que tú no soportas, porque en la balanza de sus cualidades pesa mucho más el cariño a sus hijas.

Un sábado, a principio de curso, subí con mi padre a las canchas de tenis del aeropuerto. Con la complicidad de un deporte que disfrutamos los dos y una conversación a solas, al bajar me quejé de la exigencia de mi madre en cuestión de motos, pelos, horarios, estudios y dineros. Mi padre me escuchó con su media sonrisa habitual. Cuando terminé con las frases «es que mi madre no me entiende» y «así no hay quien viva», típicas de cualquier desahogo razonable, apagó el pitillo, expulsó el humo y ni siquiera me miró para disparar a la línea de flotación con un misil definitivo: «Borja, nunca sabrás lo que te quiere tu madre». La tuya, Ana, tendrá sus defectos, como todo el mundo, pero no puedo creer que sea chismosa e injusta, como dices. ¿No será que tú eres a veces un diablillo un poco insoportable? Yo lo he sido mucho tiempo, y con frecuencia mi madre me pillaba en fuera de juego y no se daba por enterada, hacía la vista gorda. Tengo que reconocer que domina el arte de corregir. Lo hace a menudo, pero nunca delante de mis hermanos ni en público, sin humillarme con comparaciones innecesarias, siempre con pocas palabras y algún ejemplo, y dejando claro que todos tenemos derecho a equivocarnos... y a ser corregidos.

A mi madre le gusta escuchar. «Para gastar saliva ya tengo las clases», suele decir. Cuando le contamos las batallas del insti, de la Facultad o del fin de semana, atiende complacida, se ríe con nuestras tonterías y siempre hace algún pequeño comentario

cargado de intención: «¿Tú crees que ese chico te conviene, Nuria?». Después, Nuria podrá hacer lo que quiera, porque es libre y mayor de edad, pero también es sensata y sabe por experiencia que su madre posee un certero ojo clínico. Como te digo, en casa habla poco. Prefiere escuchar a sus hijos y ejercer otro tipo de elocuencia: la de los gestos y el ejemplo. En lugar de discursos para recriminarnos el desorden, la vagancia, detalles de mala educación o meteduras de pata, ella nos contagia su apuesta por la elegancia y su preocupación por los demás.

Aunque yo proteste a veces, reconozco que mi madre solo es inflexible en lo esencial, y que considera esenciales pocas cosas. Entre ellas, el control de la televisión. «A mis hijos los educo yo, no el Gobierno», suele decir. Y esa declaración de intenciones la ha cumplido a rajatabla con la tele. A rajatabla y con éxito, pues, en lugar de crecer entontecidos y manipulados por la niñera televisiva, ha conseguido que sus hijos hayan pasado muchas horas, durante muchos años, jugando y riendo, discutiendo y peleando, dibujando y leyendo... ¿Cómo lo ha logrado? Con imaginación y una curiosa política de hechos consumados. Como en toda familia, cada uno de nosotros respeta las cosas de los demás. A nadie se le ocurre –por ejemplo– meter las narices en el ordenador de Nuria, coger sin permiso la moto de Rafa o llevarse el coche de papá. En cambio, lo que nos distingue de cualquier otra familia es la propiedad de la televisión, que no es de todos, sino de mi madre. Desde pequeños aprendimos que el artefacto era tan suyo como su bolso o su barra de labios, y que su función en casa era casi decorativa: servía para poner sobre ella unas flores, ver en familia algún vídeo de Walt Disney y poco más. La oferta se amplió con los años, pero nuestro consumo de fotones se mantiene muy por debajo de la media nacional. Si cada españolito está pendiente de la caja tonta tres horas al día, en casa podemos estar tres horas al mes.

Respecto a los libros vedados, no sé de qué te quejas. Si te sirve de consuelo, te diré que a mí tampoco me dejaban leer cualquier cosa cuando tenía tu edad. Y ahora mis padres siguen hablando claro a la hora de desaconsejarme títulos y autores concretos. Su razonamiento es mínimo: si lo que comes te puede sentar mal, también lo que lees. Si no me doy por enterado, se esfuerzan un poco más y en diez segundos –no más– me recuerdan lo evidente: que hay cosas que no se deben fumar, que no se deben beber, que no se deben hacer, que no se deben decir, que no se deben ver, que no se deben leer...

Por cierto, Ana, la profesora de Arte que ya conoces dice que el cuadro más bonito del mundo es la *Vista de Delft*, una ciudad holandesa pintada por el holandés Vermeer. ¿Verdad que no te esperabas esto?

14. PROHIBIDO CORRER

¿Qué sensata me estoy volviendo! Aquí todo debe hacerse con sensatez: estudiar, obedecer, cerrar el pico, ayudar, ser buena, ceder y no sé cuántas cosas más.

¿Seguimos con historias domésticas? Mis padres han procurado que sus hijos sean libres en su forma de pensar o de vestir, de ir y venir, de escoger aficiones y amigos, de elegir ciencias o letras. ¡Viva la libertad!, suele exclamar mi padre cuando discrepamos. Pero lo dice porque antes nos ha enseñado que la libertad se disfruta cuando no se abusa de ella, cuando no equivale al «todo vale», cuando respeta a los demás. «Haz lo que quieras, mientras no salpiques», suele decir también. Te decía que yo era protestón y rebelde, pero nunca di mayor motivo de queja, ni disgustos o sobresaltos serios. Hasta el año pasado. Gané la medalla de oro en salto de altura, en los Juegos Escolares, y un ojeador del Celta me propuso nada menos que fichar por su equipo de atletismo. ¡Imagínate! Es como si juegas a básquet y saltas del equipo de tu instituto a la NBA. Estoy exagerando, claro, pero te aseguro que yo sentí una euforia difícil de expresar con palabras.

Tampoco tengo palabras para describir el bajonazo que sufrí ante la incomprensible reacción de mis padres. Me dijeron que no fichara. Adujeron un argumento tan bienintencionado como vago: que no era el ambiente que me convenía. Recuerdo que empecé a sentir una extraña mezcla de mosqueo, amargura, decepción, rebeldía, hipertensión, taquicardia y todo lo que quieras añadir. Creo que también pensé que una vida sin fichar por el Celta no merecía la pena ser vivida. Por eso fiché. No dije nada en casa, pero comencé a entrenar en Balaídos tres días a la semana y a competir los domingos. Contra lo que yo esperaba, esa provocativa política de hechos consumados no tuvo la respuesta de una oposición frontal. Tan solo se me comunicó que dejaría de ser del Celta si bajaba una sola nota. Toda una lección de mis padres. En agradecimiento a esa confianza, estudié más que nunca y conseguí una buena cosecha a fin de curso. Lo que no he podido evitar es que, desde entonces, mi acongojado padre, mi desolada

madre, mi desconcertada abuela y mis escandalizados hermanos estén seriamente preocupados por la educación y el futuro de esta disolvente criatura.

15. CASTELLANO ANTIGUO

Aunque empecé saltando altura, ahora mi prueba son los 110 metros vallas, donde tengo menos competencia. Entreno bajo la atenta supervisión de Nogueira, un saltador de longitud que ya no compite, formado en el INEF de Madrid. Además de machacarme lunes, miércoles y viernes, Nogueira me exige buenas notas, ocho horas de sueño, no salir por las noches, no probar el tabaco, no oler el alcohol, no nadar... Si no fuera humor negro, Ana, te diría que el atletismo me obliga a llevar una vida parecida a la tuya, con un horario rígido, unas normas obligatorias y unas cuantas renunciadas. Pero solo es una comparación frívola, porque la elección ha sido mía. Ferrín nos explicaba que la responsabilidad es la otra cara de la libertad, y consiste en asumir de buen grado las consecuencias de nuestras elecciones.

Cambio de tema para no agotarte. ¿Sabes que Irene lleva varios días empeñada en vestir la camiseta del Celta, como yo? Dice que puede correr cualquier prueba de medio fondo, y que quiere acompañarme a Balaídos para negociar con el club. Yo le explico que eso no es tan sencillo, que el procedimiento de un fichaje lleva su tiempo, y que los mediofondistas del Celta, más que gacelas, son torpedos. «Bueno, pues entreno un poco y me pongo a su nivel». Como no tengo ganas de discutir, recuerdo la fórmula infalible de mi padre, pero olvido que Irene no es mi madre.

—Entonces, ¿te parece bien que fiche por el Celta?

—Sí, cariño.

—Gracias, Borja, pero haz el favor de no hablarme en castellano antiguo, ¿vale?

—Vale, tía.

16. SCHUMACHER

Hace buen tiempo, un tiempo espléndido. ¡Si pudiera salir!

Por aquí también nos vuelve locos el tiempo. La primavera la sangre altera, ya se sabe. Para colmo, a esa efervescencia se suman los agobios de la tribu por los exámenes, la ansiedad de las notas finales y la inminencia del verano. Un cóctel –en palabras del Juli– que nos desquicia y nos vuelve ingobernables, y que tiene al claustro de profesores sobre ascuas el último mes y medio del curso. Hoy ha sido un día de fuerte marejada en la mar y en el Cunqueiro. Esta mañana se ha corrido como la pólvora que uno de nuestros lactantes de quince años, al que solo conozco de vista, fue detenido ayer por la policía. Su fechoría te parecerá increíble, Ana, y casi lo es.

Resulta que el infante es un apasionado de los coches, con una pasión que ha llegado a nublarle el juicio. Hace un mes, la criatura salió del insti, vio un Mercedes gama alta, abierto y con las llaves puestas, a la puerta de un chalet. Entonces se le cruzaron los cables, se subió al coche y se largó Castro abajo, con el dueño corriendo y dando gritos tras él hasta que lo perdió de vista. Después, el susodicho puso al juguete una matrícula falsa, invitó a sus amigos a disfrutar del prototipo, evitó autopistas, logró repostar sin levantar sospechas, recorrió la provincia los fines de semana sin un solo percance, aceleró, frenó y derrapó en el asfalto sin tráfico de la Zona Franca, y aparcó cada día en una calle distinta, hasta que ayer lo hizo –nadie es perfecto– a cien metros de una comisaría. Hoy el Cunquerio estaba muy revuelto, y con razón. En el cerezo y en el hórreo, en los pasillos y en las canchas solo había un tema de conversación: la hazaña del pequeño Schumi que se va a librar de la cárcel por ser menor, que no se libraré de una buena multa, que ha dado a sus padres un fuerte disgusto y pasa a formar parte de los mitos del insti. Para los alumnos, un mito no imitable pero simpático y heroico. Para los profes, otro peligroso precedente que se suma a la lista de fechorías perpetradas este curso por nuestra aguerrida y siempre sospechosa peña.

17. EMBARAZO

Aquí no ganamos para sustos, Ana. Nuevo escándalo en el Cunqueiro. Por una chica embarazada. No es la primera vez que pasa, pero sí la primera en una chiquilla de 14 años. Hace un mes que falta a clase y sus padres no querían que el asunto trascendiera, aunque una cosa así es casi imposible de ocultar, y no me refiero solo al vientre. Hoy no se hablaba de otra cosa en el insti. Lo que no se sabe –o no se dice– es quién es el chico, pero los rumores señalan a un colega de la misma clase. Parece que ambos llevaban tiempo jugando con fuego. No pongo cara a ninguno de los dos y, si te digo la verdad, prefiero que se oculte la identidad del chaval. Suficiente agobio tendrá con lo que ha hecho, para que encima ande su hazaña de boca en boca. Si desvelar su nombre sirviera de algo a la chica, a lo mejor habría que darlo a conocer, pero me temo que solo añadiría morbo del malo. Al menos, esto es lo que acabo de oír a mi abuela.

Bajo el frondoso cerezo –lugar habitual de reunión de nuestro curso–, los comentarios han sido de todo tipo. «Vamos a ser padres», ha bromeado uno de ciencias con sonrisilla de conejo. «Cállate, subnormal», le ha cortado Irene. Como es lógico, hemos hablado de clínicas abortistas, de precios y riesgos. Pero las chicas piensan –al menos las que han opinado– que no tiene sentido añadir un asesinato a una irresponsabilidad. Para Silvia, esa pésima solución ni siquiera compensa en el caso de violación, pues el aborto no *desviola*. Además, cuando hay tantas parejas haciendo cola para adoptar un bebé, cuando se van a China a por la criatura, es una incongruencia cargarse a los que vienen en camino. Eso, sin hablar del derecho de la jovencita –y del chaval– a quedarse con su hijo. Y, por supuesto, sin hablar de otros derechos de propiedad... ¿Quién es, en el fondo, el dueño de una vida humana? En un alarde de galleguismo, Ferrín nos ha dicho que solo hay dos respuestas posibles, contenidas a su vez en esta otra pregunta: ¿Somos primos del mono o hijos de Dios? Desde su experiencia médica, mi tío Pedro suele decir algo parecido: que es mucho menos pesado llevar a un niño en brazos que cargarlo sobre la conciencia.

18. HABLEMOS DE SEXO

*Últimamente me dejan leer más libros para adultos. Ahora estoy leyendo *La niñez de Eva*, de Nico van Suchtele. Eva pensaba que los niños crecían en los árboles, como las manzanas, y que la cigüeña los recoge cuando están maduros y se los lleva a las madres. El libro también habla de mujeres que venden sus cuerpos en unos callejones por un montón de dinero. A mí me daría muchísima vergüenza algo así.*

Por lo que oigo a la gente mayor, Ana, esto de la información sexual ha pasado de ser un asunto casi prohibido a ser el tema estrella de muchos libros, revistas, radios, televisiones y centros escolares. Del tabú a la obsesión. Supongo que ambos extremos cometen el mismo error: pensar que los jóvenes somos imbéciles. Sin embargo, he de reconocer que en el Cunqueiro no sucede eso. La noticia del embarazo ha provocado una de esas sesiones en las que Aurelio Ferrín –nuestro tutor y profesor de Filosofía– se desmelenan un poco y nos deja con la boca abierta. Ferrín, el profesor más respetado del instituto, nunca desaprovecha la ocasión de comentar cuestiones de rabiosa actualidad. Su intervención de hoy acaparó la atención desde el comienzo, por unas palabras que nos golpean de lleno: «A propósito del embarazo de vuestra compañera, podéis hacer con vuestra sexualidad lo que queráis, pero no os conviene olvidar que los actos tienen siempre consecuencias, y que los actos sexuales no son una excepción». Después añadió que, para controlar esas consecuencias, todas las culturas y sociedades han tratado la sexualidad con mucho respeto. Solo nuestra época se ha empeñado en suprimir barreras y permitir casi todo, con la ingenuidad de quien piensa que el sexo es algo muy natural, y que todo lo natural es bueno sin más.

También nos ha explicado que, al hablar de adicciones, lo habitual es poner como ejemplos la coca, las pastillas, el tabaco y el alcohol. Pero muchos médicos, psicólogos y psiquiatras están repitiendo que la adicción al sexo es una de las más frecuentes. Parece ser que la sexualidad completa tiene un fortísimo efecto psicológico sobre quienes la

practican por primera vez. Por cuestiones de química hormonal, la íntima unión corporal pasa a ser emocional y pide la multiplicación de esa experiencia. Como si la naturaleza, en previsión de la larga y difícil educación de los hijos, reforzara los lazos físicos y psicológicos de la pareja para asegurar su estabilidad. Por esta razón –concluye Ferrín–, la sexualidad sin compromiso suele ser traumática, el preservativo es una falsa solución y animar a los jóvenes a entrar en ese juego es una manipulación irresponsable.

Ya te digo que nos hemos quedado silenciosos y pensativos, y yo sigo rumiando todo esto muchas horas más tarde. Pero me temo que te he soltado un buen rollo, Ana. Releo lo escrito y me sorprende su precisión académica. Casi parece un examen de Filosofía, ¿verdad? Y es que la obsesión del Cunqueiro es prepararnos para los exámenes de acceso a la Universidad, y parte importante de esa preparación consiste en aprender a resumir un tema, a exponerlo por escrito con claridad y brillantez. En esa tarea se afanan nuestros profesores desde que llegamos al insti, todavía con el chupete. Así se explica –y más en estos días de exámenes– el tonillo profesoral que me ha salido. Seguro que me disculpas.

19. SOBRE EL SENTIDO

No hace falta mucha imaginación para comprender nuestra constante desesperación. ¿Para qué sirve la guerra? ¿Por qué esta devastación? Pero soy joven, deseo ardientemente vivir la gran aventura de mi vida y no quiero pasarme el día quejándome. Cada día me siento crecer interiormente, siento que se aproxima la libertad, siento la belleza de la naturaleza y la bondad de los que me rodean.

Reconozco, Ana, que estoy un poco picado por la inteligencia y la vivacidad de una colegiala bastante precoz. Así que me vas a tener que perdonar si te escribo de vez en cuando en plan intelectual. No es que yo lo sea, pero todavía tengo frescas las clases de Ferrín, el rey del argumento, el profe más brillante del insti. Yo antes no era así. Subía, bajaba, entraba, salía, corría, jugaba... Pero no pensaba. No me daba tiempo. O todavía no tenía edad. O nadie me había mostrado los problemas y misterios que esconden la realidad y el ser humano: un mundo mucho más denso y verdadero que las apariencias que nos rodean, y más apasionante. Ahora pienso mucho. A veces en voz alta, con Alberto y Maxi, con Irene y Silvia. Con ellos pienso, me río, parloteo y discuto cuando vamos al insti por las mañanas y cuando regresamos a casa, con la mochila cargada de libros y la cabeza llena de ideas. Por contraste, en casa sigo siendo el adolescente atolondrado que va por la vida a su aire.

Antes no pensábamos. Pero las clases de Ética y de Filosofía han ejercido sobre nosotros el mismo efecto que tu encierro: nos han hecho rumiar muchas cosas. A mí y a todos. Ahora, en el cerezo y entre clases, además de hablar de fútbol y de básquet, de música y exámenes, hablamos –como tú– del sentido de la sexualidad y del sufrimiento, de la libertad y la justicia, de la tolerancia y el pacifismo, de la felicidad y de la muerte. Las clases de Ética nos han enseñado que somos libres y que la libertad lleva consigo el riesgo de actuar de forma digna o indigna, lógica o patológica. De la Filosofía, con su triple reflexión sobre el mundo, el hombre y Dios, hemos sacado en limpio que solo hay

una cosa más importante que la vida: el sentido de la vida. Espero comentarte estos temas y estar a tu altura.

Esta tarde, al terminar el habitual repaso en casa de Irene, damos el habitual paseo. Cuando subimos por Carral me da la mano por primera vez –ya ves qué chica tan lenta, Ana–, me dedica una sonrisilla de disculpa –ya ves qué chica tan tímida–, caminamos unos metros y me obliga a parar frente al escaparate de una gran mueblería. No puedo evitar un escalofrío, porque su timidez y lentitud seguro que son fingidas, y esta chica –que en realidad es una lanzada– lo que quiere es escoger cama de matrimonio, estoy seguro. Pero, no. Por fortuna, quien ha ido demasiado deprisa he sido yo, con mis suposiciones tremendistas. Irene se ha detenido porque ha visto nuestro reflejo en la gran luna oscura, y su interés es una pura cuestión de imagen.

—¿Qué tal estamos así? –pregunta Sharapova.

Yo veo una princesa rubia al lado de un tipo con cara de mucho desconcierto. El tipo está a punto de balbucir algo, pero la princesa se adelanta y dictamina que somos la pareja del año. Por si tenías alguna duda, Ana. Después pasamos de largo por la heladería –«estoy engordando demasiado», se ha justificado Irene–, pero en la Puerta del Sol no me libro de otra despedida principesca.

20. EXAMEN Y BRONCA

Hoy, para variar, hemos tenido otro sobresalto. Todo porque el Juli ha corregido los finales de Lengua, se ha mosqueado por su buen nivel, ha sospechado que aquí hay gato encerrado y ha decidido repetir el examen. Así, por las bravas. ¿Cómo crees que hemos reaccionado? Conociendo al dire, sabemos que, si nos soliviantamos, salimos perdiendo. Por eso, hemos recibido el jarro de agua fría en silencio, y hemos dejado en manos de Maxi la defensa del caso. Nuestro delegado ha evitado cuidadosamente quejarse de que no hay derecho y de que un nuevo examen es injusto. Más que nada porque el derecho y la justicia sirven de poco frente a un director que siempre nos ha toreado a placer. Esta vez, la táctica de nuestro abrumado representante ha consistido en poner cara de agobio, resoplar, abrir los brazos en actitud suplicante, mover la cabeza con gesto de desesperación y decirle al Juli que tenemos el tiempo justo para los demás finales, y que un nuevo examen de Lengua nos hundiría a todos.

El Juli sospecha de nosotros pero no tiene pruebas. Sabe de sobra que Maxi tiene razón, y desconoce lo más importante: que nuestro delegado supo las preguntas dos días antes del examen. Sí, Maxi se hizo con ellas –y esto ya es casi tradición– en el garito de la fotocopidora, cuando una pequeña ausencia de Sito, el conserje, le permitió investigar en la papelería. Como la fortuna ayuda a los audaces –¿te gusta la frasecilla de Horacio?–, allí encontró una pelotita de papel que era, en realidad, una fotocopia defectuosa del temido examen. Defectuosa pero legible. Y no de sus dos folios, sino de uno de ellos. Pero esa mitad era un tesoro. Esa misma tarde, Maxi convocó en su casa una reunión urgente de los íntimos, donde decidimos comunicar el hallazgo a toda la clase. Así lo hicimos al día siguiente, a primera hora, mientras todos se comprometían a no irse de la lengua. Acto seguido, Alberto y Silvia se pusieron a explicar a puerta cerrada las respuestas correctas, y en esa tarea consumimos el descanso y todos los minutos entre clases.

El Juli no sabía nada de esto, claro, y Maxi ha tenido la sangre fría de hacer creíble nuestro acierto unánime, achacándolo a pura intuición: «Supusimos que iban a caer ese tipo de preguntas –le ha dicho al Juli– y las preparamos juntos. Incluso Alberto y Silvia dedicaron un recreo a resolver dudas sobre el análisis sintáctico». Así ha terminado la

tormenta esta mañana: con la media verdad de Maxi y la media sonrisa de un Juli medio convencido...

Después de la tormenta de Lengua no creas que vino la calma, Ana. Esta noche habían quedado las tribus del insti en los soportales del Casco Viejo, para despedir el curso y despedirnos todos hasta septiembre. De nuestra clase no faltaba casi nadie, y tampoco de ciencias. Llevábamos charlando una hora cuando Silvia tuvo necesidad de ir al servicio y entró en uno de los baretos. A los dos minutos salió sofocada, despeinada y con cara de rabia más que de susto. Un tipo había intentado manosearla.

—Vamos a por él —dijo Diego.

—Quieto. Mejor fuera —le cortó Maxi.

En un momento nos pusimos de acuerdo. Otra chica no lo hubiera hecho, pero Silvia sí. Entró de nuevo en el pub y retó a su agresor a salir. Los de humanidades somos gente pacífica y dialogante, pero nunca nos ha importado pasar a las manos cuando la situación lo ha requerido. Silvia salió seguida de un guaperas fuerte como Diego, alto como Maxi y rubio como Felipe. Llevaba una camiseta que marcaba los pectorales y dejaba ver unos bíceps poderosos. Cuando Diego se plantó ante él y estaba a punto de abrir la boca, Maxi le apartó y asumió la defensa del caso.

—¿Así que tú eres el cerdo abusón?

El interpelado movió la cabeza como desahuciándole y respondió con un bofetón de revés cruzado, directo a las narices. Fue un golpe efectivo y aparatoso, de esos que hacen mucho daño. Maxi se tambaleó un poco y empezó a sangrar. Diego le apartó y, sin mediar palabra, sacudió al figurín dos bofetones que lo sentaron. Cuando se levantó, le llovieron otros dos que lo volvieron a sentar. Diego hace surf y rugby, sabe lo que es una melé y un cuerpo a cuerpo, y tiene la suficiente nobleza para no rematar al caído con un rodillazo en los morros. Los amigos del guaperas se abstuvieron de intervenir, quizá porque detrás de Diego y Maxi ya estaba medio Cunqueiro. Después, el tipo se levanta, se pasa la lengua por los labios y escupe un poco de sangre. «Esto no va a quedar así», amenaza mientras se larga. «No va a quedar así», responde Maxi, «porque, como vuelvas por aquí, te inflaremos de verdad, gilipollas».

21. AMOR SECRETO

Mi madre cree que Peter está enamorado de mi.

A media tarde, horas antes de la salida nocturna con la peña, planteo a mi rubia pareja una cuestión delicada. Tan delicada que me ha exigido tres preguntas seguidas, y no por ser gallego. ¿Lo nuestro lo sabe Silvia? ¿Podemos decirlo a nuestra panda y a la gente de clase? ¿Podemos aparecer de la mano en el Cunqueiro? Irene ha negado tres veces con la cabeza, de forma rotunda. Yo me quedo perplejo y luego prosigo.

—O sea, que lo nuestro es como un amor prohibido...

—Prohibido no, pero secreto sí.

—No será que, en el fondo, te avergüenzas de mí...

—No digas tonterías, Borja. Lo que pasa es que ahora tenemos que centrarnos en los exámenes, sin despistarnos con marujeos y culebrones.

—Pues nos puede salir el tiro por la culata.

Y en ese momento, como si hubiera hablado un profeta, nos damos de bruces, en medio del bullicio de la calle Príncipe, con Diego y Silvia. Irene suelta mi mano con disimulo y mira aterrorizada a su mejor amiga. Su mejor amiga nos mira con extrañeza, como intentando digerir lo que acaba de ver. Diego y yo —que por primera vez en nuestra vida vemos a Sharapova y Kournikova mudas— soltamos una carcajada al mismo tiempo. Después bajamos los cuatro hacia Beiramar, yo invito a nuestros amigos a la boda e Irene les suplica veinte veces que no nos han visto juntos, que no saben nada, que nadie se va a enterar en el Cunqueiro...

22. RAÍZ LATINA

Mientras anocheecía, he hablado con Peter de mil cosas. Ha sido maravilloso.

Hoy es domingo, *dies Domini*. Me gusta la raíz latina y procuro atenerme a lo que significa. También me gusta el significado griego de *Irene*, y creo que se cumple en la chica con la que he patinado esta mañana por Samil. Irene, en el fondo, es muy pacífica. A veces hablamos del significado de las palabras, porque a ella le gusta tomarme el pelo y confundir urbanidad con urbanismo, decir que impresentable es el que no se presenta, o preguntarme si *rebundancia* se escribe con «b» o con «v». Esta mañana he descubierto que también tiene una curiosa teoría sobre el tipo de persona que corresponde a cada nombre. Asegura haber comprobado que quien se llama Jaime es rubio y guapo, el que se llama Arturo es moreno, el que se llama Rodrigo es muy listo, los Carlos son altos, los Nachos son buenazos...

—¿Y si te llamas Maxi? —pregunto.

—Si te llamas Maxi, eres único.

—¿Y si te llamas Borja?

—Si te llamas Borja, ¡eres mío!

23. HOGUERA DE SAN JUAN

En la escuela yo era siempre la primera en bromear y armar jaleo. Ahora me parece que era una chiquilla encantadora, pero muy superficial.

Me lo creo. Pero seguro que no protagonizabas un fin de curso de infarto. Mañana será San Juan, una festividad que se celebra en España con folclore nocturno en torno a hogueras en el campo. Con ese propósito, unos cuantos vecinos del Cunqueiro habían levantado, en un pequeño descampado, un buen montón de hierba seca. Parece que esa hierba y la tensión propia de todo fin de curso despertaron ayer el instinto pirotécnico de varios benjamines del insti, que cada año vienen más ocurrentes. Unos cuantos se pasaron la mañana tramando el adelanto de la fiesta, y al acabar las clases reptaron en plan comando hasta el montón de hierba y le prendieron fuego.

Nos consta que nuestros vecinos intentan llevar una vida apacible en las islas delimitadas por los setos y las verjas de sus casas. Pero lo tienen muy crudo. La cercanía del insti destroza su ilusión de vivir en la campiña inglesa y los mantiene en zozobra constante, porque las aficiones predilectas de las tribus del Cunqueiro son las pintadas en muro ajeno, los frutales, el allanamiento de morada sin pasar del jardín, el hostigamiento a los perros ladrones y el mosqueo diario de sus dueños. Ayer, el humo prematuro de la hoguera de San Juan convirtió la inquietud habitual del vecindario en alerta máxima. Para desgracia nuestra, los pirómanos fueron tan inútiles que se dejaron ver, y los damnificados se han presentado esta mañana en el Cunqueiro y han exigido una rueda de reconocimiento. El Juli, ante la amenaza de salir en las páginas de sucesos, se ha avenido a las demandas. Con esa colaboración y las pesquisas oportunas, los autores de la gamberrada han sido identificados y se han reconocido culpables. Al cierre de esta redacción tenemos claro que se les va a caer el pelo, aunque no sabemos cómo. Es lo que pasa por jugar con fuego.

24. NOTAS Y VACACIONES

En comparación con otros judíos que no están escondidos, nosotros vivimos como en un paraíso.

Nosotros también hemos entrado hoy en el paraíso de las vacaciones. Pero antes, Ana, te cuento que el robo del Mercedes, el embarazo y la hoguera han trascendido a la prensa y a la tele gallegas. Para colmo, una cámara de Televigo recogió ayer declaraciones de alumnos en la misma puerta del insti. «Lo que nos faltaba», se lamenta mi madre. Y el Juli ha tenido que pasar hoy por todas las aulas para recordarnos que en boca cerrada no entran moscas, que por la boca muere el pez y que en sucesivas ocasiones estaremos mucho mejor calladitos... Como profesor de Literatura, al Dire no le faltan metáforas y comparaciones oportunas, pero no entendemos por qué no se aplica esos sabios consejos a sí mismo. También nos dijo que en el insti estamos para estudiar, no para protagonizar culebrones, y menos para echar carnaza a ciertos carroñeros. Ahí Irene me mira de reojo para ver cómo encaja esa descalificación a mi futuro gremio, se sonríe y me hace un guiño. El caso es que toda esta agitación tiene al claustro muy preocupado, a los padres sobre ascuas, a la ciudad alerta, y a los alumnos un poco mosqueadillos, porque a nadie le gusta ir por la vida de sospechoso.

Después del último chorreo del Juli, después de una larguísima carrera de obstáculos de nueve meses, aunque ya desesperábamos y lo dábamos por imposible, por fin nos han dado las notas ¡y las vacaciones! ¡Uffff...! Como es habitual en estos casos, se han visto escenitas para todos los gustos: ojos de incredulidad y sudores fríos, hondas lamentaciones y suspiros de alivio, besos y abrazos, gritos de júbilo y lagrimones... Para nuestro curso, en general, las notas han sido mejores que las esperadas, tal vez porque no nos llevamos mal con los profesores. En mi caso, reconozco que me han ayudado a superar limpiamente el listón. Bueno, lo he rozado en Matemáticas, la asignatura que le ha quedado a Felipe. Irene ha suspendido Lengua y Literatura, a pesar de su prolongado esfuerzo, el repaso conmigo y la ayuda de todos. Alberto y Silvia han acaparado las mejores calificaciones, según lo previsto. Pedro, Diego y Maxi, más o menos como yo. Felipe está contento porque esperaba dos o tres cates. Irene, en cambio, está

desconsolada. Razón de más para llevar a cabo lo que planeamos ayer: despedir el curso y recibir al verano con una comida a nuestro aire, en plan pachanga. Así que nos hemos ido cada uno a su casa y los ocho nos hemos vuelto a reunir en el quiosco donde quedamos a diario para subir al insti. Por esta vez, con mochilas que en lugar de libros y cuadernos llevaban sabrosos bocadillos y latas de bebida. El destino también era diferente: no el Cunqueiro sino el Castillo, los restos bien conservados de la fortaleza medieval de la ciudad.

Como el espesor de la muralla es de dos metros, la hemos recorrido por encima y nos hemos sentado en el tramo con mejores vistas. Al tomar posesión de nuestro mirador estratégico, dos gaviotas que disfrutaban del mismo paisaje, y a las que he disparado con la cámara de fotos, han desplegado las alas y se han dejado caer, sin apenas aletear, con facilidad insultante, como si saltar al vacío y mecerse en el aire fuera la cosa más fácil del mundo. Han sobrevolado el Cunqueiro, el Paseo de los Abetos, la Avenida de la Hispanidad, Camelias, Torrecedeira, Beiramar, y se han separado en el Náutico. Una se ha posado en la punta del mástil de un velero atracado. La otra ha preferido cruzar la ría, hacia Cangas.

Para mucha gente, las gaviotas son pajarracos desagradables, medio carroñeros. Yo las veo de forma muy diferente, en sus exhibiciones de acrobacia y poderío. El verano pasado vi a una de ellas seguir la estela de una lancha que también volaba hacia Redondela, cargada con pesca reciente. Lo asombroso no era la embarcación que brincaba con viento en contra, a gran velocidad, sino la gaviota que aleteaba con una fuerza extraordinaria, a pocos metros de su ansiado botín. Te aseguro, Ana, que si el mar y el cielo de Galicia no estuvieran incansablemente recorridos por la elegancia blanca de las gaviotas, con su chillido salvaje, entonces el paisaje de las rías estaría incompleto, como deshabitado, y ya no sería el más hermoso del mundo.



25. ADIOSES

A veces me pongo sentimental, ya lo sabes. Pero es que aquí a veces hay razones para el sentimentalismo.

Ayer, Ana, la comida en el Castillo fue una juerga. Nos dedicamos a recordar y reír los mejores momentos de este curso. Pedro y Maxi prodigaron sus paridas típicas, para que Irene olvidara su suspenso. Por ejemplo, cuando Maxi le propone a Pedro cenar en su casa, Pedro le dice que no puede ser, pues su madre está mala. Y Maxi responde que no importa, que comen otra cosa y ya está. Felipe es el último en reírse, como siempre. Pedro nos pregunta qué hay que hacer para que Felipe se ría un sábado. ¡Pues contarle un chiste el viernes! Irene, por fin, se anima y aporta otra tontería mínima:

—¡María, lava a los niños!

—¿Para qué? Los reconozco por la voz.

Por la noche quedamos de nuevo para ir al cine. Película maliña, que apenas recuerdo, porque además me dormí. El entrenamiento del lunes me había dejado molido, y en esos casos una butaca a oscuras es anestesia general. Cuando terminó la peli, escuché el comentario de Silvia a Irene: «¡Vaya abuelete que te has echado!». Después abrí los ojos, me levanté y dediqué a Irene una sonrisa de disculpa. Silvia nos mira y vuelve a ser inoportuna: «¿Ya lo podemos hacer público?». Irene pide mi aprobación con la mirada y yo bostezo, sin querer, y me encojo de hombros, mientras pienso que muy enamorado no estoy. O quizá sí. Lo que pasa es que no lo tengo claro, y por eso prefiero no mojarme, aunque a lo mejor esto del amor es así de confuso, y más entre gallegos...

Hoy, Ana, es el primer día de vacaciones. Me hubiera gustado levantarme eufórico, pero solo me he levantado tarde, me he duchado sin prisas y he desayunado sin ganas. Encima, escucho a *Los chicos del coro* y su música me envuelve como una pegajosa morriña, mientras Camelias parece –desde mi ventana– una avenida gris y triste. Aquí hay algo que no funciona. Me noto decaído y me pongo a pensar. Pienso que, cuando un curso termina, también termina algo de nosotros. No sé si tú sentías en Holanda lo mismo que yo, esa especie de sabor agridulce donde se mezclan la alegría por haber

superado una agotadora carrera de obstáculos y la tristeza por la disolución de un mundo que ha llenado nuestras vidas durante casi un año. Claro que la vida y los amigos no mueren en junio, pero se esfuman durante tres meses, se van también de vacaciones y ya no están ahí, o están de otra manera, sin la intensidad del Cunqueiro. Así estaba yo esta mañana, mustio y apagado porque empieza la desbandada. Irene se larga en julio a Irlanda y en agosto a Málaga. Diego, a Inglaterra y Gijón. Alberto pasará en Alemania todo el verano, en casa de su hermana mayor. Y Silvia piensa esconderse en la Castilla profunda de sus abuelos, en un rincón de cuyo nombre no puedo acordarme. Menos mal que tendré a Pedro unas semanas en Vigo, y que Felipe y Maxi estarán cerca todo el verano, en Canido y Samil.

Supongo que al sentimentalismo llorón no hay que darle cancha, pues no ganamos nada con andar apagados. Así que cambio a *Los chicos del coro* por Vivaldi, que es vivaz y exultante. Además, si hay que estar a las duras y a las maduras, ahora tocan las maduras, que para eso estamos de vacaciones. Si hemos currado y sufrido juntos tres trimestres, disfrutemos juntos los pocos días que nos quedan antes de separarnos. Pensando, pensando..., se me ocurre una idea y llamo a Maxi. Nos hemos visto esta tarde, antes de entrenar en Balaídos, y entre los dos hemos diseñado con urgencia un plan pirata. Mañana lo perpetraremos.

26. BICIS Y MOCHILAS

Los años de colegio, con su tranquilidad y su despreocupación, no volverán nunca.

Cruzar la ría en barco y por la tarde, con bicis y mochilas, con tienda de campaña y bocadillos, con amigos y gafas de buceo, entre bateas y algarabía de gaviotas, es uno de los grandes regalos que puede ofrecerte la vida. No lo dudes, Ana. «Una hemorragia de felicidad» es lo que dice sentir Maxi en esos momentos, tumbado en la tarima de proa, mientras expulsa el humo del pitillo y escupe con tiro parabólico por la borda. Junto a él, sentados en el banco que recorre la embarcación, de espaldas a Rande y con las Cíes de frente, Pedro afina la guitarra, Felipe y Diego enredan con un viejo fusil submarino, yo disparo las primeras fotos y tomo estas notas, y todos aspiramos a fondo los aires del mar y de la libertad.

Desembarcamos en Cangas, montamos en las bicis y subimos hasta la divisoria entre las aguas de Pontevedra y Vigo. Paramos a beber y a contemplar el panorama. Desde esa altura, Galicia es un país flotante. Flotan los montes sobre las rías, como si el granito de sus enormes jorobas fuera corcho cubierto de espesura verde. Flotan los pueblos que se escurren hasta el mar por laderas que parecen anchos toboganes de hierba. Podrían detenerse en la orilla, pero son villas marineras que bracean en las aguas con los espigones de sus muelles. También Vigo es así, y así lo apreciamos desde nuestra elevada posición: una ciudad que se desborda sobre una ría donde duermen sus barcos y bateas, y una ría que parece colarse en la ciudad hasta la cocina.

Rodamos sin dar pedales hasta Hío. La foto al pie del cruceiro más famoso del mundo es obligada. Emprendemos la última etapa y en media hora llegamos a Menduiña. La playa es una concha de aguas tranquilas, con cuatro o cinco familias que hablan en gallego con el acento de la zona. Escogemos un claro entre los apretados pinos que bordean la arena blanca. Dejamos bicis y mochilas, nos quedamos en bañador y corremos al agua. En Galicia, un día como hoy puedes asarte y asfixiarte, pero el agua de las rías –por algún extraño misterio– siempre la vas a encontrar congelada. Yo entro y

salgo en dos segundos, con la buena excusa de que Nogueira –mi entrenador del Celta– no me deja nadar. Correr por la arena, todo lo que quiera, pero nada más. La natación es un deporte muy completo, pero parece incompatible con los músculos que necesitas para correr y saltar.

Montamos la tienda de Pedro con las últimas luces. Aunque es pequeña y pensamos dormir al raso, en los sacos, la precaución de la lona nunca sobra en una tierra donde puede llover en cualquier momento. Después, sentados en la arena, sacamos los bocadillos y las bebidas cuando el sol desaparece detrás de las Cíes. Igual que en el Castillo, reímos con chistes y chorradas mientras masticamos. Diego enciende una linterna. Pedro quita la funda a la guitarra y puntea temas clásicos de Phil Collins y John Lennon. Después pasa a grupos españoles y así podemos canturrear todos. Luego nos sorprende con un poema de Nicolás Guillén, cubano contemporáneo de nuestra Generación del 27. Los versos de amor a los que pone música son sencillos y preciosos. Aplaudimos y pedimos que los repita. Pedro accede y yo procuro memorizarlos. Cuando dejamos la guitarra nos ponemos a charlar como si el tiempo no existiera, pues eso es lo que hay que hacer cuando estás entre amigos una noche de verano, en una playa bañada por la luna y bajo un toldo de estrellas. Al fin, muertos de sueño, nos arrastramos hasta los pinos y los sacos. Mientras Maxi empieza a roncar, pienso que tener grandes amigos es un lujo, un regalo inmerecido. Bastaría con haber nacido en otra calle y estudiar en otro instituto para que no nos hubiéramos conocido. Pero aquí estamos, y quizá no haya sido una simple coincidencia.

27. MALAS NOTICIAS

¡Ayúdame a salir de este infierno, Ana!

En una pesadilla, una de tus amigas íntimas ha sido apresada por los nazis y te suplica que no la abandones. En Menduiña, con mucho sueño encima, por la mañana no nos despierta la luz que se filtra entre los pinos. En esos casos, siempre hay un móvil inoportuno, que suena cuando no debe hacerlo. Reconozco la musiquilla y abro un ojo. Un brazo de Pedro tantea el bulto que tiene al lado y lo zarandea. Maxi emerge por la abertura de la momia, se sienta, saca un *Nokia* del lateral de su mochila y responde con un gruñido. Escucha sin decir nada y sigue con el teléfono pegado a la oreja. Me sorprende su prolongado silencio. Antes de cortar, ni siquiera se despide. Después sigue sentado, mirando la neblina de la playa con ojos inexpresivos.

—¿Quién era? —pregunto.

—Me voy a Vigo —responde.

En un alarde de sutileza, todo lo que se me ocurre pensar es que algo pasa. Maxi se pone el bañador y se encamina, descalzo, hacia la playa.

—¡No pensarás ir nadando!

Aunque lo digo en broma, de Maxi se puede esperar cualquier cosa. Por si acaso, salgo de la tibieza del saco con un escalofrío, me pongo el bañador, me pincho con la tamuja de los pinos y llego a la arena. Maxi está trotando en paralelo a la orilla. Le alcanzo y sigo corriendo a su lado, sin decir palabra. Hace tiempo que aprendí a respetar ciertos silencios. Al llegar a uno de los extremos de la playa y dar la vuelta, Maxi me dice que su madre ha empeorado. Yo sé que Carmen tiene, desde hace años, esclerosis en placas. Es una enfermedad incurable y progresiva, con una evolución impredecible. Hasta ahora, la progresión había sido lenta, pero, en pocas semanas, Carmen ha pasado de su elegante bastón a dos aparatosas muletas. Y anoche —me cuenta Maxi— se cayó de bruces, se rompió un brazo y se golpeó en la cara.

—Aunque peor que la caída es otra cosa.

—¿Peor que la fractura y el golpe?

—Sí. La silla de ruedas es peor.

Carmen ha luchado tenazmente, durante años, por mantener la capacidad de andar y la coordinación de movimientos. Caminatas, bicicleta, gimnasio, ejercicios en casa hasta la extenuación. Así lograba dar la impresión de que la enfermedad estaba controlada, mientras perdía pequeñas batallas, tan solo perceptibles por familiares y entre amigas íntimas. Ayer, toda esa apariencia se vino abajo, y Carmen empezó a perder la guerra. «Me voy contigo a Vigo», le digo a Maxi. Aprueba con la cabeza y me propone un chapuzón. Nos dejamos engullir por la primera ola que pillamos. Gritamos, gesticulamos, braceamos y salimos a la carrera, antes de morir congelados. Llegamos al campamento base, nos secamos, nos vestimos y despertamos al resto de la expedición. Mientras recogemos los sacos, explicamos lo que pasa. Pedro, Felipe y Diego se miran un instante y deciden que se vienen con nosotros. Maxi dice que no, que ya nos largamos dos y es suficiente. Después de un breve forcejeo se impone, como siempre, la postura de nuestro delegado: «Yo me voy a sentir culpable si suspendemos la acampada, y mi madre no va a mejorar por eso».

La mañana sin sol, con niebla y humedad, te pega una especie de tristeza muda, mientras pedaleas por una carretera que sube, baja y se retuerce entre pinos y eucaliptos. Al llegar a Cangas cambia el panorama. La niebla ha levantado como el telón en un teatro, y el escenario que contemplas es un cuadro lleno de luz, con una ría donde duermen escuadras de bateas y navegan pesqueros; con un cielo surcado por pocas nubes y muchas gaviotas; con riberas donde la vida siempre es verde y azul. Subimos al barco de pasajeros y dejamos las bicis y las mochilas en la bodega. Nos sentamos a proa. Maxi, callado. No está para admirar paisajes ni para hablar de básquet o de tías, sus dos deportes preferidos. Dentro de media hora se encontrará, por primera vez en su vida, con una madre inválida, y quizá esté pensando qué decir y qué hacer en esa nueva situación. En el Cunqueiro, Maxi tiene respuestas para todo, soluciones para cualquier problema. Pero lo que le espera en casa es otra cosa, drama más que problema, y además sin solución.

—¿Por qué pasan estas cosas, Borja?

—No lo sé.

—¿Sabes que tengo bastante miedo?

—¿A que se muera tu madre?

—No. A que se hunda. Siempre ha sido muy alegre y activa, pero ahora...

—No se hundirá. Tiene un marido y cinco hijos. Te tiene a ti...

Sentado a mi lado, Maxi lleva la cabeza erguida y la coleta al viento. Las manos en los bolsillos del vaquero. Las piernas rectas, como una rampa del banco al suelo. Los ojos cerrados, como cuando solo quieres disfrutar del sol y de la brisa. Pero su gesto contraído se asemeja al de quien soporta un fuerte dolor de muelas o de cabeza. Es la primera vez que veo resbalar por sus mejillas unas lágrimas.

28. DIEZ CLAVES

La casa entera retumba con las disputas. Mamá y yo, Van Daan y papá, mamá y la señora, todos están enojados contra todos. Bonito panorama, ¿verdad?

Hablando de trifulcas, Ana, no te he contado todavía un interesante asunto del pasado martes. Ese día, Ferrín nos entregó los boletines y nos deseó feliz verano, pero primero nos habló de la seria preocupación de los profesores por los desfueros que han agitado las últimas semanas del Cunqueiro. Y nos adelantó las dos medidas que atajarán este problema el próximo curso. La más eficaz será la elaboración y aplicación de un severo código interno de disciplina. «Ya sé que esto parece educar en defensa propia, pero no vemos un remedio mejor», reconoció con gesto grave. La segunda medida será una escuela de padres que ofrezca a nuestros progenitores orientación y pautas educativas.

De esa escuela hemos hablado hoy en la comida, porque mi madre se va a encargar de ponerla en marcha. Entre otras actividades, se ofrecerán tres conferencias. El Juli hablará en diciembre sobre el estudio y sus enemigos. Ferrín, en primavera, sobre la educación sexual. Y mi madre abrirá el ciclo, en octubre, con «10 claves de la educación».

—¿Por qué 10 claves? —ha preguntado Nuria.

—Porque es un título redondo, ¿no te parece?

Ante el peso del márketing, Nuria da por bueno el argumento y pregunta cuáles son esas diez.

—No sé... —responde mi madre, mirándonos a todos—. ¿Qué os parece a vosotros?

Ya ves, Ana, que a mi madre le gusta animar una conversación por el sencillo método de involucrar a todo el mundo. Ayer, cuando lanzó la pregunta sobre las claves de la educación, la comida se hizo realmente interesante y se alargó bastante más de lo habitual. Al principio, todos nos sentimos interpelados y respondimos casi al mismo tiempo, amontonando ocho, diez, quince claves posibles. Solo con la pizza, después de la

ensalada, empezamos a poner un poco de orden y concierto en la avalancha de sugerencias.

Nuria está leyendo un libro sobre educación de los sentimientos y propuso esa clave. Si hay que educar los sentimientos, comentó Rafa, también habrá que fortalecer la voluntad, entrenarla para el esfuerzo, porque en la vida hay que currar bastante. Todos asentimos. Después mi padre añadió que es imposible educar sin una razonable autoridad, y volvimos a estar de acuerdo. La abuela recordó que su receta para sacar adelante a sus hijos tuvo tres ingredientes: cariño, buen ejemplo y respeto a Dios.

—¿Y tu clave, Borja? —preguntó mi madre.

Yo recordé la cantinela favorita de Ferrín y hablé del espíritu crítico frente a la manipulación de la tele y al peso excesivo de lo políticamente correcto. «¡Este crío se sale!», exclamó Nuria con un guiño. La conferenciante reconoció —mientras se levantaba para llevar los platos a la cocina y traer la fruta— que todas las aportaciones eran muy oportunas. También confesó —en medio de su trajín— su mala memoria y su temor a olvidar esas claves si no las escribía. Antes de que siguiera, yo había adivinado sus palabras:

—Borja, ¿me harías el favor de tomar nota de lo hablado?

—¿Por cuánta pasta?

Y así fue como convertimos el almuerzo en comida de trabajo, y también el café, pues entre sorbo y sorbo mi madre pidió bibliografía para cada tema. Ella, por su parte, pensando en el tabaco, el alcohol, la droga y el sexo irresponsable, propuso como clave la gestión correcta del placer. Respecto a la bibliografía, mi padre se mostró partidario de no liarse con libros y hablar de los diez puntos desde la experiencia y el sentido común. Mi madre respondió que una buena conferencia no se prepara sin consultar a los expertos, y de paso agradeció a su marido la décima clave: el sentido común.

La nueva tormenta de ideas se decantó en diez ensayos, uno para cada una de las claves. Puse todo por escrito y pasé a mi madre el folio con el esquema de su conferencia. Lo tomó en una mano, apuró su café y subrayó su aprobación con un breve comentario: «Ahora tendremos que desarrollarlo». Y el «tendremos» ya no se refería a toda la familia, pues solo miró al benjamín, al más inocente e indefenso de sus hijos. Pero yo recordé en ese momento que llegaba tarde al entrenamiento de Balaídos, y me escabullí con rapidez y dignidad.

Después de entrenar he quedado con Maxi. Le he visto más tranquilo de lo que esperaba, porque su madre está serena y ocupada con los preparativos de las vacaciones. Piensan repetir el plan de veranos anteriores, y emigran mañana mismo a la casita que alquilan en Panxón, a cinco o seis kilómetros de Bayona.

29. SE ACABÓ LA MISERIA

Estoy arruinado, Ana. La vida en España es muy cara, pero la causa de mi bancarrota son mis padres, que, además de pasta, deben tener genes catalanes en algún rincón de su ADN. Para ellos, todo lo que en sus hijos cae fuera del concepto vivienda, vestido, comida y educación, es capricho. Y los caprichos se los paga cada uno, faltaría más. Lo peor de esta política implacable es que les ha salido bien con mis hermanos, que parecen judíos por su olfato para los negocios y su vista para sacar euros debajo de las piedras. Nuria lo tiene fácil, pues sus estudios incipientes de psicopedagogía la convierten en canguro cualificado. Ahora que abundan los peques con problemillas psicológicas, llega mi hermana y –además de entretenerlos unas horas, darles de cenar y acostarlos–, ya de paso los examina, los diagnostica y los arregla un poco.

Rafa, mi hermano mayor, se lo curra más que Nuria. Su vida son los libros, una moto, una tabla de surf y un equipo de escalada. Cuando pisa tierra, su deporte favorito son los negocios. Ha terminado el primer ciclo de Empresariales con tanto aprovechamiento que Caixanova –según bromea mi padre– le ha ofrecido una Visa Oro. En casa corren rumores sobre la fabulosa fortuna que puede tener en su cuenta corriente, y sus mismos amigos le llama el Jeque por su moreno insultante y sus petrodólares.

Exageraciones aparte, lo cierto es que Rafa tiene un olfato económico que ya quisieran muchos de los tuyos, Ana. En sus precoces años del Cunqueiro, quienes no eran sus amigos eran sus clientes, y a unos y otros organizaba las fiestas de fin de año, los buses a esquiar en la semana blanca, el viaje de estudios... Con ese entrenamiento, en la Universidad ha hecho lo mismo, pero con más profesionalidad y mayores porcentajes. Hace dos años tuvo la feliz idea de repartir una sencilla tarjeta de visita en la que puso, además de su e-mail y su móvil, una especialidad tan apetecible como inconcreta: GESTIÓN INFORMÁTICA. Todo un acierto. Desde entonces ha multiplicado sus ganancias con clases particulares, con los ordenadores que arregla, con los que compra y revende, con las páginas web que diseña y mantiene...

Yo, en cambio, llevo un montón de tiempo en números rojos, malviviendo con humillantes préstamos y créditos de mis hermanos. Y todo, ya te digo, porque mis padres estiman que uno tiene que pagarse las salidas de los fines de semana, el regalo que

compras al que cumple años, el esquí en Semana Santa, el cine, el Camino de Santiago, un bañador, unos libros... Con esto no pretendo quejarme y llorar –no es mi estilo–, sino contarte que esta situación acaba de dar un giro inesperado. «Creo que tengo la solución a tus problemas económicos», ha dejado caer mi madre esta mañana, mientras preparaba unas tostadas para el desayuno. Medio dormido como estoy a esas horas, sus palabras me despejan de golpe y casi me hacen olvidar mi voraz apetito matutino. Entonces recuerdo mi sueño imposible de tener algún día una moto, como mi hermano, como Felipe y Maxi, y respondo con otra pregunta incrédula.

—¿Te refieres a la pasta para la moto?

—Para la moto o para lo que quieras.

Estoy soñando o esta no es mi madre. El riesgo de que su alocado benjamín tenga un accidente sobre ruedas ha cortado de raíz, hasta la fecha, la misma posibilidad de plantear la cuestión. Así que me quedo callado, pendiente de sus labios, sintiendo el agradable hormigueo de algo parecido a la felicidad.

—He pensado que no voy a tener tiempo de leer los diez libros de las 10 claves...

—¿Y...?

—¿No te lo imaginas?

—Mmmm, no.

—Pues es un sencillo trato: Los vas leyendo tú y yo te pago los resúmenes.

La felicidad, o lo que sea, me sigue haciendo cosquillas mientras pregunto por la extensión de los resúmenes. «Bastan dos o tres folios por libro, con una buena selección de ideas, anécdotas y ejemplos», concreta mi madre.

—¿A cuánto el resumen?

—¿Te parece bien 50 euros?

Me quedo viendo visiones e intento disimular sin conseguirlo.

—¿Y si un resumen no te gusta?

—No te pago hasta que me guste, y además me prometes no enfadarte.

¡Buf! Como tu madre sea profesora, lo llevas claro en cualquier negociación. Pero hace tiempo que aprendí a resumir libros por escrito, y no precisamente por dinero. Lo mire por donde lo mire, esto es un chollo que no pienso desperdiciar. Así que le digo a mi madre que «trato hecho» y, en plena euforia, me atrevo a proponer otra ventaja.

—¿Me podrías adelantar algo? Es que estoy sin blanca...

—¿Te comprometes a tener los diez resúmenes el 10 de septiembre?

—Eso está hecho.

—Pues te adelanto el primero. Aquí tienes 50 euros.

Mi madre sonrío, complacida, cuando aseguro que es la mejor madre del mundo, y también la más guapa. Después me pasa el folio con las claves y los libros que yo mismo apunté, me aconseja que me ponga a trabajar cuanto antes, calcula que dos o tres horas

diarias pueden bastarme, ¡y me deja usar su ordenador portátil! Mudo de asombro, trago saliva, bebo un sorbo de zumo, ataco la segunda tostada y me asombro de los efectos de los piropos a las mujeres.

30. HELADOS

Mi plan diario de trabajo. Estudio taquigrafía francesa, inglesa, alemana y holandesa, geometría, álgebra, historia, geografía, historia del arte, mitología, biología, historia bíblica y literatura holandesa. Me encanta leer biografías y libros de historia.

Yo también estoy trabajando un poquillo, Ana. Para que los resúmenes de los 10 libros no se atasquen y acumulen a última hora –con funestas consecuencias económicas–, prefiero empezar a quitármelos de encima cuanto antes. Así que he estado leyendo y acotando desde el desayuno hasta la hora de comer. El afortunado elegido en primer lugar ha sido Marco Aurelio, el emperador estoico. Sus *Meditaciones* son pensamientos sencillos y breves, agrupados en un pequeño libro de bolsillo. Lo leí hace meses, por consejo de Ferrín. Ahora solo tengo que seleccionar algunos párrafos que hagan referencia a la forja del carácter y de la voluntad.

Esta tarde me he despedido de Irene, porque mañana vuela a Londres. Habíamos quedado en el Olivo, y venía contenta con sus vaqueros corsarios recién comprados. Yo tengo dos pantalones vaqueros, pero Irene tiene una sección entera de Zara: desgastados, deshilachados, nuevos, rotos, con hilo rojo, con flores bordadas, con chapas... Nuestro paseo ha tenido su interés. Como sabe mis gustos, entramos en la *Heladería Italiana* y pide dos cucuruchos enormes, coronados con dos montañas de limón y ron con pasas. Me da el limón, paga, salimos, seguimos caminando y charlando, saboreamos los helados y llegamos al portal de su casa. No nos vamos a ver hasta septiembre. Le deseo feliz verano y estrecho su mano como si estuviera despidiendo a una señora. Irene abre los ojos y la boca en un gesto de incredulidad y de reproche. Luego frunce el ceño, pone morros, empieza a sonreír, suelta una carcajada y me espachurra en un largo abrazo. Irene pertenece a una de las familias más conocidas de Vigo. Por su educación, no es partidaria de esas efusiones, y menos en la calle, y mucho menos junto a su portal, donde todo el mundo sabe quién es. Yo aguanto el tipo hasta que deja de estrujarme y consigo respirar. Pero ahí no acaba la despedida. Cuando ya parecía satisfecha, da un lametón a

su *gelatti* de ron con pasas y me planta un sonoro y pringosísimo beso, tipo ventosa, que me deja la mejilla directamente para la ducha. Por muy caballero que uno sea, pienso que una agresión semejante no debe quedar sin respuesta, así que contraataco con un valeroso beso de limón.

JULIO



1. LOS TILOS

No tengo un momento para mí sola en la habitación que comparto con Dussel. ¡Lo necesito tanto! Por eso me voy con frecuencia al desván en busca de soledad.

Cuando vives a trescientos metros del mar, sobre la ladera donde descansa una villa como Bayona, eres muy afortunado. Además, si tu casa de granito está coronada por teja roja y chimeneas; si en su solana hay geranios y mecedoras; si caminas entre rosales cuando traspasas su verja de entrada; si en su trasera se levanta una pérgola con parra trepadora; si hay también una higuera con columpio, y un enorme castaño, y un airoso cruceiro junto a un seto de boj donde se esconde el mirlo; si su pequeña pradera se inclina hacia el mar; si no falta un cobertizo con cortadora de hierba y herramientas, y una canasta, y un pilón con peces rojos..., entonces, Ana, lo tienes casi todo en la vida.

Los Tilos –exagerando mucho– es el pazo de mi abuela Rosalía. Como ella vive con nosotros, es también nuestra casa, sobre todo en verano. Y aquí hemos desembarcado hoy, primer día de las vacaciones de mi madre, dispuestos a resistir hasta septiembre. Desde hace muchos años, Los Tilos viene sufriendo la invasión veraniega de mi familia y sus amistades. Bayona multiplica en verano su población, y a los Arregui Veiga nunca se nos han dado mal las relaciones públicas. «¡Éramos pocos...!», suele exclamar mi abuela, con aire resignado, desde su siesta interrumpida en la mecedora de la pérgola. Y es que Rafa o Borja llegan con sus amigos, dispuestos a jugar dos contra dos al futbito o al básquet, en tardes y torneos que solo se interrumpen para descansar unos minutos y beber algo, y que a veces se alargan hasta que mi padre apaga por decreto el foco exterior del cobertizo. Más tarde, cuando todos dormimos, despierta Saurón, el Señor Oscuro, un gato enorme y negro, que a lo largo de sus siete vidas es el terror de los ratones de la casa y de algunos perros de la zona.

No te cuento todo esto, Ana, para que sufras el contraste con tu escondrijo. Me alegraría si esta descripción echa a volar tu imaginación y te ayuda a ser un poco más libre. ¿Me dejas seguir un poco más? Entre las tradiciones de Los Tilos, además de los

citados torneos maratonianos, están las tertulias nocturnas de los mayores. Muchos amigos de mis padres, cuando ya han cenado y el pueblo es un hervidero de gente joven, se apartan del mundanal ruido y se acercan hasta nuestra casa. Sentados bajo el emparrado, charlan durante horas de cosas menudas o trascendentes, mientras beben y paladean el tiempo a pequeños sorbos, como la limonada y las cervezas. Están tan a gusto que nadie quiere marcharse. Y de nuevo es mi padre el encargado de levantar la velada. Hacia el tercer bostezo de mamá, siempre de madrugada, suelta el argumento definitivo:

—Vámonos a la cama, Marinela, que estos señores tendrán que irse a su casa...

2. UN SUSTO

Mamá estaba de rodillas fregando, y Margot intentaba recuperar mis papeles mojados por el suelo. Toda mi carpeta de genealogías, mis cuadernos y libros, todo empapado.

Yo también tengo malas noticias, Ana. Esta tarde subí al bus de las 5 para entrenar en Balaídos. Escogí, al fondo, dos asientos libres y me senté junto a la ventanilla. Siempre prefiero vacío el asiento de al lado, entre otras cosas para no ir comprimido. Como el paisaje me lo conozco de memoria, rescaté tu diario de la bolsa de deporte y me metí en tu mundo. Reconozco que me interesa casi todo lo que cuentas, pero tienes que comprenderme: el día ha sido bochornoso, el autobús estaba recalentado, y el arroz con leche de la abuela, como siempre, irresistible. Con esos poderosos argumentos, a los pocos minutos empecé a dar cabezadas y me dormí como un ceporro. Cuando de nuevo abrí los ojos, media hora más tarde, me llevé un pequeño susto: el autobús estaba parado en la marquesina de Traviesas, donde yo debía bajar. En dos segundos atrapé la bolsa bajo el asiento, la colgué al hombro y me escurrí por la escalerilla de salida, cuando la puerta empezaba a cerrarse. Nada más pisar la acera, tuve la rara sensación de que me olvidaba algo. Pero tenía la bolsa, y en la bolsa estaban las zapatillas de clavos y la toalla, una camiseta limpia y unas chanclas. Estaba todo, ¿verdad? ¡Menos el libro! Pensé correr detrás del autobús, pero ya se perdía entre el tráfico que bajaba hacia Bouzas.

España ha sido tierra de emigrantes, Ana. Durante siglos, desde Cristóbal Colón, nuestro destino fue América. Después de la Guerra Civil, con el país machacado, emigramos a Francia y Alemania. Ahora la situación ha girado en redondo y somos nosotros los que recibimos a quienes nos llegan de medio mundo. Quizá sea una exageración, pero me han dicho que en la provincia de Girona se hablan más de 150 lenguas diferentes. Somos también un país con mucha gente mayor. Es frecuente ver a mujeres ecuatorianas o peruanas que pasean a nuestros ancianos y viejecitas, a veces en silla de ruedas. Supongo que será también una solución para la madre de Maxi, pero este

verano son su marido y sus hijos quienes se pelean por salir con ella.

Como viejo amigo de la familia, yo también tengo derecho a echar una mano, así que le digo a Maxi que me apunto las mañanas que le corresponda a él esa tarea, y así vamos los dos. Hoy aparqué la bici en el pequeño jardín de su casa, donde Carmen ya me esperaba con una revista en las manos y una sonrisa. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza, con una mariposa de tela amarilla. Vestía con sencillez y elegancia, como si fuera a salir de compras por la calle Príncipe. Me hace inclinarme para darme dos besos y llama a Maxi. Dos minutos más tarde, ya estamos recorriendo el largo camino de madera que bordea la playa. Carmen me pregunta por mis padres, por mi abuela, por Rafa y Nuria. Veo que disfruta y se ríe con las tonterías y los chismes que le cuento del Bloque y del Tripartito. A cada poco hay que parar a conversar con algún amigo, vecino o conocido. Todo el mundo es amable de la misma forma: exclamando que la ven muy guapa y muy bien acompañada. Carmen ha decidido no inspirar compasión, así que habla con desenvoltura, sin perder la sonrisa. Para desdramatizar y no mentir, de sí misma repite lo evidente: que su vida va sobre ruedas.

Tres horas más tarde, de nuevo en su casa, monto en la bici, quedo con Maxi por la tarde y me despido con un quiebro.

—Gracias, Carmen, por habernos acompañado esta mañana.

—Adiós, hijo.

4. LA VIDA ES SUEÑO

Margot me crispa terriblemente los nervios, de la mañana a la noche.

Esta tarde, Ana, pregunté por ti al conductor del bus. «¿No tendrá usted un libro que olvidé el miércoles?». Me dijo que no, que no sabía nada. Después, como la Historia suele repetirse, me senté junto a una ventanilla, leí unas páginas de Marco Aurelio y me dormí a los cinco minutos. Pero esta vez, un sexto sentido me despertó en Samil, tres paradas antes de Traviesas. Así que no hubo susto. En cambio, hubo sorpresa. Alguien me hacía compañía en el asiento de al lado. Al abrir los ojos, me encuentro con otros que me miran sin disimulo. Son de una chiquilla que viste cazadora y pantalón vaqueros. No lleva chupete, pero tampoco creo que tenga más de trece años. Unas gafas de montura oscura y rectangular dan a la criatura un aire seriecito, como de bibliotecaria en versión pañal. Ya que me sigue mirando –¡será descarada!–, se me ocurre preguntar si soy realmente tan feo, pero prefiero el saludo tradicional:

—Hola –digo escuetamente.

—La vida es sueño, ¿verdad?

¡Atiza! ¿Cómo se atreve un microbio a tomarse esas confianzas con un desconocido que podría ser su padre?

—¿Nos conocemos? –respondo con dignidad.

—Tú eres Borja, ¿no? –dice la personilla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo vi en el libro.

Empiezo a sospechar lo que ha podido pasar, pero soy gallego y debo preguntar en qué libro.

—Pues en el Diario de Ana Frank que te olvidaste en el autobús.

—¿Y lo tienes tú, preciosa?

—Yes!

¿Cómo que yes? ¡Será posible! Esta odiosa criatura controla demasiado.

—Y me lo vas a devolver, ¿verdad que sí?

—¡Claro! Pero lo tengo en casa.

El microbio me explica que subió al autobús en Panxón, me vio dormido y con un libro en el asiento libre, se sentó al otro lado del pasillo, me vio bajar apresuradamente, supuso que el libro era mío y se quedó con él, porque también supuso que volvería a verme.

—Pues la verdad es que has supuesto mucho y bien. Si me dices dónde vives, voy a buscarlo.

—¿No te lo puedo dar en el autobús?

—También. Yo voy a Vigo los lunes, miércoles y viernes. Siempre a esta hora.

—Vale. Pues el próximo lunes te lo traigo.

Estamos entrando en Coya. El bus tiene que atravesar la Avenida de Castelao y yo tengo pendiente aclarar la primera respuesta de la chiquilla.

—Por cierto, ¿me dijiste antes que la vida es sueño o lo he soñado?

—Eso te dije.

—Entonces, conoces a Calderón...

—Conozco a unos cuantos. Yo me apellido García Calderón.

Algo exclamé para mis adentros, que ahora no debo escribir, y estuve a punto de preguntar si me estaba vacilando, pero eso hubiera sido lo mismo que admitirlo. Además, ya llegábamos a mi parada.

—¿Nos vemos el lunes?

—Sí.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Palo.

—¿Cómo que Palo?

—Pues eso, Paloma.

—¡Ah!

Dije adiós a la repelente criatura y bajé con un suspiro de alivio. Desde la acera miré al autobús que se iba, y allí estaba Palo sonriente, saludando con una mano. Correspondí al saludo, me sacó la lengua y su expresión burlona se perdió calle abajo.

4. LA VIDA ES SUEÑO

Margot me crispa terriblemente los nervios, de la mañana a la noche.

Esta tarde, Ana, pregunté por ti al conductor del bus. «¿No tendrá usted un libro que olvidé el miércoles?». Me dijo que no, que no sabía nada. Después, como la Historia suele repetirse, me senté junto a una ventanilla, leí unas páginas de Marco Aurelio y me dormí a los cinco minutos. Pero esta vez, un sexto sentido me despertó en Samil, tres paradas antes de Traviesas. Así que no hubo susto. En cambio, hubo sorpresa. Alguien me hacía compañía en el asiento de al lado. Al abrir los ojos, me encuentro con otros que me miran sin disimulo. Son de una chiquilla que viste cazadora y pantalón vaqueros. No lleva chupete, pero tampoco creo que tenga más de trece años. Unas gafas de montura oscura y rectangular dan a la criatura un aire seriecito, como de bibliotecaria en versión pañal. Ya que me sigue mirando -¡será descarada!-, se me ocurre preguntar si soy realmente tan feo, pero prefiero el saludo tradicional:

—Hola -digo escuetamente.

—La vida es sueño, ¿verdad?

¡Atiza! ¿Cómo se atreve un microbio a tomarse esas confianzas con un desconocido que podría ser su padre?

—¿Nos conocemos? -respondo con dignidad.

—Tú eres Borja, ¿no? -dice la personilla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo vi en el libro.

Empiezo a sospechar lo que ha podido pasar, pero soy gallego y debo preguntar en qué libro.

—Pues en el Diario de Ana Frank que te olvidaste en el autobús.

—¿Y lo tienes tú, preciosa?

— Yes!

¿Cómo que yes? ¡Será posible! Esta odiosa criatura controla demasiado.

—Y me lo vas a devolver, ¿verdad que sí?

—¡Claro! Pero lo tengo en casa.

El microbio me explica que subió al autobús en Panxón, me vio dormido y con un libro en el asiento libre, se sentó al otro lado del pasillo, me vio bajar apresuradamente, supuso que el libro era mío y se quedó con él, porque también supuso que volvería a verme.

—Pues la verdad es que has supuesto mucho y bien. Si me dices dónde vives, voy a buscarlo.

—¿No te lo puedo dar en el autobús?

—También. Yo voy a Vigo los lunes, miércoles y viernes. Siempre a esta hora.

—Vale. Pues el próximo lunes te lo traigo.

Estamos entrando en Coya. El bus tiene que atravesar la Avenida de Castelao y yo tengo pendiente aclarar la primera respuesta de la chiquilla.

—Por cierto, ¿me dijiste antes que la vida es sueño o lo he soñado?

—Eso te dije.

—Entonces, conoces a Calderón...

—Conozco a unos cuantos. Yo me apellido García Calderón.

Algo exclamé para mis adentros, que ahora no debo escribir, y estuve a punto de preguntar si me estaba vacilando, pero eso hubiera sido lo mismo que admitirlo. Además, ya llegábamos a mi parada.

—¿Nos vemos el lunes?

—Sí.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Palo.

—¿Cómo que Palo?

—Pues eso, Paloma.

—¡Ah!

Dije adiós a la repelente criatura y bajé con un suspiro de alivio. Desde la acera miré al autobús que se iba, y allí estaba Palo sonriente, saludando con una mano. Correspondí al saludo, me sacó la lengua y su expresión burlona se perdió calle abajo.

5. ESTILO

Noche sombría y lluviosa, viento y nubes en fuga. Por primera vez en un año, cara a cara con la noche, me he sentido dominada por su hechizo.

Para seguir leyéndote, Ana, he sacado tu Diario de la Biblioteca Pública. Veo que escribes demasiado bien, y reconozco que me tienes un poco acomplejado. A tu edad, yo estaba todavía haciendo palotes. Con ese nivel, no me dejas más alternativa que concentrarme en cada frase, escoger cada palabra, pensar metáforas y comparaciones. Te confieso que el estilo me resulta muy difícil. No me refiero a la simpleza de poner dos o tres adjetivos precisos, pues eso lo hace cualquiera. Mi problema es escribir sobre tordos y gorriones de modo que salten de rama en rama y vuelen en esta página, o pintarte Playa América de forma que te salpiquen sus olas y huelas el salitre.

Hablas del hechizo de la noche holandesa en tu escondrijo. A mí también me asombra la Naturaleza. Ahora que el sol acaba de esconderse detrás de las Cíes, un murciélago se ha desprendido del alero y ha empezado a tejer el manto de la noche con sus garabatos inverosímiles. Por aquello del estilo, me obligas a decir que los murciélagos bajan el telón que levantan las golondrinas de madrugada.

6. MARCO AURELIO

Papá está leyendo los dramas de Goethe y de Schiller, y quiere leerme unos párrafos todas las noches.

Mucho nivel en tu familia, Ana. Yo he terminado con Marco Aurelio. Al tenerlo subrayado desde hace meses, me ha resultado muy fácil el resumen del primer libro. Casi todo lo que el Emperador te dice en sus Meditaciones tiene que ver con la educación de la voluntad, y es claro y certero. Aconseja, por ejemplo, poner los cinco sentidos en lo que tengamos entre manos, sin perder el tiempo con fantasías inútiles. También afirma que uno se perjudica a sí mismo cuando se irrita, cuando es hostil o vuelve la espalda a alguien, cuando se deja vencer por el placer o el dolor, cuando es hipócrita y hace o dice algo con fingimiento o falsedad, cuando vive a lo loco...

Acostumbrado a mandar, Marco Aurelio sabe ser contundente: «No estimes nunca lo que ha de llevarte a traicionar la lealtad, a abandonar el pudor, a odiar a alguien, a sospechar, a maldecir, a desear algo que necesita paredes y cortinas». El sentido común del emperador filósofo es aplastante. Entre las cosas que dependen de uno mismo enumera la sinceridad, la dignidad, la resistencia al dolor, el autocontrol frente al placer, la aceptación de lo que somos y tenemos, la benevolencia, la magnanimidad, la libertad, la necesidad de poco... De ahí concluye que, si luego somos avaros o mentirosos, juerguistas y frívolos, perezosos e irresponsables, la culpa es nuestra, solo nuestra. Hay una frase brevísima que me ha gustado de manera especial: «El arte de vivir se parece más a la lucha que a la danza».

Entrego mis dos folios de resumen con cierto temor. Respiro cuando mi madre da el visto bueno. Luego me propone, como segundo libro, uno sobre educación sexual. Trantándose del tema estrella a nuestra edad, no me lo pienso dos veces y casi se lo quito de las manos. Para más morbo, lo escribe una mujer. ¡Ya estoy leyéndolo!

7. UNA PESADILLA

¿De verdad no soy más que una colegiala tonta?

Bus a Vigo. Me siento al fondo, como siempre. Pero no me duermo. Leo y estoy atento a la parada de Panxón. Sube Paloma y se sienta delante. Ni siquiera me ha visto. No pasa nada. Ya se sabe que los lactantes son muy olvidadizos. Me levanto, me acerco a ella y sonrío.

—Hola, Paloma. ¿Te vienes atrás?

Me mira con cara de susto y se arrima a la matrona del asiento de al lado, que puede ser lanzadora de martillo jubilada.

—¡Vamos, Paloma!

La lanzadora me ordena sin palabras, con su mirada furibunda, que me vaya a acosar a otra parte. Retrocedo mosqueado y humillado. Me las pagarás, Palo. Me siento. Me cabreo. Me aguanto. ¡Eh, Paloma se levanta! ¡Y viene hacia atrás! ¡Y se sienta a mi lado!

—¿Qué tal, Borja?

—Ya ves...

—Solo era un poco de teatro, hombre.

—¿Y el libro?

—¿Qué libro?

—¿Eso también es teatro, Paloma?

—No. Es que se me ha olvidado.

—¡Dámelo y deja de jugar, Palo!

—Se me ha olvidado.

—Mira, Palo, Rama, Leño o como te llames: necesito ese libro ¡ya mismo!

—Mensaje recibido, Borja, Lonja, Monja, Esponja o como te llames.

Todo claro. Esta alimaña también ha recibido clases de retórica y dialéctica. Con dificultad, consigo contener una carcajada y seguir en plan duro.

—Eres como una pesadilla, pero te voy a dar una segunda oportunidad. ¿Me lo traes el miércoles?

- Dime dónde vives y te lo llevo mañana.
- Mejor en el bus.
- No me importa llevártelo a casa.
- Vale. Pues vas a Bayona y preguntas por Los Tilos, la casa de la farmacéutica.

8. EN LA PÉRGOLA

Poco antes de comer, suena el timbre de la entrada. Abre mi madre y me llama desde la puerta. Bajo y presencio el diálogo.

—¿Y dónde vives?

—En Madrid.

—¿Y has venido desde Madrid solo para devolver un libro a Borja?

Ella pesca la ironía inocente, va perdiendo su nerviosismo y responde que ahora vive en Panxón.

—Bueno, pasa y no te quedes en la puerta. ¿Cómo te llamas?

—Paloma.

Intervengo para prevenir a mi madre: está hablando con una descendiente del mismísimo Calderón. Al oírme, se queda pensativa unos segundos, mira fijamente a la chiquilla y lanza una de esas preguntas ilusionadas que desean respuesta afirmativa.

—¿No serás hija de Paloma Calderón?

La hija de Paloma Calderón asiente con la cabeza y mi madre se queda viendo visiones.

—¡Esto es increíble! Tu madre era una de mis mejores amigas en el Instituto.

Paloma está sorprendida, confundida y sonriente. Con el abrazo y los besos obligados, recibe también la orden de quedarse a comer.

—¿Me das el teléfono de tu madre?

—Es que está en Madrid. Yo estoy con mis abuelos.

—Pues llamo a tu abuela, no hay problema.

De la comida bajo la pérgola, lo más sabroso han sido las batallas que la anfitriona ha contado a su pequeña invitada. Anécdotas que ni Paloma ni nosotros conocíamos, y que tenían como protagonistas a dos amigas del instituto Santa Irene, que ahora son nuestras madres. Paloma es hija única, tiene un acento muy madrileño, recibe clases de ballet, se muere por los idiomas y dice que la semana que viene ya sabrá *falar galego*. Ha comido con apetito y se ha reído muchísimo con las chorradas de Rafa y Nuria, que hoy estaban especialmente inspirados. Después de comer, nuestra invitada tiene que bajar a Vigo. Casi sin tiempo, Nuria le enseña la casa y le regala un póster y un perfume.

Mi madre mete en su coche la bici de Palo y baja a la chiquilla a Panxón, para que pueda tomar el bus de las cinco y pico. A su regreso, yo estoy leyendo a la sombra del castaño y ella se acerca y se sienta frente a mí. Me mira fijamente, con una sonrisa dolorida, cargada de tristeza. Algo pasa.

—Borja, los padres de Paloma están separados. Me ha parecido que esa chiquilla te estima mucho... No hace falta que te diga cómo debes tratarla, ¿verdad?

—Creo que no.

9. TRECE AÑOS

Subí a ver a Peter. Nos contamos tantas cosas que no podría repetirlas ahora. Hablamos de lo insoportables que nos parecíamos al principio.

Sesión de lectura y conversación en el autobús a Vigo. Paloma me ve absorto en la lectura de un libro, toma nota y se zambulle en *Harry Potter*. Pero sus buenos propósitos solo duran dos minutos.

—Borja...

—Dime.

—¿Qué te pierdes si no tienes hermanos?

—No seas masoca, Paloma.

—Di, ¿qué te pierdes?

—Muchas cosas... Su apoyo, sus peleas, sus bromas, su ropa, su dinero, sus manías, su música, su moto, su risa, sus agobios, su complicidad, su fuerza, su debilidad, su mundo... ¿Quieres que siga?

Palo se queda pensativa, baja su vista a *Harry Potter*, luego mira el paisaje y sigue pensando.

—Me gustaría tener un hermano mayor.

—Si te sirve el inútil que se sienta a tu lado...

—¿En serio? ¡Genial!

—Por cierto, Paloma, ¿cuántos años tienes?

—Eso es información confidencial.

—Mal empezamos, niña...

—Está bien: tengo trece.

—¿Solo?

—Con leche. ¿Y tú?

—No me acuerdo, soy un abuelete sin memoria.

—Es lo que imaginaba.

—Cumpliré dieciocho en noviembre.

—Pues felicidades.

—Estamos en julio, Palo.

—Así soy la primera en felicitarte.

Además de chulilla, Palo tiene un ramalazo surrealista que te descoloca bastante. También es delgaducha y paliducha, con cara de pantufla, aunque estos días junto al mar le van dando un color algo más decente. Sigo con mi libro y ella con *Harry Potter*.

—Borja...

—¿Qué?

—¿A qué vienes a Vigo tres días a la semana?

—A entrenar en un equipo de atletismo. ¿Y tú?

—Tengo academia de inglés de lunes a viernes.

—Ahora me encaja todo: la academia donde te enseñan a decir *yes*.

—*Of course!*

10. LA ENCUESTA

Sé argumentar y discutir mejor que mamá, sé que tengo una visión más objetiva de las cosas y por eso -ríete si quieres- me siento superior a ella en muchas cosas.

Claro que me río, Ana. Pero no de ti. Me río porque yo era igual que tú. Con trece o catorce años era peleón, discutiador, desafiante. El problema es que, poco a poco, te vas enterando de que la vida es mucho más compleja de lo que imaginamos cuando todavía estamos saliendo del cascarón. Si nos parece que discutimos mejor que nadie es porque somos tan radicales que los adultos ni siquiera se toman la molestia de contradecirnos. ¡Cuán atrevida es la ignorancia!, dice a veces mi abuela –suspirando y sonriendo–, cuando los parlamentarios del Bloque acosamos al Tripartito.

A nadie le gusta que le llamen ignorante, pero a veces no tienes más remedio que reconocer que apenas sabes nada. Si no fuera así, no tendrían sentido nuestros maratones escolares de nueve meses, durante tantos años. Me estoy acordando de la primera clase de Historia, el curso pasado. Llegó Nefertiti y nos pasó un folio con media docena de preguntas. «Para aclararme un poco con el nivel de vuestros conocimientos», dijo. Una de las preguntas consistía en ordenar, de más a menos y según el número de víctimas mortales, cuatro grandes hechos históricos: la Guerra Civil española, el Holocausto nazi, el Comunismo y la Inquisición. Nefer recogió los folios y comentó las respuestas dos días más tarde. No sé qué hubieras respondido tú, pero mi clase fue bastante compacta. Encabezamos la lista con el Holocausto, al que adjudicamos varios millones de víctimas. Después pusimos la Inquisición, con menos millones. El tercer puesto fue para nuestra guerra civil, con medio millón. En último lugar, el Comunismo.

La respuesta correcta nos descolocó bastante, pues hasta Silvia y Alberto –dos insoportables que lo saben todo de casi todo– se columpiaron esta vez. Nefer puntualizó que el Holocausto llevó a las cámaras de gas a seis millones de judíos. Pero medio siglo de Comunismo supuso la muerte de cien millones de personas, casi todos soviéticos y chinos eliminados por Stalin y Mao. Con las víctimas de nuestra Guerra Civil acertamos,

pero con la Inquisición nos volvimos a equivocar por completo, pues tiene en su haber unas cinco mil muertes en cuatrocientos años. Ya ves, Ana: todos dijimos lo mismo, pero todos nos equivocamos. Una sencilla demostración –concluyó Nefertiti– de que la verdad no depende de la mayoría, de que vivimos tranquilos en la ignorancia y la manipulación y de que hay que estudiar en serio.

11. CONSULTORIO SENTIMENTAL

Si una madre no cuenta todo a sus hijos, estos se van a enterar por su cuenta, y eso no es bueno.

—Borja...

—¿Qué?

—¿Qué estás leyendo?

—Un libro que tengo que resumir.

—¿Deberes del instituto?

—Deberes de mi madre.

—¿Y de qué va?

—De pedagogía.

—¿Cómo se titula?

Enseño a Palo la portada, lee en voz alta *Tus preguntas sobre amor y sexo*, y me mira con una mezcla de susto e incredulidad.

—¿Eso te ha dado tu madre?

—Sí.

—¿Y eso es pedagogía?

—Es pedagogía sexual. Mary Beth Bonacci es una experta que responde a todas las preguntas que se te puedan ocurrir sobre este tema. Es muy interesante.

—¿Me lo prestas cuando lo termines?

—Sin problema. Pero no hables tan alto, que nos está mirando todo el autobús.

Palo saca de su mochila las *Crónicas de Narnia* y sigue mi ejemplo lector. Por poco tiempo, pues tiene en la cabeza otra historia mucho más real e interesante.

—Borja...

—¿Qué?

—Si tengo 13 años y me enamoro de un chico de 15, ¿eso es muy raro?

—Yo creo que es normal.

—¿Y qué se hace en esos casos?

—No sé..., mejor será que sigas leyendo, Palo.

—Es que esto es más importante, Borja.

—De acuerdo. Se hace lo normal: estar con él, hablar con él, reír con él...

—Eso ya lo hago.

—También puedes pasear, jugar al voley, ir a pescar, bañarte, andar en bici...

—¿Y si se aburre?

—¿Por qué no sigues leyendo, Palo?

—¿Y si se aburre?

—Entonces es que no está enamorado de ti.

—Pero yo quiero que lo esté...

—¡Toma! ¿Tú no sabes que el amor es libre?

—¿Libre?

—Yes. Así que te recomiendo paciencia. Y no buscar atajos, claro. Quiero decir que no debes hacer el tonto, que no le pongas las cosas fáciles, ¿me entiendes?

—Creo que sí, pero explícame por qué tiene que ser así.

—Esto no es un consultorio sentimental, Paloma. ¿Por qué no se lo preguntas a tus padres?

—Porque mis padres no saben nada de eso, y no están aquí.

—Puedes preguntar a tu abuela...

—Le daría un infarto. ¿Qué dice el libro que estás leyendo?

—Pues dice que los padres saben mucho más de lo que imaginamos los hijos, y que son ellos los que tienen que dar ese tipo de explicaciones.

Paloma escuchaba con mucha atención. Quiso hacer otra pregunta, pero solo pronunció la primera palabra y se cortó. Lo intentó de nuevo, hecha un manojito de nervios, hasta que consiguió hablar otra vez del chico que se aburría con ella.

—Es que me dice que, si le quiero de verdad, no puedo negarle nada...

—Eso se llama chantaje, Paloma. Tienes que dar la vuelta al argumento y decirle que, si te quiere de verdad, tiene que tratarte como tú quieres ser tratada.

—¿Y si me deja?

—Antes deberías dejarle tú. No te merece.

Nueva inmersión lectora en Lewis y Bonacci. Paloma, un poco sofocada. Minutos más tarde, cuando recupera el color, vuelve al ataque.

—Borja...

—¿Qué?

—¿Tú le pedirías eso a una chica?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Y si la quisieras mucho?

—Menos todavía.

Nueva pausa lectora...

—¿Y si la chica te lo pidiera a ti?

—¿Y si cambiamos de conversación, Paloma?

—¿Qué le dirías?

—Me gustaría ser capaz de decirle que no.

Cerré el consultorio contando a Paloma la gamberrada de San Juan, el fuego impresionante que se montó en dos minutos. Ella no sabía a qué venía esa batalla, pero en seguida se lo aclaré: «Si provocas a un chico o dejas que tome la iniciativa y haga contigo lo que quiera, arderás como esa hoguera, y luego quedarás quemada en muchos sentidos. ¿Crees que estoy exagerando?». Palo me miraba en silencio y negaba levemente con la cabeza. «Haces bien en creerme, porque no tengo ninguna intención de exagerar o meter miedo. Te cuento lo que hay, y es muy fácil comprobarlo, aunque te aseguro que no compensa».

Lo dicho, Ana. Si con el periodismo no me gano la vida, pondré un consultorio sentimental.

12. UN CASO PERDIDO

Todos dicen que hablo de manera afectada, que soy ridícula cuando callo, descarada cuando contesto, taimada cuando tengo una buena idea, holgazana cuando estoy cansada, egoísta cuando tomo un bocado de más... Todo el día me están diciendo que soy insoportable.

Tus tribulaciones en el refugio, Ana, y las tribulaciones de Palo concuerdan con el diagnóstico de los expertos.

—Nuria, ¿cómo es una chiquilla de trece años?

—Es una preadolescente.

—¿Y eso qué significa?

—Lo más parecido a un caso perdido. No se entienden ni ellas.

—Ya me parecía.

—¿Por qué lo preguntas, Borja?

—Por Ana Frank.

—Ah, bueno.

Como puedes apreciar, Nuria se olvida de un dato importante: que también ella tuvo trece años y que sus trifulcas con mamá eran frecuentes. «¡Un día menos!», solía exclamar mi madre algunas noches, cuando Nuria se retiraba a sus aposentos después de echar su pulso diario al Tripartito.

Hace un rato, mi madre leía El Faro y recortaba un artículo para su conferencia. Intrigado, se lo he pedido. Habla de la nueva sensibilidad de los jóvenes, y dice que somos petulantes, dogmáticos, hipersensibles, rebeldes, harapientos e inútiles. Se ve que el abrumado columnista no lo dice del todo en serio, pero ahí queda eso. Al final reconoce que está hablando de sus hijos, y se consuela pensando que la esperanza es lo último que se pierde: de no haber complicaciones, en quince o veinte años sus vástagos comenzarán a ser tratables.

13. ÉL Y ELLA

Mi padre es un gran optimista, pero es que siempre encuentra motivo para serlo. Mi padre nunca se ha preocupado de las cosas que me preocupan.

Veo que tus padres se reparten el protagonismo en tu vida y tu Diario, Ana. Mi caso es diferente. Es mi madre quien llena con su vitalidad la casa y estas páginas. Un desequilibrio que también es compenetración natural, porque, si ella es casi hiperactiva, su señor esposo es un vasco con más flema que los ingleses. Mi padre es grande y pacífico; mi madre es delgada y peleona. Él no habla idiomas; ella logra hablar hasta los que no sabe. Ella tiene poco sentido de la orientación; él parece un GPS. Él disfruta con la ópera, la zarzuela y el fútbol; ella prefiere pintar, decorar y leer. A veces él parece un hijo más; ella ejerce de madre en todo momento y hace horas extraordinarias, fuera de convenio. Él odia las bibliotecas y museos; ella los adora. A él le gusta el pescado, la carne y la cerveza negra; ella prefiere vegetales y vino afrutado. A los dos les gusta el cine, pero él conoce la vida y milagros de los actores y directores famosos. Él no sabe bailar; ella baila muy bien. En las fiestas con mucha gente, él se encuentra como un pulpo; ella está en su salsa. Él tiende a disculparte; ella tiende a exigirte. Él ha ganado rallyes; ella tiembla al volante. A él le gusta cantar y silbar; a ella le gusta escucharle. Él es desordenado; ella es concienzuda. Él nunca se enfada; ella, muy pocas veces. Él tiene muchos amigos; ella tiene amigas y alumnos. Él está enamorado de la profesora más guapa del Cunqueiro; ella lo sabe.

14. MINI

Antes, en el colegio y en casa, se hablaba de las cosas sexuales de manera misteriosa o repulsiva, y en voz baja. Si alguien no estaba enterado de algún asunto, a menudo se reían de él.

Lunes 14. El día es caluroso, con ese viento sur que levanta remolinos de arena y dolor de cabeza a la abuela. Subo al bus de Balaídos y me siento al fondo. Desde la ventanilla, descubro el país de los elfos que describe Tolkien, salpicado de pequeños bosques acariciados por la brisa, traspasados por una luz azulada y radiante. En la parada de Panxón falta el grupo habitual. Solo una personilla esbelta, que sube y paga, me sonrío y encara el pasillo como si fuera la Pasarela Gaudí. Viste una minicamiseta y una minifalda que enseñan y sugieren más de lo necesario.

—¡Hola, Borja!

—Ya veo que te ha encogido la ropa...

—¿Te gusta?

—No mucho.

—¡Pues gusta a todos los chicos!

—Creo que te equivocas, Palo.

—Te equivocas tú, sabihondo. Y te lo puedo demostrar: con esta ropa me mira todo el mundo.

—Ya veo que eres una palomilla muy pardilla. ¿No te das cuenta de que no te miran a ti?

—¿A quién, entonces?

—Pues a un trozo de carne, y no a una chica guapa.

—¿De carne?

—Sí. De carne apetecible.

—No te entiendo, Borja.

Aunque no me gusta, Ana, esta tarde he tenido que volver a mi odioso papel de

consultor sentimental. Para explicar a Paloma cosas que me parecían elementales. Que la sangre de hombres y mujeres parece igual, pero en nosotros hierve mucho antes. Y que por eso, si una chica se lo propone, puede convertir fácilmente al chico más parado en un animalillo en celo. Y también sin proponérselo, por pura ingenuidad, como Paloma.

—¿Me entiendes ahora?

—Un poco más.

—¿No ves las portadas de las revistas porno en los quioscos? ¿Nunca te has preguntado por qué sois siempre vosotras el cebo? El negocio no funciona en sentido contrario, sencillamente porque los deseos de los hombres y de las mujeres son diferentes. El libro que estoy leyendo dice –simplificando un poco la cuestión– que vosotras no buscáis sexo, sino cariño, y que nosotros no buscamos cariño, sino sexo.

—Pero yo no quiero provocar a nadie. Solo quiero gustar.

—Eso lo tengo claro, Paloma. El problema es que tú y yo no sentimos lo mismo.

Paloma me miraba en silencio, con los brazos cruzados y la expresión seria. «Pues qué asco, ¿no?», dijo con desencanto. «Bueno», respondí, «todo depende de lo que hagas con tu cuerpo y tus deseos: puede ser un asco, pero también puede ser muy hermoso».

15. AMADEUS

Es posible que sea la nostalgia del aire libre, pero estoy más loca que nunca por la Naturaleza.

Yo también, Ana, y desde primera hora. En Bayona me suelo despertar muy temprano, con acompañamiento de orquesta rural. Primero –entre sueños– oigo a los gallos vecinos, que no respetan ni los domingos y suelen aclarar sus clarines una hora antes del amanecer. Gallos estrepitosos, que rompen sin piedad el silencio de la noche y agitan a toda la población alada de los contornos: gorriones y golondrinas, palomas y vencejos, urracas y jilgueros, tordos y ruiseñores... A partir de ahí, los trinos, gorjeos y zureos se confunden en una polifonía sin orden ni concierto, con un mensaje preciso: ¿Qué haces todavía acostado? Entonces me incorporo, me siento en la cama y espero el milagro, el momento preciso en que la algarabía alada se interrumpe en seco porque alguien ha iniciado un solo de flauta mágica. El solista domina el pentagrama y suelta un chorro sostenido de música trinada, que alegra la mañana igual que el primer sol. Subido a la veleta del tejado, sobre la mismísima cresta del gallo forjado en hierro, el virtuoso contempla el despertar del pueblo, abarca la finca y vigila su nido en el seto de boj. Luce un impecable y brillante chaqué negro, rematado por un vistoso pico naranja, que parece un grano de maíz. Amadeus, el solista virtuoso, es un mirlo presumido y feliz, de la escuela de Mozart.

16. LENTILLAS

—Palo...

—¿Qué?

—El viernes es mi último día de entrenamiento.

—¿Y no vendrás más a Vigo en este bus?

—Creo que no.

—O sea, que me libro de ti...

—Creo que sí.

Palo apoya la cabeza en el respaldo, cruza los brazos y se queda en silencio. La miro de reojo y pienso que ha cambiado mucho en dos semanas. Ya no es una niña paliducha y traviesa. Está morena y parece más esbelta, como si tuviera quince años. Me cuenta que vendrá su madre a buscarla, que regresa a Madrid a fin de mes, que lo va a sentir muchísimo, que lo ha pasado genial, que le encantaría volver el próximo verano... Luego se gira hacia mí, se queda pensativa unos segundos y dispara una ráfaga mortal.

—Borja...

—¿Qué?

—¿Tienes novia?

—Más o menos.

—¿Y cómo se llama, más o menos?

—Irene.

—¿Es guapa?

—Bastante. Pero no tanto como tú, claro.

—¿Y saca buenas notas?

—Normalillas.

—¿También hace atletismo?

—No.

—¿Y va a tu clase?

—Sí.

—¿Y veranea en Bayona?

—No. ¿Va a durar mucho el interrogatorio, Paloma?

—Sí.

—Pues te queda una pregunta, guapa.

Paloma me sonrío, se pone seria, vuelve a relajarse sobre el respaldo, cierra los ojos y suspira como mi abuela.

—Borja...

—¿Qué?

—¿Prefieres que me ponga lentillas?

17. HOMO VIDENS

El tercer libro a resumir explica que vivimos en sociedades teledirigidas. Me lo acaba de pasar mi madre. No es gordo y tiene letra grande. En la contraportada leo que los medios audiovisuales están transformando al *homo sapiens*, producto de una milenaria cultura escrita, en *homo videns*, infraeducado por la tele, Internet y los videojuegos. El autor, un tal Sartori, no duda en afirmar que esta inundación de imágenes ha conseguido en pocos años el predominio de un pensamiento insípido, un clima cultural de confusión mental, y ejércitos de cabezas vacías. Yo no pensaba que este problema fuera tan grave, pero hace un rato lo he visto claro, cuando me ha llamado Maxi.

—¿Qué hacemos? —me dice.

—Podríamos jugar al tenis —respondo.

—¿En la *Play*?

18. PIRATAS ROJOS

*Al despedirme, le eché los brazos al cuello y le di un beso.
Peter necesita ternura.*

Último día de entrenamiento en Balaídos. El domingo, Campeonato de España en Oviedo. Posibilidad de una medalla. Y, sin embargo, en el bus al que acabo de subir pienso en otra cosa. Solo quiero llegar a la parada de Panxón. Nunca me había pasado algo parecido. Esto es muy raro. Soy incapaz de concentrarme en Homo videns. Paramos en Panxón y sube un vejete, seguido por tres chicas de la edad de Nuria; después, un surfero con un brazo escayolado; después, una abuela con su nieto; después se cierra la puerta y arranca el autobús. ¡No puede ser! Seguro que Palo se ha retrasado un poco y está a punto de llegar.

—¡Eh, espere un segundo!

El conductor me ve por el retrovisor y me pregunta qué pasa.

—¡Falta la chiquilla de todos los días!

El conductor se encoge de hombros y acelera, mientras a mí se me encoge el corazón y el estómago. No puedes hacerme esto, Paloma. ¡Cómo se te ocurre faltar precisamente el último día! ¿Tan mal te he tratado para que me castigues de esta forma? ¿Crees que se puede jugar así con tu hermano mayor? ¡Serás petarda!

Balaídos. Una tarde preciosa. Gran excitación. El ambiente previo a un Campeonato de España está cargado de nervios y esperanzas, casi electrizado. Troto detrás de las porterías y hago estiramientos con Castrillo, saltador de longitud. Luego, carreras cortas en progresión. Por último, salidas con dos vallas. Nogueira cronometra y controla una sesión muy suave.

—¡A la ducha, Borja!

Mi entrenador no quiere riesgos y lesiones de última hora. Camino hacia los vestuarios y una chica me saluda desde la grada baja.

—Me ha gustado mucho el entrenamiento.

—Gracias. ¡Te pareces un montón a una amiga!

—¿Y cómo se llama?

—Paloma. La verdad es que sois clavadas, hasta en la voz. A lo mejor la conoces... ¿De qué te ríes? Sois idénticas, aunque ella suele ir despeinada, no con esa melena preciosa que tienes tú. Y sus gafotas de empollona tampoco son como las tuyas, negras y de sol, de actriz que acaba de ganar un Óscar. Paloma tampoco combina con tanto gusto unos piratas rojos con esa camiseta negra...

En el bus a Bayona, la chica de los piratas rojos solo quiere hablar, hablar, hablar... Yo escucho, pienso y escribo algo en mi billete. Luego lo guardo en el bolsillo de la camiseta.

—¿Qué escribías?

—Dos versos.

—¿A Irene?

—No.

—¿A quién?

—A una feúcha de Madrid.

La chica de los piratas rojos me pasa el brazo sobre los hombros e intenta llegar al papelillo, pero yo tomo antes su mano, juego con ella y poso mis labios sobre una piel que tiene la suavidad de la brisa y quema con su frescura. Escribir versos en un autobús que da vueltas y revueltas por una carretera de la costa gallega no es difícil. Pero escribirlos con letra legible es imposible. La chica pirata no entiende mis garabatos y me pide que los lea en voz alta. Hago otra cosa: aprovecho la parada de Canido y los copio, con mi mejor letra, en la otra cara del billete:

Adiós, Paloma. Ayer no pude dormir:
me entró por las venas tu fuerte sentir.

En silencio, la chica pirata contempla el billete. Los versos son maliños, pero ella los lee y relee una y otra vez, como si fueran de Borges o Neruda. Estamos llegando a su parada.

—Si no nos vemos antes de que te vayas, te espero el próximo verano, Palo.

—¿Y por qué no te vienes a estudiar a Madrid, como todo el mundo?

—No es mala idea. Déjame que lo piense.

—Que ganes el Campeonato de España.

—Lo haré por ti. Y tú no cambies mucho. Sigue siendo así.

—¿Me esperarás?

El autobús se detuvo en Panxón. Palo bajó colorada y feliz, después de despedirme con un tímido beso, seguido de un segundo y un tercero. Junto a la marquesina, esta vez no saludó con la mano ni sacó la lengua. Se quedó inmóvil, envuelta en su sonrisa, mientras yo también la perdía.

19. OVIEDO

*A las diez, colgamos los paneles de oscurecimiento y...
¡buenas noches!*

19 de julio y sábado. Hoy te escribo desde Oviedo, Ana. Hemos llegado a media tarde, después de muchos kilómetros en un autobús lleno de chistes, música y adrenalina. No somos jubilados de vacaciones, sino un equipo de atletismo en plena forma, con posibilidad de batir récords y acaparar medallas. Nos han alojado en el Colegio Mayor América, junto a las pistas donde mañana buscaremos el oro. Tarde calurosa. Ciudad tranquila y elegante, peatonal y pulcra, sin el ambiente cosmopolita y marinero de Vigo, sin ría ni gaviotas... Nogueira nos ha permitido un paseo antes de cenar, y después quietecitos en la Residencia y temprano a la cama, como las gallinas.

19. OVIEDO

*A las diez, colgamos los paneles de oscurecimiento y...
¡buenas noches!*

19 de julio y sábado. Hoy te escribo desde Oviedo, Ana. Hemos llegado a media tarde, después de muchos kilómetros en un autobús lleno de chistes, música y adrenalina. No somos jubilados de vacaciones, sino un equipo de atletismo en plena forma, con posibilidad de batir récords y acaparar medallas. Nos han alojado en el Colegio Mayor América, junto a las pistas donde mañana buscaremos el oro. Tarde calurosa. Ciudad tranquila y elegante, peatonal y pulcra, sin el ambiente cosmopolita y marinero de Vigo, sin ría ni gaviotas... Nogueira nos ha permitido un paseo antes de cenar, y después quietecitos en la Residencia y temprano a la cama, como las gallinas.

20. SIN COMENTARIOS

Me molesta depender de mi humor, pero en el refugio no soy una excepción.

Ya estoy en Bayona, Ana. En casa, el Tripartito lee y charla con piano al fondo. Rafa y Nuria estarán por ahí, con sus respectivas peñas. Te escribo acodado sobre la almohada, como en un triclinio, mientras bostezo de forma incontrolada y veo borroso lo que estoy escribiendo. Fuera, la lluvia empapa la noche. Espero que me disculpes si cierro el diario. Además, con pocas medallas, malas marcas y lesiones inoportunas, no me apetece nada hurgar en la herida de esta mañana. Así que paso página y apago la luz.

21. LLUEVE Y LLUEVE

Lunes. No para de llover. Nos van a salir aletas y branquias, ya verás. Me aburro en casa. Yo y mi pereza abrimos medio minuto este diario para dejar constancia de que la vida es triste con tanta lluvia (y sin Paloma).

22. LA TENTACIÓN

Desde la primera hora de la mañana hasta la última de la noche, no hago más que pensar en Peter.

Todas las tardes, a las cinco en punto, pasa la tentación por Bayona. Es una tentación con ruedas, con música y paisaje, que diez minutos más tarde se convierte en tentación de carne y hueso. El primer día –hace ya tres semanas–, la tentación disimuló muy bien, disfrazada de niña repelente. El día segundo, una mutación había transformado a la niña en víbora venenosa. El tercer día, la tentación viene a casa y se mete en el bote a mi madre. El cuarto día, la viborilla es, en realidad, una lagartija simpática. El día quinto, la chiquilla feúcha empieza a hablar como una mujer. El día sexto, la promesa de mujer empieza a vestir como ciertas mujeres. El 16 de julio, Paloma tiene poco de chiquilla y nada de feúcha. El 18, Paloma y sus piratas asaltan el autobús de Bayona y toman como rehén el corazón de Borja.

23. SIN ESPERANZAS

Esto se está convirtiendo en una pesadilla, pero tengo que disimular mis sentimientos y mostrarme alegre.

En mi caso, Ana, la tentación sigue pasando por Bayona. Siempre a las cinco de la tarde. De lunes a viernes. Con refinada crueldad. Yo podría subir a ese autobús con mil excusas: tengo que comprar un bañador en Vigo, llevar a encordar la raqueta, quedar con Pedro... Pero sospecho que todas mis excusas no suman una buena razón. Por eso acudo a mi asesora, y para despistar llevo en la mano tu Diario.

—Nuria, ¿una pava de trece años se puede enamorar de un tío tres o cuatro años mayor?

—A mí me pasó. ¿Lo dices por Ana Frank?

—Sí. Bueno, no solo por Ana Frank...

—Entonces te aconsejo que no juegues con ella. Y más si, dentro de una semana, regresa a Madrid. No le des esperanzas. Son supersensibles y pueden quedar destrozadas. Además, es un problema de imagen: no te pega nada una mocosa. Y no te preocupes por ella, que, si no te vuelve a ver, te olvidará en dos días.

¿Y yo a ella? ¡Porque ese es el problema! Ahora mismo me parece imposible. Mejor dicho, le parece imposible al corazón, porque mi cabeza tiene claro que Cronos devora a sus hijos sin remedio, y que Palo pasará en breve a la cámara frigorífica donde se enfrían mis grandes amores, uno tras otro, desde hace años. Nuria ha leído esa derrota en mi expresión, pero ha sido delicada: intenta disimular una sonrisilla comprensiva, se da la vuelta y da por terminada la conversación. Mi hermana será una buena psicóloga.

24. SANTANDER

Contemplar el cielo, las nubes, la luna y las estrellas me tranquiliza y me devuelve la esperanza.

La tentación ha quedado muy lejos, Ana. Sin fuerza. Casi desactivada. La atracción de Paloma, con cientos de kilómetros por medio ya no es insistente, es débil e intermitente, como el faro que ahora hace guiños a lo lejos, en esta noche saturada de bruma. Te escribo desde Santander, una ciudad volcada sobre el mar, igual que Vigo, abrazada por una bahía que nunca te cansas de contemplar. He venido con Pedro en autobús, casi obligados por Santi, un primo de nuestra edad. Desde niños, los tres hemos hecho lo posible por coincidir unos días en verano –en su terreno o en el nuestro–, y así hemos formado un trío muy compenetrado.

25. ALTAMIRA

Me gustaría estar un año en París y otro en Londres, para estudiar las lenguas y la historia del arte.

A falta de Londres o París, hemos pasado el día en Santillana del Mar, villa de la que cuentan que no es llana, no es santa y no tiene mar. Muy cerca, Altamira. Para proteger la conservación de las pinturas, la famosa cueva está cerrada al turismo. Para proteger el turismo está abierta la célebre Neocueva, una réplica exacta de la prehistórica. Entrás en ella y aprecias la genialidad del artista rupestre, que pinta caballos y bisontes en un techo de roca muy cercano al suelo, sin apenas altura para trabajar de pie. Y te imaginas a un pintor obligado a estar sentado o tumbado de por vida, a causa de una mala fractura de tibia y peroné, un desafortunado día de caza; o tal vez su cojera permanente sea secuela de una enfermedad, de una pelea, de una malformación congénita... Pedro aventura otra hipótesis: junto a los dibujos perfectos, la repetición de animales incompletos, toscamente esbozados, le sugiere la idea de un maestro pintor, rodeado de jóvenes aprendices. ACADEMIA ALTAMIRA, la primera escuela de pintura del mundo.

26. PALOMA EN EL CONGELADOR

Soy una sentimental, ya lo sé. No soy razonable y vivo desesperada, también lo sé.

A mí me pasa estos días algo parecido, Ana. Seguro que me disculpas y no te enfadas si me lamento por tener el corazón sacudido, agitado y retorcido por una mocosa de 13 años. Tú quizá lo veas de otra manera: disculpable, normal, incitante... Pero a mí me parece vergonzoso, ridículo, absurdo. ¡Lo que me faltaba, a mis 17 años! Debo tener una severa descompensación genética: demasiados genes amorosos, y encima camuflados, pues se activan por sorpresa y contra toda lógica. Si esto trasciende, menudo papelón, adiós prestigio de tipo duro, tendré pintadas en dodotis en el Cunqueiro... Por tanto, Borja, cabeza fría, prudencia y ni un paso en falso. Ya queda poco. Aguanta el tirón. Tranquilízate. Dentro de una semana, la distancia enfriará las cosas. La distancia y el tiempo meterán a Paloma en el congelador, de donde nunca más volverá a salir, *snif!*

Escribo esta página a media tarde, mientras me balanceo suavemente en la mecedora de la abuela. Mi madre, bajo la pérgola, copia con acuarelas un cuadro muy vistoso de Norman Rockwell. En un rincón de la finca, junto al pilón, mi padre escarda el mini huerto donde ha sembrado tomates, pepinos, lechugas y cebolletas, asesorado por su amigo Marcial.

27. SHAKESPEARE Y LOS LOZANO

27 de julio y domingo. Shakespeare ha venido conmigo a Santander, polizón en el fondo sur de mi bolsa de viaje, quietecito y sin dar señales de vida durante tres días. Esta mañana me ha acompañado varias horas. Mientras Pedro dormitaba en el bus de regreso, rescaté al dramaturgo y empecé a leer *La tragedia de Macbeth*. Para hablar sobre la conciencia moral en su importante conferencia, mi madre ha pedido consejo a Ferrín, y su colega le ha explicado que en *Macbeth* encontrará ideas aprovechables y citas brillantes. Ella me ha trasladado la sugerencia, y yo encantado, porque la historia es breve y la lees casi sin darte cuenta.

He comido en Los Tilos. Por la tarde han venido los Lozano, unos vecinos de lujo que tenemos en Vigo. Tres chiquillos y una niña que se consideran nuestros hermanos pequeños, con unos padres muy amigos de los míos. Todavía no han salido de vacaciones, y por eso los peques son víctimas de cierto aburrimiento terminal, que les lleva a planear todo tipo de iniquidades. Por si acaso —y como buen abogado—, su padre les tiene asegurados contra terceros, pues teme que cualquier día envenenen el agua del barrio o vuelen su instalación eléctrica. Por eso han salido hoy a desfogarse. Han pasado la mañana en Playa América y la tarde, con nosotros. Mientras sus hermanos trepan al viejo cerezo y construyen una cabaña con tablas y cartones, Marta se sienta a mi lado. A sus cuatro años, ya tiene varios novietes en la guardería, y no pierde las esperanzas con algún Arregui. Ayer, cuando avisaron que venían, quiso ponerse al teléfono para hablar conmigo.

—Hola, Marta, ¿qué haces?

—Ya ves, hablando un poco contigo...

Mi madre se ríe mucho con ella, y suele decir que es una chiquilla peligrosamente femenina y precoz. Hace unas horas, sentada a mi izquierda, me observaba leer y escribir...

—Borja, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que Richi es mi novio.

—¿En serio?

—Sí. Y también es el novio de Susana.

—¿En qué quedamos, Marta: es tu novio o el de Susana?

—No lo sé: todavía no hemos hecho el pito-pito para ver a quién le toca.

Marta iba el otro día por la calle, de la mano de su madre. Pasaron junto a un pobre tirado en una acera. Marta detuvo a María José, pidió una moneda y se puso a charlar con el pordiosero: Yo me llamo Marta, ¿y tú? ¿Dónde vives? ¿No tienes casa? ¿Y quién te hace la comida? La niña no podía creer que aquel señor mal afeitado y andrajoso no tuviera casa, ni mujer, ni hijos... Al final le plantó un sonoro beso que provocó dos lagrimones y una extraña confesión: «Nadie me había besado así desde hace cuarenta años».

28. MACBETH

Ahora hay una pregunta que me obsesiona: ¿He hecho lo correcto? Tengo miedo de mí misma, de verme arrastrada por el deseo.

En Ética estudiamos hace dos años, Ana, que la conciencia moral es la luz de la inteligencia que nos permite distinguir el bien y el mal. Por lo que veo, tú conciencia es tan despierta como tú. En *Macbeth*, esa voz tiene un protagonismo absoluto, y nos permite ver lo que sucede cuando no se respeta su juicio. El noble escocés asesina a su rey, pero entonces no consigue acallar su propia conciencia, que alza la voz del remordimiento hasta convertirse en potro de tortura insoportable. Por eso, Macbeth empieza a desear no haber nacido y que el Universo estalle para siempre en mil pedazos.

Creo que hay en esta obra una lección elemental, y es que nuestros actos tienen siempre consecuencias proporcionadas. Cuando Macbeth advierte que no hay ningún obstáculo entre él y la corona de Escocia, salvo su rey dormido, piensa que, si realiza un solo acto inmoral, podrá ser dichoso toda la vida. Pero el tiro —en realidad, la cuchillada— le salió por la culata: un solo acto contra la moral le introdujo en un ambiente mucho más sofocante que el de la obligación moral. Por eso, su tragedia nos enseña que nadie debe cometer una fechoría con la esperanza de salir ganando. Al prescindir de la moral y la conciencia, Macbeth no es más libre: destroza una barrera que le lleva a caer en una trampa, y cuanto más extiende su inmoralidad, más se hunde en la trampa. Al final de su vida, Macbeth no es simplemente un salvaje, es un salvaje acorralado.

Hace un rato, mi madre ha leído los párrafos anteriores, me ha mirado en silencio y me ha hecho una serena pregunta, típica de profesora.

—¿Esto se te ha ocurrido a ti, Borja?

—La duda ofende, madre —responde mi dignidad herida.

—Lo siento, hijo. Es que me has dejado muy sorprendida.

—Y con razón, porque lo que has leído nos lo explicó Ferrín a fin de curso.

29. HA MUERTO JIMENA

Esta tarde ha muerto en Burgos Jimena Quintana, una de las mejores amigas de la abuela, íntimas desde su lejana época compostelana en la Facultad de Farmacia. Veo que la superviviente, siempre tan animosa, acusa el golpe. «Todas se me van marchando», comenta. Mis padres se ofrecen para salir hacia Burgos cuando quiera. Ella lo agradece y dice que irá en tren, como otras veces. «Entonces, que vaya con usted uno de sus nietos», propone mi padre. Pero la abuela responde que no es necesario dar la lata a los chicos. Papá admite que no es imprescindible la compañía de un nieto, pero argumenta que él solo tiene una suegra y debe cuidarla como si fuera especie protegida.

—Muchas gracias, yerno. Te tendré en cuenta en la herencia.

Después, la abuela pregunta al único nieto presente:

—¿Te vienes a Burgos, Borja?

La idea no me hace mucha gracia, pero pienso lo mismo que mi padre.

—Ya sabes que me encanta el turismo rural, abuela.

La obligo a sonreír, pero luego se pone seria y me dice que no sea payaso, que despedir a un muerto no es turismo y que Burgos no tiene nada de rural. El funeral será mañana por la tarde, a las 7. Tomaremos un Talgo que sale de Vigo a las 9 de la mañana y nos deja en Burgos a las 4 de la tarde, después de recorrer media España, supongo.

30. BURGOS

La mañana de este miércoles es lluviosa, con el horizonte muy cerrado. En el tren, la abuela lee y dormita. A veces gira la cabeza hacia la ventanilla, pero no mira el paisaje. Me dice que va pensando en Jimena con cierta envidia... Ante mi cara de extrañeza, me explica que después de esta vida empieza lo bueno en la otra, y que Dios ya podría estar premiando la bondad de su amiga. Yo me quedo pensativo, como la abuela, y sigo con mi lápiz y *La conquista de la voluntad*, el libro que estoy resumiendo para la conferencia de las claves. El tren sale de Galicia chorreando agua y entra en otra España. Con el trigo cortado, bajo un cielo sin nubes y un sol que cae a plomo, los campos secos de Castilla son rubios y brillantes como la cabeza de un noruego rapado a cepillo.

Llegamos a Burgos. Bajo al andén la pequeña maleta de la abuela y mi bolsa. Ella me sigue y no tarda en descubrir y abrazar a Merche, una hermana de Jimena que nos está esperando. «¿Habéis comido algo?». Hemos comido en el tren, y ahora tomamos un taxi que se interna en la ciudad, pasa junto a la estatua del Cid y nos deja en la casa de Merche. Subimos y entramos en un piso fresco y agradable, donde no hay nadie. Merche es soltera y vive sola. Jimena, en cambio, deja 6 hijos y 9 nietos. Merche me pregunta si estoy cansado, si quiero comer algo, si me apetece pasear por la ciudad. Después hace una llamada telefónica y al poco tiempo se presenta un nieto de Jimena, dispuesto a rescatarme de las dos mujeres. Se llama Pablo. Tiene mi edad, viste pantalón por la rodilla y una ligera sudadera de básquet. Para más coincidencia, su pelo largo, su corpulencia y su sonrisa me recuerdan a Alberto. Merche dice que estaré mejor si me voy con Pablo y duermo en su casa, y que ya puedo llevarme mis cosas para ducharme y cambiarme antes del funeral.

Pablo es un tipo activo y práctico. Me comenta que quiere ser piloto militar, como su padre. Llegamos a su casa, dejamos mi bolsa y me propone dar una vuelta por la ciudad. En el ascensor teclea un breve mensaje en un *Nokia*. Recorremos parte de su calle, cruzamos a la otra acera y me presenta a una chica que ya nos esperaba sentada en un banco. «Borja es gallego y nunca ha estado en Burgos», le aclara Pablo. A mí me explica que Lucía estudia en su clase y es la mejor guía que podemos encontrar. Ella sonríe con precaución, pues no quiere exhibir el bracket que lleva en la boca. Después me hace dos

preguntas.

—¿Te gusta el arte?

Respondo que sí.

—¿Y la Naturaleza?

Respondo que más.

—Pues Burgos es una ciudad a la sombra de su Catedral y de sus árboles.

Me quedo mirándola con asombro.

—¿He dicho algo raro?

—¿Eso te ha salido así o lo has pensado?

Lucía vuelve a tener problemas con su sonrisa y despliega un plano sencillo de la ciudad.

—¿Tú sueles ir por la vida con un plano? —pregunto.

—No, pero el mensaje de Pablo era muy claro: «banco con plano Burgos ya».

Sobre el papel, Lucía me enseña que Burgos está entre ríos, y que eso explica la abundancia de arbolado. De hecho, me asegura que una ardilla puede recorrerla de punta a punta sin tocar el suelo, y nosotros a la sombra, sin que nos toque el sol.

—¿Quieres comprobarlo?

Asiento. Cruzamos dos amplias avenidas y llegamos al río Arlanzón. Baja con un buen caudal de aguas limpias, que corren bajo la bóveda verde de unos árboles enormes. Hay pescadores y patos. Su ribera izquierda es un parque de varios kilómetros de longitud, que a media tarde se ve animado por mamás y abuelas con niños juguetones, bicis en su carril, turistas, peregrinos del Camino de Santiago...

—¿Quieres ver la Catedral?

Lucía me habla del Cid y de Napoleón, de la cartuja y de las Huelgas. Pablo me explica que el aire fresco que me encoge un poco es normal en Burgos, y más normal el mucho frío durante muchos meses. «En esta ciudad solo hay dos estaciones: el invierno y la RENFE». Lucía confirma el dato y añade que «el año pasado, el verano cayó en martes». Es una chica inteligente y simpática, que sabe hablar y escuchar. Mezcla con gracia el arte, la historia y la anécdota. Da la impresión de tener mucha personalidad. No es exuberante como Irene o Silvia, pero tiene una atractiva mezcla de seriedad y sencillez. Cuando me dice que quiere estudiar Periodismo, igual que yo, empezamos a sentirnos como viejos amigos. Entonces se me ocurre una idea.

—¿Y no podéis venir a Bayona una semana?

—Me encantaría, pero este verano ya tengo muchos viajes —se disculpa Pablo.

—Puedes venir tú sola —ofrezco a Lucía.

Antes de que ella tenga tiempo de abrir la boca, Pablo levanta una mano, niega con el índice y dice que «de eso nada». Los tres nos miramos en silencio... A él, confuso por el significado que traslucen sus palabras, le veo un poco incómodo. Me doy cuenta de que

he provocado, sin querer, un pequeño incidente diplomático. Decido entonces plegar velas y aseguro a Lucía que mi invitación era una broma, y que le prohíbo terminantemente venir a Bayona, ni tan siquiera dejarse ver por los alrededores. Ambos ríen la chorrada y pasamos página.

Cruzamos el río y entramos en el casco histórico por la Puerta de Santa María, un impresionante monumento en la antigua muralla, realizado para recibir al emperador Carlos V. Al atravesar su arco te encuentras con el espectáculo de la Catedral. Has entrado en otro mundo, cargado de siglos y de historia, «mucho más rico que Hollywood o Disneylandia», dice Lucía. No tenemos tiempo para ver la Catedral por dentro, pero me basta rodearla para admirar esa filigrana en piedra, que se levanta por encima de los 80 metros.

—Es la Catedral más bonita de España —afirma Pablo.

—Y del mundo —añade Lucía.

—¿Seguro? —pregunto yo.

—¡Pues claro! —responden ambos.

Entonces compro una postal y un sello, y envío a la profesora de Arte del Cunqueiro «esta vista de la Catedral más bonita del mundo, según los mejores guías de la ciudad». Pablo y Lucía firman conmigo, antes de echar la postal en un buzón cercano. Se nos hace tarde y nos despedimos de nuestra guía en el portal de Pablo. Nos duchamos en su casa y vamos, con sus padres y hermanos, a la iglesia de San Lesmes. En la entrada me espera mi abuela, elegantísima con un traje gris perla. Me mira de arriba abajo, comprueba que voy sin vaqueros, según lo pactado, me compone un poco el jersey y entra en el templo del brazo de su nieto. Le digo que parece la Gran Duquesa de Mónaco y me responde que, en ese caso, me corresponde poner cara de príncipe heredero.

Después del funeral y del entierro, ceno en casa de Pablo y me propone salir un rato. Sus padres le recuerdan que hoy no es precisamente una noche de fiesta, que llevo un día muy ajetreado y necesito descansar y que debemos volver pronto. Pablo me pasa una sudadera y bajamos a la calle. Corre un viento más que fresco. Sobre una camiseta de manga larga, él se pone otras dos de manga corta, muy amplias, mientras me explica que es muy propia de Burgos la «moda cebolla»: vestirse por capas. Nos acercamos a las Llanas, uno de los puntos de reunión de la gente de nuestra edad. Allí compruebo que estoy con un tipo muy popular. Su peña es simpática y habladora. A todos les hace gracia mi acento gallego. Las chicas, monas y con gusto, me recuerdan a Irene y Silvia. Entre los tipos, dos son como Maxi cuando parece recién salido de la cárcel con libertad condicional.

31. EN EL ANDÉN

Soy joven. Deseo ardientemente vivir la gran aventura de mi vida. Cada día me siento crecer interiormente. ¿Por qué habría de desesperarme?

El viaje de regreso a Vigo ha empezado esta mañana con una buena sorpresa. Detrás de mí, alguien me toca el hombro en el andén. Giro la cabeza y los ojos se me abren como platos. La sorpresa es una sonrisa luminosa con blusa blanca y coleta al viento, con falda negra muy airosa, llena de vuelo y fantasía.

—¡Lucy!

—¡Borji! —me responde una mirada intensa.

—¡No me digas que te vienes a Vigo!

—Me gustaría mucho, pero solo he venido a despedirte.

El detalle ha sido estupendo y por los pelos, porque los altavoces anuncian la llegada del tren. Sin apenas tiempo, mientras la abuela nos mira un poco intrigada, Lucía me pregunta cuándo vuelvo a Burgos. Respondo que primero la espero en Bayona. Sonreímos con una pizca de tristeza. Entonces, la contemplo en silencio y me viene a la boca el estribillo *tan bonita, tan morena, tan gitana...* Ella se queda callada, pero su mirada me dice muchas cosas. Luego se pone de puntillas y me da dos besos. Tengo claro que no he venido a Burgos para hacer turismo rural o romántico, pero también tengo claro que esa chica —a la que apenas conozco— se merece algo más que una despedida formal y que quizá no vuelva a verla en la vida. Por eso me acerco para abrazarla unos segundos y decirle al oído dos palabras: «Gracias, Lucía». El tren ya está aquí. Buscamos nuestro vagón. Subo el primero, ayudo a la abuela, y me doy la vuelta con un último guiño, sin haber dicho lo que de verdad tengo en la cabeza, pues a veces las verdades suenan supercuris: «No te olvidaré, Lucía».

Esta vez el tren es un regional infernal, con ruido y mugre hasta decir basta. Pero la abuela, que no ha pegado ojo por la noche, consigue dar algunas cabezadas. Yo, en plan profesional, lápiz en ristre, abro *La conquista de la voluntad* y comienzo a leer y a

subrayar. Lo que pasa es que no me concentro. Tengo una especie de fijación en la cabeza, una imagen insistente en el andén de Burgos. Me digo –puesto a pensar tonterías– que debería salir en *Hola*, porque lo mío, realmente, son los arrebatos sentimentales seguidos de sus correspondientes fracasos. Sin afán de ser masoca, los últimos se han llamado Belén, Alejandra, Miriam, Irene, Paloma y Lucía. Sigo pensando tonterías y se me ocurre que debería deprimirme un poco, pues no es normal que la vida me dé tantas bofetadas y yo siga como si tal cosa. Al menos, debería intentar poner cara de melancolía y tribulación. Entre cabezada y cabezada, la abuela me ve ensayando esa cara y me lanza un cable.

—Veo que has aprovechado bien el tiempo en Burgos...

—No ha estado mal: solo un fracaso más.

—¿Por qué dices eso?

—Por mi colección de amigas que siempre se quedan a medio camino...

La abuela dice que no me preocupe, que soy todavía un cachorro, con tiempo de sobra para encontrar a la mujer de mi vida. Luego se ríe cuando respondo que a mí me gustaría encontrarla ya, a ser posible un día de estos. Lleva sobre la falda una revista de crucigramas y un libro que se titula *Los cuatro amores*. Me lo pasa abierto y me señala un párrafo. Lo leo intrigado. Se trata de una idea a la medida de mi decaimiento, muy atractiva y original. La abuela me contempla, satisfecha, y comenta que rezará por su nieto, para que la próxima chica sea estupenda y para siempre. A media tarde, Ana, cuando llegamos a los meandros del Miño, entramos en un mundo encantado, y se me ocurre juntar unas cuantas palabras que definan lo que es Galicia, para que puedas hacerte una idea con pinceladas mínimas.

El granito, las rías y el Miño al atardecer.

Los hórreos, las meigas y el orballo.

El Obradoiro y las Cantigas.

Los emparrados, el marisco, el pulpo y el ribeiro.

Los pazos y los castros, las rías y las corredoiras.

Rosalía, Cunqueiro y Castelao, Dolarea y Cabaleiro.

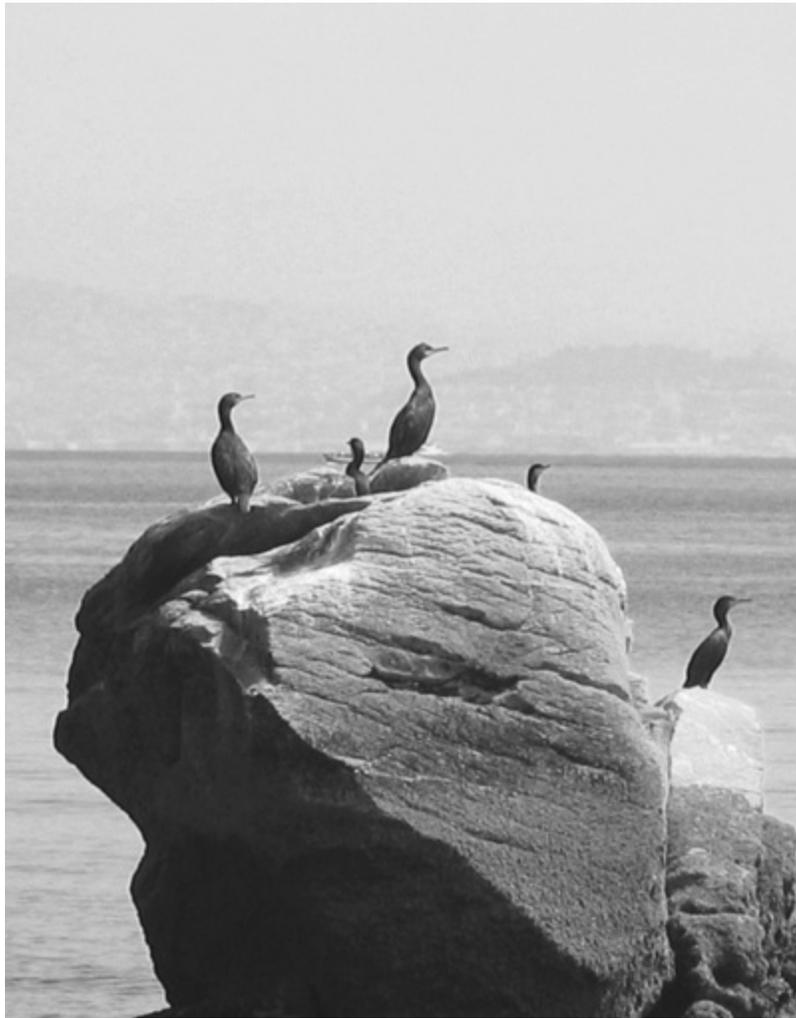
La queimada y el orujo, Cambados y Catoira.

Los ejércitos flotantes de bateas.

El Apóstol y su Camino.

Los cementerios y os *difuntiños*, los cruceiros...

AGOSTO



1. TANTO MONTA

Anoche me dormí con música de lluvia en mi ventana y un recuerdo de Burgos: la mirada de Lucía en el andén. Como sabes, Ana, la vida es sueño. Ya lo dijo Calderón de la Barca hace cuatro siglos. Ya me lo recordó Paloma hace un mes. Yo suelo soñar despierto: cuando vivo las aventuras de las novelas que leo, cuando me meto en la piel del protagonista y siento lo que él siente: la amistad y el amor, la perplejidad y la duda, las ganas de vivir y la tristeza. En cambio, durmiendo, sueño pocas veces. Casi siempre, después de un día como ayer, con agitación y emociones especiales. Si ya te imaginas con quién he soñado esta noche, lo siento: no es la que estás pensando. Yo iba en un autobús y quería leer tu diario, pero a mi lado iba sentada una personilla que no dejaba de interrumpir mi lectura.

—Borja...

—¿Qué?

—¿Cuál es tu asignatura preferida?

—No sé.

—Alguna habrá, seguro.

—Hay empate entre la Filosofía y la Literatura.

—Pues a mí me encanta la Historia.

—Ya.

—Lo sé todo sobre historia de España.

—Claro.

—¿No te lo crees? Pregúntame lo que quieras.

—Vale. ¿Cómo se llamaba el caballo del Cid?

—Eso es muy difícil y no lo sabe nadie, Borja.

—¡Buf! Tienes razón. Perdona. ¿Por qué al Cid se le conoce como Campeador?

—¡Toma! ¡Porque se pasaba la vida en el campo!

—¿Y por qué se llamaba Isabel de Portugal la mujer de Felipe II?

—Pues porque le gustaba mucho veranear en Lisboa.

—Muy bien, Palo. ¿Y el lema «tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando»?

—Eso es que los Reyes Católicos solo tenían una bici, porque en aquellos tiempos

escaseaban. Y los dos la querían a todas horas. Así que, para no pelearse, llegaron a un acuerdo: Fernando montaría por las mañanas, Isabel por las tardes. Así montaban lo mismo, tanto uno como el otro.

2. DE BOTE EN BOTE

Yo tenía admiradores en cada esquina y una veintena de amigas.

¡Agosto, Ana! Bayona se pone este mes de bote en bote, abarrotada de familias gallegas que regresan por unos días de su exilio en cualquier punto de España, lejos de las rías. Familias fieles a su cita veraniega, que llevan soñando todo el año con las playas de la zona, con la ronda del Castillo, con las mañanas frescas y las puestas de sol sobre las islas, con los amigos de todos los veranos en Panxón y Corujo, en Ramallosa y Playa América. Hoy, a mediodía, como siempre a principios de agosto, saludos y exclamaciones, presentaciones y besos en la arena de Ladeira, equipos improvisados de futbito y voley, partidos reñidos y pachangueros. Después, chapuzón y marujeo bajo los pinos, con Laura Arrufat, Marta Lucas y Blanca Díaz, con Rubén y Sara Jiménez, con Carmen y Asunta Izquierdo, con David Urbaneja y sus historias chinas, Diego Domingo y sus canciones, Pedro y Ana Berta Huidobro, los Varela y los Portela, los Artal, los Souto y los Gabeira, Dani Soliño y Roque Núñez, Álvaro Carretero, María Caracuel y Miriam Arroyo, Fátima y Goretti, Jorge Llanos y Ana Castro, Miriam Trigo y sus hermanos... Todos con sus bicis y sus motos, con sus móviles echando humo... Todos saboreando el reencuentro, dispuestos un año más a hacer el gamba en la playa, a desmelenarse en los torneos playeros, a cantar y reír de noche hasta bostezar sin remedio. Por eso entiendo lo que has perdido, Ana: nada menos que un mundo entero. Pero lo vas a recuperar, estoy seguro.

3. CINE DE VERANO

Me siento en una silla, junto a Peter, y soy feliz mirando por la ventana.

Ayer por la noche, primera película del cine de verano, quizá la tradición más atractiva de Los Tilos. Hasta donde me alcanza la memoria, recuerdo las noches de los sábados de agosto como algo especial, llenas de amigos de mis padres sentados bajo la pérgola, atentos a la pantalla grande –con vaso de sangría o de cerveza en el suelo– y charlando después de la película como si el tiempo no corriese. En ocasiones, la magia de ese ambiente atrae a mis amigos, a los de Rafa y Nuria, con más fuerza que nuestros propios planes, y la mezcla de edades consigue que el cotarro se anime mucho más. Anoche sucedió eso y batimos récords. El anuncio de una película romántica y gastronómica resultó difícil de resistir, y la habitual reunión de cinéfilos casi se transformó en multitud.

4. DELICIOSA MARTHA

Me llaman enamoradiza, romántica y pedante.

A la media docena de Martas que conozco, todas tan interesantes, se suma desde el sábado la inolvidable protagonista de una película alemana. Tiene más de treinta años y entra en escena tumbada en un diván, explicando una receta de cocina a un hombre joven.

—Martha, ¿por qué viene usted a verme todas las semanas?

—Porque mi jefa me ha dicho que me despedirá si no sigo una terapia.

—¿Y por qué cree que su jefa le ha dicho eso?

Entonces Martha se encoge de hombros, abre los brazos y, con la mirada y la voz más inocentes del mundo, desarma al psicólogo y empieza a cautivar al espectador:

—Pues..., no sé. No tengo ni idea.

Después la vemos en la cocina de un restaurante, entre una docena de hombres y mujeres de blanco, que preparan los platos y sirven a los clientes. Todos se dirigen a ella, y ella responde, ordena, coordina. Porque Martha es el *chef* del restaurante de Frida, uno de los mejores de Hamburgo. En la carátula se la describe como meticulosa y perfeccionista, celosa del secreto de sus recetas exquisitas, halagada por una clientela que se deshace en elogios. Sabe que es la mejor y nunca baja la guardia: está en todos los detalles, maneja los ingredientes, los porcentajes y los tiempos, y controla una endiablada logística capaz de atender a la vez cuarenta y siete cubiertos.

Creo que la música de la película es todo un acierto. Canciones italianas con un ritmo insistente y pegadizo que desborda alegría. O el susurro apagado del violín y del bajo, tocados sobre las cuerdas más sensibles de tu propio corazón para subrayar una muerte inesperada, una separación dolorosa, la soledad de Martha. Porque Martha vive sola y está sola. No tiene amigos. Tiene sabiduría culinaria para dirigir un restaurante exquisito, pero en la película queda claro que la coordinación del trabajo meticuloso y exigente de un grupo de personas requiere otro tipo de sabiduría.

Una web de cine me enseña que en Martha echamos de menos flexibilidad, confianza

y diálogo. Hasta el punto de que nos duele verla inflexible y cortante, desconfiada y suspicaz. Ni admite fallos ni se los permite. Tampoco encaja la más pequeña crítica, pues se cree perfecta. Así, todas sus recetas son sabrosas, pero ella misma resulta un plato difícil de tragar y digerir. Se diría que todo lo que Martha sabe de cocina lo desconoce del corazón humano y de sí misma. Sufre la falta de unos amigos y un amor, pero no sabe salir de su torpeza afectiva. Aunque le gustaría amar y ser amada, solo sabe representar el papel de erizo que va a su bola. Por eso nos produce compasión y la queremos. En su dolorosa inmadurez, en su tosco manejo de los sentimientos propios y ajenos, en su papel de mujer independiente, que ha cambiado su corazón por un manual de cocina, Martha nos resulta conmovedora y deliciosa, como el título exacto de la película.

5. MARTA LUCAS

Pecosa, rizada, revoltosa y guapísima. También es deportista y no le gusta nada perder. Se apunta a todos los torneos de agosto, con una meta descarada y declarada: acaparar medallas. Por eso, en voley mixto no duda en formar pareja con Maxi, y en tenis, conmigo. Tenemos la misma edad, pero solo tiene ojos para los universitarios. Nosotros le interesamos para hacer deporte, nada más. Así de insensata es Marta Lucas, que viene con su familia asturiana todos los veranos, a pasar quince días en casa de los abuelos. Gallega por adopción y por fascinación, Marta suele quedarse otros quince, ya sin sus padres. Y cuando, al fin, regresa a Oviedo, hay que reconocer que Bayona pierde la mitad de su interés.

Hoy –al quinto día de su llegada–, Marta ha quedado con María Faixat y Blanca Díaz, y me han obligado a correr por la playa y tirar de ellas a primera hora. Su obsesión por controlar el peso y estar en forma degenera en estos madrugones masoquistas. A las nueve de la mañana pueden engañarme a mí, pero no pueden contar con Maxi, ni con David, ni con Jorge, ni con nadie: ¡Estáis locas!

Cielo despejado y brisa fresca. Después de trotar media hora, las tres damas están bañadas en sudor y yo todavía estoy despertando y entrando en calor. Mientras resoplan y deciden darse un chapuzón, me pongo una sudadera y espero. Después me ducharé en casa. Pero Marta quiere que me congele. Con el agua por las rodillas, con el sol encendiendo su cuerpo brillante y sudoroso, con la melena pelirroja ondeando al viento y una sonrisa blanquísima, me llama con voces y aspavientos. Lleno de dudas, me quito la sudadera y entro en el agua con un escalofrío. Ella me da la mano y me lleva hacia las olas. No se imagina el oleaje que el roce de su belleza levanta dentro de Borja.

6. NATALIA GINZBURG

Aunque su apellido es ruso, Natalia es italiana. Mi madre me ha pasado *Las pequeñas virtudes*, y en dos días he terminado un libro lleno de sabrosas reflexiones autobiográficas, bastante aprovechables para su conferencia. Páginas humanas y amenas, con palabras hermosas y sencillas que nos hablan de un amor y de un amigo, de la niñez y de la adolescencia, de los padres y de los hijos... Uno de los once relatos que componen el libro lleva por título *Las relaciones humanas*. Describe el nacimiento de una amistad y de un amor con un atractivo que me mete de lleno en el relato y me hace olvidar el obligado resumen.

Las personas del otro sexo –dice la escritora italiana– caminan a nuestro lado, nos rozan al pasar por la calle, piensan sobre nosotros lo que nunca sabremos, y alguna de ellas tiene en sus manos –sin ser consciente, claro– la llave de nuestra felicidad. Alguna que bien podría ser el amor de nuestra vida, la que podría amarnos y a quien podríamos amar como a ninguna otra. Pero ¿cómo reconocerla?, ¿cómo lograr que nos reconozca entre la multitud? ¿En qué calle y en qué casa vive la muchacha dispuesta a escucharme sin aburrirse, a sonreír ante mis defectos, a quererme y dejarse querer sin condiciones? ¿Qué palabras debería yo pronunciar para que me reconozca? ¿Qué lugares debería frecuentar para encontrarla?

Tú te diste de bruces con esa persona, Ana, donde menos hubieras imaginado. Yo espero tropezarme con ella en circunstancias un poco más normales. No sé cuándo, pero eso sucederá. Tengo que confesarte que muchas mañanas, al levantarme en Vigo, me digo que ese puede ser el día del gran encuentro. Y salgo a la calle soñando que ya está: que es la chica que sube a mi autobús, la que come pipas en las gradas, la que juega al tenis en la pista 3, la que hace footing en Castrelos, la que estudia en la mesa de al lado en la Biblioteca... Pero me equivoco, porque yo les resulto completamente indiferente. Aunque no sufro por ello, pues la verdad es que no tengo tiempo para sufrir, con tantas candidatas como hay. Tampoco me doy por vencido. Pienso que la encontraré cuando termine el curso, en el verano de Bayona, en una mañana clara, un domingo en la iglesia, un lunes en la playa, un martes por la tarde, quizá esta misma noche... ¿Y si fuera Marta?

7. ¿VOLVERÁS?

¿Quién podría sospechar todo lo que encierra el alma de una colegiala?

Sobre Bayona, boina nubosa desde primera hora de la mañana, negra y densa, impenetrable. Sin embargo, el día ha sido luminoso, con una inundación de luz interior provocada por el cartero. No esperaba una postal de Lucía, entre otras cosas, porque no le di mi dirección ni hablamos de escribirnos. Por eso, sorpresa doble. Escribe con tinta roja y letra redonda, muy pequeña. Me dice que echa de menos el acento de un atleta gallego que pasó por Burgos y por su vida demasiado rápido... Después de los puntos suspensivos –que son suyos y vaya usted a saber todo lo que contienen–, Lucía se despide con una palabra directa al corazón, que se clava como una flecha invisible: ¿Volverás?

8. TE ESPERO

*Cuando el sol invita a salir fuera y el cielo es tan azul,
¡quisiera tantas cosas!*

Vuela esta postal para ti, Lucía. Me sorprendiste ayer y espero estar a tu altura con este arreglo de Serrat. Ahora, por gallego, te devuelvo la pelota: ¿Cuándo vienes a Bayona? Te encantaría todo: la bahía, la playa, Los Tilos, mis padres, la comida, mis amigos... Vente una semana. Te espero. Borja.

Más cosas, Ana. Se me olvidaba decirte que en nuestra pandilla de verano tenemos hasta un cantautor. Se llama Diego Domingo, y no es el Diego que conociste en junio, sino un andaluz que estudia Música y va con la guitarra a todas partes. Llegó hace una semana y ya tiene a sus fans enloquecidas. El año pasado regaló a Nuria una maqueta con doce temas muy románticos, y mi estirada hermana casi se derrite. Amigo de los contrastes, Diego cultiva dulcemente una imagen de niño inocente, y luego te suelta una descarga inesperada por e-mail: «Este viernes toco en Samarkanda, junto a la Lonja. Pásalo a todos tus contactos o te ocurrirá lo mismo que a Sergio. Sergio no lo pasó y su novia le puso cuernos con un amigo de la Facul».

9. MEDIO SIGLO

Ayer celebramos el cumpleaños de papá, coincidente con sus diecinueve años de matrimonio. Le hemos mimado mucho y él nos ha obsequiado con pastelillos exquisitos, una tarta, cerveza para los caballeros y yogur para las damas.

¡Mi madre cumple 50 años, Ana! Podría parecer una mala noticia, sobre todo para la damnificada, pero no ha sido así. Ha desayunado con la alegría de unos pasodobles toreros que ha puesto mi padre a todo volumen. Después se ha probado el pantalón crema y el jersey negro que Nuria –con la tarjeta de Rafa– le ha comprado en Zara. Con ambas prendas y la melena suelta, nos pregunta qué tal. El abogado Arregui silba de admiración y resume lo que todos pensamos: que su esposa nos parece escandalosamente joven y atractiva. Para comer, el Tripartito y el Bloque se van, como excelentes colegas, a un restaurante de Monteferro, con rompeolas a los pies y las Cíes al fondo. Entre plato y plato, mi madre hace públicas dos importantes decisiones: pasaremos juntos las Navidades en California, con Rafa, y ella empieza su tesis doctoral sobre la influencia de los pintores italianos en Cunqueiro.

A los postres, el cava pone el ambiente sentimental. Después de brindar «por mis hijos, por vuestra abuela, por el mejor marido del mundo», mi madre nos confiesa que a veces se siente en deuda con nosotros: le parece que nos educa de forma descuidada, que ha dejado escapar unos años preciosos. Dice que piensa con frecuencia en el vacío que dejaremos cuando nos vayamos; que se siente responsable de nuestra felicidad y se pregunta si nos ha proporcionado la educación necesaria para manejar las riendas de nuestras vidas... Luego, nos sonrío en silencio, como esperando una respuesta. Nosotros nos miramos un poco perplejos, hasta que Rafa responde por los tres: «No más champán, mamá».

10. MATAR UN RUISEÑOR

Hace medio siglo, con *Matar un ruiñeñor* ganaron Harper Lee un Pulitzer y Gregory Peck, un Óscar. Anoche disfrutamos de esa película antológica, a la altura de la sabrosa novela que me he leído esta semana. Ya ves que soy generoso con los adjetivos, Ana, pero creo que también soy justo. El argumento es sencillo. En un condado de Alabama, con fuertes prejuicios racistas y bajo las secuelas de la depresión económica de 1929, el abogado Átticus Finch acepta la defensa de un muchacho negro, acusado de haber violado a una chica blanca. Nadie había llegado tan lejos como Átticus, y se juega la vida, pero es valiente, se emplea a fondo y solo pierde el caso. Gana, en cambio, el respeto de todo el mundo, y deja a sus hijos y a sus vecinos una lección inolvidable de integridad.

11. AVISO A NAVEGANTES

Si la pereza seduce, el trabajo satisface.

A ver si pongo en práctica tu lema, Ana. Llevo leídos seis libros, pero no he terminado ningún resumen. Mi madre me recuerda que me he comprometido a entregar diez, como muy tarde el diez de septiembre. Si en esa fecha solo entrego nueve, no habré cumplido el trato, ella no los aceptará, y yo no veré ni medio euro. Tengo absolutamente claro que la dama de hierro cumplirá su palabra, así que más me vale cumplir la mía. Ella ha sido siempre partidaria de darnos cancha y libertad, siempre que apechuguemos con la correspondiente cuota de responsabilidad. ¿Quieres ser libre? Muy bien, pero entonces respondes de tus actos. Con esa sencilla táctica, mi madre ha manejado a sus tres hijos, desde pequeños, con un dedo, sin levantar la voz, sin despeinarse.

—¿Ha quedado claro, Borja?

—¡Cómo te estoy malcriando, madre!

12. ÁTTICUS Y SCOUT

Ayer tuve una larga conversación con mi padre. He llorado amargamente y él ha llorado conmigo. Me siento terriblemente avergonzada y he decidido corregirme.

Para seguir malcriando a mi madre, Ana, voy a intentar explicarte *Matar un ruiseñor* en clave autoridad, tal y como me ha sugerido. Así tendré listo el primero de mis diez resúmenes.

Átticus es todavía joven y está viudo. Tiene que educar en solitario a Jem y Scout, un juicioso muchacho de 10 años y una despierta chiquilla de 6, traviesa como un diablillo. Y ahí, aportando cariño, equilibrio y buen sentido a un hogar donde falta la madre, se gana por completo al lector y al espectador. En la novela y en la pantalla le vemos atractivo y sencillo, inteligente y asequible, equilibrado y razonable. Cuando acepta el odioso caso, la pequeña Scout sufre en la escuela las críticas contra su padre y solo sabe defenderle a tortas, pero al llegar a casa le reprocha que haga algo tan contrario a lo que piensa la gente. Al responder a la niña, Átticus nos brinda uno de los argumentos más elegantes sobre la dignidad de la persona: «Tienen derecho a pensar así, y tienen derecho a que se respeten sus opiniones, pero antes de vivir con los demás tengo que vivir conmigo mismo, y la única cosa que no se rige por la regla de la mayoría es la propia conciencia».

Átticus Finch tiene una gran autoridad ante sus hijos porque suele razonar lo que pide, porque cede cuando puede ceder y porque no cede cuando no debe hacerlo. A su hijo Jem, empeñado en tener una escopeta, Átticus le explica que él la tuvo, pero con trece o catorce años de edad, y con unas normas precisas de su padre: disparar solo en el huerto, cuando no hubiera gente, y nunca sobre un ruiseñor. Átticus dialoga con sus hijos y sabe explicarse. Sabe lo que puede mandar y lo hace con firmeza y suavidad. También sabe cuándo puede ceder o hacer la vista gorda. Nunca le vemos gritar, gesticular o tomarse las cosas por la tremenda. En cambio, es muy capaz de hacerse entender y obedecer con la elocuencia de una mirada o un silencio. Me parece que Gregory Peck no

ha podido reflejar mejor lo que significa educar, al menos tal y como yo lo he visto en mi casa: esa mezcla de autoridad y cariño, de exigencia y confianza, de libertad y responsabilidad, de disponibilidad y buen humor.

Si Átticus nos resulta admirable, su hija Scout nos conquista desde la primera página de la novela. Su elección como narradora me parece un gran acierto de Harper Lee. La chiquilla tiene una simpatía arrolladora, y su punto de vista –lleno de inocencia y vivacidad– otorga al relato una frescura y una gracia muy notables. Parte de su encanto consiste en la admiración que siente por su padre y por su hermano, y en esa merecida admiración advertimos otro de los secretos de la autoridad. «Jem condescendió en llevarme a la escuela el primer día, tarea que gentilmente hacen los padres de uno, pero Átticus había dicho que a mi hermano le encantaría enseñarme mi clase. Creo que, en esa transacción, algún dinero cambió de manos, porque, mientras doblábamos al trote la esquina de la Mansión Radley, oí un tintineo nada familiar en los bolsillos de Jem».

13. DOS BOMBAS EN BARAJAS

He cumplido quince años y he recibido bastantes regalos: los cinco tomos de la Historia del Arte, de Springer, dos cinturones, un pañuelo, una tarta, una pulsera...

Creo que yo te gano, Ana, y sin cumplir años. Hoy hemos madrugado para llevar a mi hermano a Barajas. Pero Rafa prefiere llevarse a sí mismo y consigue ponerse al volante. Yo voy de copiloto. Mis padres, desde atrás, no se cansan de dar los últimos consejos. Su hijo –un poco rayado– va diciendo que sí, que sí, que sí... Por todo equipaje, lleva una gran bolsa de deporte y una pequeña mochila. Su argumento es sencillo: en el país de la abundancia encontrará de todo, desde tabla de surf a ordenador. El dinero tampoco será problema, pues Rafa tiene una saneada cuenta corriente. Reserva que no piensa tocar, porque lo que quiere es –además de estudiar– trabajar, negociar y volver con pasta. Mi padre se ve en la obligación de recordarle que el dinero no lo es todo en la vida. «No lo es todo. Es lo único», responde su hijo fenicio.

En la terminal, justo antes de despedirnos y pasar a la zona de embarque, Rafa me dice que le acompañe a comprar unos chicles. Pide también una revista de coches. Paga con monedas y saca un billete antes de guardar la cartera. «No te lo gastes en vicios», me advierte con el índice alzado. La vista se me nubla ante el papel de 500 euros.

—No, Rafa. Es mucho dinero.

—Veo que, además de insolvente, eres tonto.

—¡Era! Muchas gracias. Me va a venir muy bien para la moto.

—Para la moto, de momento, te puede ir mejor otra cosa...

Y Rafa sigue con su generosa despedida y saca del bolsillo, ante su aturdido hermano, las llaves de su Honda 250, esa máquina adorable, tan negra y sucia como potente y preparada.

—Es tu moto, por un año.

—¿Y mamá?

—Es tu problema.

14. ¡MI TESORO!

He decidido jugar limpio, Ana. Otra cosa no tendría sentido, pues sacar y usar la moto a espaldas de mis padres es sencillamente imposible. Después de dar muchas vueltas al asunto, apuesto por la legalidad, ensayo mi mejor cara de niño bueno, comunico a mi señora madre la generosa decisión de Rafa y pongo las llaves en su mano. En ese momento me siento como Gollum sin el anillo. Pero la dama de hierro ha quedado conmovida por el gesto de Rafa y por mi heroico sacrificio. Sin decir palabra, me devuelve las llaves. Gollum no se lo puede creer. Sabe lo que su madre piensa de las motos en general y de su alocado hijo en particular. Quizá por eso, me explica que voy a cumplir 18 años y no tiene sentido andar con prohibiciones y vigilancias. ¡Así se habla, mami! Después me pide por favor que tenga en cuenta varias cosas: avisarle cuando saque la Honda; no conducir nunca de noche; ni una gota de alcohol; siempre con casco; no llevar a nadie atrás; usar los cinco sentidos y no hacer el tonto, pues se suele pagar muy caro.

15. VIKTOR FRANKL

Amamos la vida, no hemos olvidado la voz de la Naturaleza, aún esperamos a pesar de todo.

Séptimo libro, Ana. De un judío que también sufre la persecución nazi y el ingreso en un campo de exterminio. «Nunca olvidaré una noche en la que me despertaron los gemidos de un prisionero amigo, que se agitaba en sueños, obviamente víctima de una horrible pesadilla. Quise despertarle, pero retiré la mano que estaba a punto de sacudirle, asustado de lo que iba a hacer. Comprendí que ningún sueño, por horrible que fuera, podía ser tan malo como la realidad del campo que nos rodeaba y a la que estaba a punto de devolverle».

Deportado en Auschwitz, Viktor Frankl se ríe de mi moto, mi tenis, mi atletismo, mis libros y mi playa. Él tuvo todo eso y todo lo perdió. Pero su reflexión sobre su propio sufrimiento y el de los demás prisioneros le llevó a un gran descubrimiento: que la felicidad no está en las cosas, sino en el sentido que damos a las cosas, a los días, a los trabajos, a las personas... Por eso nos repite que, cuando tenemos un porqué, somos capaces de soportar cualquier cómo. Y se remite a los hechos: a los prisioneros que iban de barracón en barracón consolando a los demás, dándoles el último trozo de pan que les quedaba. «Puede que fueran pocos, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo la última libertad: la elección de su propio camino». La conclusión de Frankl, que ya era psiquiatra en aquel tiempo, es consoladora y sabia: «¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración». El título del libro lo dice todo: *El hombre en busca de sentido*.

16. LIBERTAD

Hace sol, el cielo está de un azul profundo, sopla una brisa hermosa y yo tengo unos enormes deseos de... ¡de todo! Deseos de hablar, de ser libre, de ver a mis amigos, de estar sola.

¡Vente a Bayona, Ana! Mi vida este verano, entre el cielo de Galicia y el césped de Los Tilos, es una playa con amigos, bermudas y camiseta a todas horas, una gorra, la sombra de una higuera, el mar a la vista y un libro a mano. A todo eso lo llamo yo ser libre. Dentro de ese lujoso marco, coloco cada mañana tres horas de lectura, seguidas de la playa y sus torneos. Por la tarde, más libros y resúmenes, trabajos y pequeñas chapuzas en la finca y la casa, hasta la cena temprana con toda la familia, en la pérgola. Después, la noche es joven con Felipe y Maxi, con Sara y Marta, con las guitarras de Diego y Dani, con María Faixat y María Cortés... A todo eso lo llamo yo exprimir la libertad.

Por si eso fuera poco, hay días especiales. Hoy ha sido uno de ellos. El padre de Felipe es aficionado a la vela y maneja muy bien el Puma con el que suele regatear. En verano, su tripulación oficiosa está compuesta por su hijo, por Maxi y por mí. Esta mañana, la travesía hasta Cabo Silleiro, avanzando a barlovento, ha sido apasionante. Un buen piloto sabe navegar contra el viento porque lo domestica entre las velas. Así, dando bordadas en zigzag, hemos plantado cara al vendaval y al mar encrespado durante varias millas. En algún momento, brincando sobre las olas, peleando con las cuerdas y atento a las órdenes del patrón, he pensado que así es la vida: el arte de navegar a menudo contra viento y marea.

17. POLÍTICOS

Los hombres nacen con el instinto de destruir, de masacrar, de asesinar y devorar. La guerra persistirá mientras la humanidad no sufra una enorme metamorfosis.

Después de comer, un documental sobre los monos del Amazonas me deja claro que el hombre es un animal superior. Pero empiezo a dudarlo después de cenar, a la vista de los políticos que pululan por el telediario. A ellos se refiere Pérez-Reverte cuando habla, en su columna semanal, de nuestra España «afortunadamente democrática y desafortunadamente gilipollas». No te voy a dar nombres, Ana, pero es así.

18. LUCÍA EN BAYONA

Mi postal a Lucía ha surtido efecto. Hoy me llega su abultada respuesta, en tres folios escritos por las dos caras. Su extensión es su forma generosa de agradecer una invitación que ha rebotado en sus padres. Cosa lógica, que ya me imaginaba. Los míos hubieran actuado igual. Gracias a esa negativa, Lucía se disculpa con una carta en papel amarillo perfumado, llena de exclamaciones y adjetivos. Está pasando dos semanas en un pueblo minúsculo, un rincón apacible y soleado, cercano al nacimiento del Ebro. Dice que todas las noches, a salvo de primos y amigos, se lleva un libro a la cama y se duerme recreando sus historias. Reconoce que estos últimos días, desde que recibió mi postal, ha leído menos y ha buscado el sueño volando con la imaginación a Bayona...

«Para que veas lo fantasiosa que soy, Borja, me veo en tu casa en medio de un paisaje de prados y valles siempre verdes, con riachuelo, internet, correos a mis amigas aburridas en Burgos, gafas de bucear y aletas, muchos libros, olor a pan recién hecho y a césped cortado. Con música de Mozart y U2, una guitarra sobre mi cama, un piano con vistas a la bahía, mi diario, la lluvia en mi ventana por la noche, el sol en los charcos por la mañana. Hay también una mesa de madera de pino, el color y el olor de unas manzanas, tus padres, tu abuela, tus hermanos, gorriones y golondrinas, un gato amodorrado, tardes con tus amigos, con tus amigas, contigo. Y noches largas en la arena, cerca del agua, con la caricia de la brisa bajo un cielo sin nubes, condecorado de estrellas».

Pablo me dijo en Burgos que Lucía había ganado más de un concurso literario. Con este estilazo, no me extraña.

19. ABURRIMIENTO

Por fin tengo un momento para escribir con tranquilidad, delante de una ventana entreabierta.

Creo que tengo demasiados amigos, Ana. Bueno, no es eso exactamente, pues a nadie le sobra la gente a la que quiere. Vamos a dejarlo en demasiados conocidos. Y el problema tampoco está en que sean conocidos, sino en los mil negocios, líos, favores, fiestas, deportes y demás compromisos que genera todo ese personal. Por eso, algunos días decido no salir de Los Tilos y aburrirme a gusto. Creo que es uno de los placeres más baratos, sencillos y reconfortantes que puede uno permitirse. Hoy he querido aburrirme a conciencia y, cuando lo estaba consiguiendo, han aparecido Maxi y Felipe, y se han quedado a comer. Por la tarde, Marta y Blanca han venido en bici con Roque, Dani y Diego. Como era de esperar, todos hemos acabado bajo la canasta, en un reñidísimo 4 contra 4. Intentaré aburrirme mañana.

20. PSICOPEDAGOGÍA

Me tratan de forma poco coherente. Un día, Ana es una chica seria, que sabe mucho, y al día siguiente es una borrica que no sabe nada.

En mi casa, Ana, siempre hemos preferido el «vive y deja vivir». De pequeños, toda la filosofía educativa del Tripartito se resumía en cuatro puntos elementales:

- El que abre, cierra.
- El que mancha, limpia.
- El que quita, pone.
- El que rompe, paga.

Cuando empezamos a pensar y a tener capacidad de armarla, las cosas se complicaron un poco más, pero solo un poco, pues la abuela y mis padres siempre han sido partidarios de no atosigar. Su nueva pedagogía se articulaba en otras cuatro obviedades:

- Si no está bien, no lo hagas.
- Si no es verdad, no lo digas.
- Si no es tuyo, no lo toques.
- Si quieres algo, gánatelo.

Junto a los citados criterios, en familia siempre hemos buscado el diálogo y el consenso. Mi madre suele recordarnos que «en esta casa somos razonables y hablamos las cosas, pero, si no llegamos a un acuerdo, aquí mando yo». Esa peculiar declaración de democracia es compatible, por supuesto, con el hecho de que sea mi padre quien tenga la última palabra: «Sí, cariño».

21. PAELLA DE DISEÑO

Hemos puesto a secar las salchichas, colgadas del techo, con un bastón y unos cordeles. Al ver la exposición del señor Van Daan, todo el mundo se echa a reír.

Aceite de oliva, carne de pollo, calamares, sofrito, alubia verde y plana, ajo y pimienta, aroma de humo, arroz bomba, fumé de pescado y doble volumen de agua. Pero en esta relación no aparece el mejor ingrediente: el hambre. Por eso, gran parte del secreto de la paella es terminarla una hora más tarde de lo previsto, cuando los estómagos ya desafinan con desmayo. La de hoy no podía estar mejor. Es la especialidad de Luis Alberto, y también su compromiso veraniego. Los Tilos, en verano, es poco menos que un lugar de peregrinación al que acuden los numerosos amigos de mis padres. Hoy han venido Luis y Emi, con sus tres hijas adolescentes. Luis ha disfrutado con la paellera y el delantal. Yo me he ofrecido como pinche eficiente, en parte para evitar el tres contra uno de Helena, Beatriz y Laura, que hoy estaban guerreras.

22. ROJAS

*No comprendo a los que dicen que «soy débil» y se resignan.
Si tienen conciencia de su debilidad, que se esfuercen hasta
corregir su defecto.*

No es tan fácil, Ana. Pero está claro que hay que intentarlo. O sea, esforzarse.

En *La conquista de la voluntad*, el psiquiatra Enrique Rojas señala la dolorosa distancia entre lo que somos y lo que nos gustaría ser. Queremos dejar de fumar y no lo conseguimos. Nos gustaría estudiar mucho y no abrimos el libro. No sufrimos una falta de libertad, sino de fuerzas. Debilidad del músculo psicológico que nos permite pasar del dicho al hecho. Ruptura de la correa de transmisión entre lo que queremos y lo que hacemos. Nos falla la voluntad. Con ella, en cambio, se pueden conseguir milagros.

Demóstenes, el más brillante de los oradores griegos, fue un niño huérfano y tartamudo, con dislalia y muy poca voz. Beethoven compuso la *Quinta Sinfonía* casi sordo. Mozart compuso su *Requiem* en el lecho de muerte, afligido por grandes dolores. Dante escribió la *Divina comedia* en el destierro y la miseria, a lo largo de treinta años. La mejor novela del mundo fue escrita por un hombre manco, que supo sobreponerse a la pobreza y a la cárcel, a las humillaciones y a la infamia.

Los ejemplos de este estilo son innumerables, ilustrativos y animantes. Vienen a decirnos que nos quejamos de vicio, y que querer es poder. Espero que le gusten a mi madre.

23. CUATRO PRINCESAS

Los amigos de mis padres parece que solo tienen hijas. Cuesta creerlo, pero así es. La semana pasada pasaron por Bayona Iñaqui y Ana, con sus dos niñas. Iñaqui es un tipo altísimo y divertido. Ana es la profesora del Cunqueiro más amiga de mi madre, muy parecida a ella. Ayer nos visitaron Nacho y Marta, padres de Carla y dos gemelas: Mónica y María. Una familia realmente atractiva. Esta tarde han estado en Los Tilos Ramón y Carmiña, dos antiguos alumnos de mi madre. Estudiaron Periodismo en Santiago, volvieron a Vigo, siguieron en contacto con su profesora de Arte, la entrevistaron varias veces en la radio y la televisión donde trabajan, se casaron, fueron padres de una preciosidad llamada Carmencha, y siguieron al pie de la letra el consejo de su profesora: lo que más necesita un niño no son juguetes, sino hermanos. Después de Carmen nació Marta, con sus hermosos ojos y sus bucles. Luego vinieron Laura y Paula, que también llegarán a ser princesas.

Nuria, que lo sabe todo sobre peques, que con ellos se transforma en animada y fiestera hasta el agotamiento, no podía imaginar nada mejor que una tarde con cuatro niñas de carne y hueso, mucho más interesantes que las que estudia en sus libracos de Pedagogía. Las pequeñas han llegado felices y parlanchinas, riendo y hablando todas a la vez. Laura le cuenta a Nuria que «Paula no sabe ni hablar, porque ayer dijo *poní*, y se dice *puse*». Pero la aludida se defiende con contundencia. «¡Mentira: yo no *dijí eso!*».

Después se han ido a probar la canasta, donde Marta ha ganado a tiros libres. Luego Carmencha ha demostrado su facilidad para la gimnasia acrobática y su afición al baile. También han correteado con Malú. Acaloradas por las carreras y el bochorno de la tarde, se han puesto los bañadores y se han metido en el pilón, antiguo abrevadero de ganado que no es una piscina olímpica, pero poco le falta. Descalzas y chorreando, han merendado en la pérgola, han jugado en el columpio de la higuera y se han encaramado por sus ramas. Cuando se han ido, en Los Tilos ha quedado flotando su risa y su alegría.

24. CARROS DE FUEGO

Sé perfectamente lo que quiero, y soy capaz de discernir quién tiene razón y quién está equivocado.

Eres un peligro público, Ana. No tendrías precio como consejera, asesora de imagen y cosas así. Me recuerdas a Harold Abrahams en *Carros de fuego*. La carátula dice que Gran Bretaña presentó esta película, ganadora de cuatro Óscars, al festival de Cannes. Dos estudiantes de Cambridge son atletas de élite y representan a su país en las Olimpiadas de París, en 1924. Harold es judío, y buscará en la victoria la superación del complejo que sufre por su modesta posición social. El otro quiere ser misionero protestante, como su padre. La fuerte y diversa personalidad de ambos protagonistas está plasmada en secuencias con diálogos magistrales, y constituye una lección de psicología. La música de Vangelis y la fotografía son extraordinarias.

Esa escueta información –leída anoche por el padre de Marta Lucas, antes de proyectar la película que él mismo escogió– bastó para captar mis cinco sentidos desde los créditos. Me gustaron especialmente las escenas del equipo de atletismo trotando por la playa, de la milla en el claustro de un college, y el entrenamiento de un vallista en el césped de su mansión. Con Víctor, el padre de Marta, corro muchos días por Playa América, sobre todo, cuando el mal tiempo despeja la arena. Está en una forma excelente, con fuerzas para disputar siempre el último kilómetro y esperanzas de ganarme algún día.

25. EL SEDUCTOR

Sé que no soy guapa, y que nunca lo seré. Lo único que se salva son mis hoyuelos en las mejillas y la barbilla.

Chema y Ana Rosa, otros dos jóvenes amigos de mis padres, han adoptado a un niño ruso, de dos años. El acontecimiento se ha vivido en Los Tilos intensamente, porque el abogado Arregui y la profesora Veiga van a ser los padrinos. Debo aclarar que la intensidad ha afectado unilateralmente a las mujeres: cuando esta tarde han recibido la visita largo tiempo esperada, mi abuela, la futura madrina y mi hermana han quedado literalmente embobadas con la sonrisa rubia y los ojos celestes del pequeño Iván. Solo Chema, su padre, ha osado romper el arrobamiento femenino con un poco de sentido común, asegurando que lo importante es que el infante sea de mayor buen estudiante y buena persona. Pero esa apuesta por la ética le ha convertido en hereje entre un gremio rendido por completo a la estética.

¿Te ha gustado este final intelectual, Ana? Son las ventajas de estudiar asignaturas como Ética y Filosofía.

26. UN FAVOR A RAQUETAZOS

Felipe tiene hoy ineludible partido de tenis en no sé qué torneo famosísimo. Y le coincide con una clase a peques de una urbanización de Canido. Me asegura que no encuentra a nadie para sustituirle, y que tengo que inmolarme yo. No te preocupes, Felipe: mientras sea en moto, uno va donde haga falta. A la hora prevista me presento en la pista, y durante una hora consigo que los enanetes lancen ciegos raquetazos contra todo lo que se mueve, a excepción de la bola. Antes de comer estoy de nuevo en casa. Encuentro a la abuela podando los rosales con música de Tomatito y Paco de Lucía. Más que Galicia, esto ya parece un cortijo.

27. MALÚ

Todavía no te he contado, Ana, que tenemos una perra de aguas, regalo de cumpleaños a Nuria. Malú es tan pequeña como inquieta y explosiva. La abuela dice que tiene el don de la ubicuidad, pues un segundo le basta para saltar del suelo a su mecedora, de la mecedora al columpio, del columpio a la mesa, de la mesa al seto... Nuria ensaya con ella sus teorías pedagógicas como si fuera una niña de guardería: habla con ella, juega con ella, pasea con ella, la recrimina y corrige, le sonrío, la motiva, refuerza su autoestima y todas esas cosas. Su diagnóstico también es humano: se trata de una perra hiperactiva, y hay que comprenderla.

28. NO SE LO DIGAS A MIS PADRES

Sigo creyendo en la bondad innata del hombre.

Yo también, Ana. Así que no me voy a reír de tu ingenuidad. Lo que pasa es que, al mismo tiempo, la Historia nos demuestra nuestra capacidad incorregible de meter la pata, y eso complica extraordinariamente la vida humana. Nuestra bondad innata tiene que vérselas a menudo con nuestra maldad innata, y la pelea siempre es incierta. En uno de sus días ingeniosos, Ferrín nos dijo que hemos inventado la música de cámara y la cámara de gas. Otra demostración evidente de nuestra contradictoria condición son los problemas que plantea la educación. Mi noveno resumen –¡estamos en la recta final!– es sobre un libro que se titula *No se lo digas a mis padres*, y reúne treinta conversaciones de alumnos que le cuentan a su tutor un problema serio. Después de transcribir las conversaciones, el tutor explica a los lectores la problemática planteada –casi siempre muy compleja– y ofrece soluciones.

Pensando en lo que escribí sobre Átticus Finch, creo que ahora debo decir toda la verdad. Para desempeñar su papel de padre, Átticus tiene a su favor un mundo mucho menos revuelto que el actual. Él no necesitó estar preparado para enfrentarse a patologías y desórdenes que en su época afectaban a un mínimo porcentaje de jóvenes o, simplemente, no existían: la movida del fin de semana y las drogas de diseño, la navegación por Internet, la anorexia, la fiebre consumista, la cocaína y el alcohol, la depresión, la elección de tendencia sexual, la adicción a los videojuegos... Como no sabes ni siquiera de qué estoy hablando, Ana, no te imaginas lo que se ha complicado la relación entre padres e hijos, y entre alumnos y profesores. Se ha llegado a decir que ahora nos educan en defensa propia, por instinto de conservación. ¿Qué te parece?

29. ANOTHER DAY IN PARADISE

La buena música me produce siempre el mismo efecto: me conmueve profundamente.

Estos días, Amadeus reserva sus recitales para la caída de la tarde, cuando el sol enciende la ría con un rojo imposible de pintar. El mirlo, que no es insensible a esos fulgores, se marca entonces una sostenida cantata de homenaje a toda esa belleza, y su música rebaja a Pavarotti o Phil Collins a la categoría de humildes aficionados. Con su canto trinado, Amadeus te dice que el mundo está bien hecho, que todo está en su sitio, previsto y diseñado con amor: los hombres y las cosas, el mar y el cielo, los días y las noches, la lluvia y el sol. Te viene a decir lo mismo que Jorge Guillén en los versos que te encuentras –como un regalo inesperado– al final del libro de Lengua:

Y entonces, mediodía,
un pájaro sumió su cantar en el viento
con tal adoración,
que se sintió cantada, bajo el viento, la flor.

30. ÉXODO

Odio las despedidas, Ana. No puedo evitarlo. Las despedidas y los adioses. Cuando una parte esencial de tu vida la llenan los amigos, la separación es una ruptura dolorosa. Ya lo canta una de las sevillanas más populares: *algo se muere en el alma cuando un amigo se va*. Hoy –30 de agosto– han volado David y Diego, Pedro y Ana Huidobro, Marta Lucas y Blanca, Olga y María Caracuel, Roque y Dani, Goretti... ¡Demasiados para un solo día! Ahora me doy cuenta de lo intensa que era su presencia, porque parece como si flotara en el aire de Bayona el fantasma de cada uno: su forma de andar, su acento, sus ojos, su perfil en moto, las notas de sus guitarras, su risa, su cara de sueño ya tan tarde, aquella pregunta, aquella respuesta, aquella mirada... Para colmo, me temo que también ha volado Amadeus hasta el año que viene.

31. UN VAGABUNDO

Los cinéfilos de Los Tilos hemos despedido la temporada con hora y media de carcajadas y alguna lagrimilla. El broche ha sido una película de cine mudo, con los subtítulos imprescindibles. La historia de una chica ciega que vende flores en una esquina de la gran ciudad. Cautivado por su belleza indefensa, un vagabundo le compra todos los días un clavel. Ella piensa que se trata de un caballero. Cierta día, la prensa habla de un médico que cura la ceguera, con resultados casi milagrosos. El vagabundo se apresura a leer la gran noticia a la chica, pero ella es tan pobre que está a punto de ser desahuciada del piso donde vive con su abuela. Entonces, él decide conseguir la elevada suma que podría –además de pagar el alquiler– devolver la luz a esos ojos hermosos. Y lo logra. Al recibir el dinero, la chica acaricia la mano de su bienhechor, y él se siente recompensado con creces. A los pocos días –por detalles que no te voy a contar–, mientras ella está en el quirófano, él está en la cárcel.

Un año más tarde, curada de su ceguera, la chica ha cambiado la cesta de flores por una elegante floristería. Un día se descubre observada por un pobre, a través del cristal del escaparate. Varios chiquillos llegan en ese momento y se ríen del mendigo, le insultan y le zarandean. La chica sale a la acera, ordena a los gamberros que se vayan y se acerca al pordiosero. Le habla, le tranquiliza, le pone un clavel en la solapa. Cuando el pobre se lo agradece, ella cree reconocer esa voz, se queda inmóvil, le mira en silencio y toma la mano de Charles Chaplin entre las suyas. La película termina en ese instante, con el diálogo más breve y más intenso que conozco:

—*You?*

—*Yes!*

SEPTIEMBRE



PALABRAS EN LA ARENA

Me siento cada vez más abandonada, como si el vacío aumentase a mi alrededor.

Adiós al verano, Ana. Hoy empieza septiembre y aquí no queda nadie. Es un lunes terrible. El desierto se extiende sobre Bayona y Playa América. La gente aprovechó el finde para desaparecer. Pobrecillos. No saben lo que se pierden. Cambian este pequeño y hermoso mundo, libre de calendarios, por ciudades de asfalto y ruido, humos y prisas. No saben lo que se pierden y lo que nos roban. ¿Por qué hay que separarse, Ana? La amistad se amasa con cercanía y aficiones comunes, no con distancias y olvidos. Si te marchas, ya no puedes regar una planta que necesita casi a diario el agua de una sonrisa, de una mirada, de una voz, de algún pequeño detalle. ¿Por qué hay que concluir este capítulo de nuestra juventud a las cuatro semanas? ¿No podríamos alargarlo cuatro meses o cuatro años? Mientras te escribo, pienso que nuestras vidas –la tuya, la mía, la de todos– están hechas de palabras escritas en la arena. Palabras y frases borradas por el agua y el viento de la distancia en cuanto nos damos media vuelta. ¿Por qué nos damos media vuelta y nos vamos? ¿Por qué? Te cambias de barrio, de instituto, de ciudad..., y el olvido se traga tu propia historia pasada, tu pequeña y entrañable vida. Por eso están en el congelador Belén y Alejandra, Teresa y Miriam. Por eso, una encantadora Paloma también está a punto de entrar en el frigorífico, igual que Lucía. ¡Mierda! La vida es implacable, Ana. Lo sabes mucho mejor que yo. Solo el tonto del corazón no se da por enterado y se permite el lujo de soñar lo imposible.

Como mínimo, tardaré un año en ver a Marta, a Blanca y a Goretti. Se fueron hace dos días, y yo me pasaré todo un mes sin poder olvidarlas. Goretti es de Zaragoza, y está hecha de pecas y alegría. Blanca es muy desenvuelta, con cara de inocencia y una lengua capaz de ser mordaz. Me recuerda a Paloma. Le gusta patinar, pintar y dar largos paseos. Todo en ella es romántico, hasta el nombre de una profesora a la que cita con frecuencia: Dulce María.

LA CHINA

Entrada triunfal de Rafa en su Universidad yanqui. La escena se desarrolla en los comedores universitarios, donde mi hermano toma su bandeja con el menú y se sienta a comer. Ha olvidado los cubiertos y se levanta a por ellos. Cuando regresa, una chica de rasgos orientales ha ocupado su silla y está comiendo de su bandeja. Rafa se siente desconcertado y molesto. Extraña forma de ligar, piensa. También piensa que la chica puede venir de un país pobre y no dispone de dinero. O quizá que los orientales no tienen nuestro sentido privado de las cosas. El caso es que se sienta frente a la muchacha y sonríe amistosamente. Puestos a sonreír, a los orientales no les gana nadie, y la chica corresponde como era de esperar.

—Are you Chinese?

—No, I'm not.

—Japanese?

—No.

—Filippine, Corean, Vietnamese...?

—I'm sorry. I'm American.

Rafa se bloquea unos instantes, pero se sobrepone y empieza a comer la ensalada de la bandeja, intentando aparentar normalidad y cortesía. La chica se sonroja un poco y termina su sopa. Después, ambos pinchan del mismo plato de carne guisada, y se reparten el yogur y la manzana. Todo ello condimentado con múltiples sonrisas, tímidas por parte de la muchacha, comprensivas por parte de mi hermano. Cuando acaban, Rafa pregunta *do you like coffee?* y se levanta a por dos cafés. Pero entonces descubre, en la mesa de atrás, su propia sudadera sobre el respaldo de una silla, y una bandeja de comida intacta.

ERIKA Y PEPE

Hablando de chinas, resulta que mi madre –una caja de sorpresas, incluso para sus hijos– tiene una amiga filipina casada con un empresario de Lisboa. Esta mañana, temprano, hablan por teléfono y a mí se me pregunta si me apetece un paseílllo por Portugal.

—¿Tan lejos?

—A la vuelta de la esquina, en la ribera del Miño.

Salimos a media mañana y en media hora estamos en Tuy. Paramos detrás de la catedral. En cinco minutos, mi madre toma unas fotos del ábside y de la campiña portuguesa. Desde nuestra altura, el río ancho y manso abraza una llanura verde, parcelada en fincas de frutales y hortalizas. Atravesamos el viejo puente de Eiffel y brincamos por el típico empedrado lusitano. Cerca de Viana, escondido en un bosque de pino y roble, hay un torreón medio arruinado. Erika y Pepe han comprado ese castelo medieval, y quieren que mi madre opine sobre la forma de amueblarlo y decorarlo. Pepe ha dado un toque clásico a la enorme sala de estar, con el estilo renacentista del Parador de Bayona. Erika se ha hecho cargo de las habitaciones, y ha optado por el estilo minimalista, que tanto gusta a mi madre: espacios nítidos y geométricos, en grises, negros, blancos y crema. Dejo a los tres parlotando sobre luces y colores, marcas y calidades, y me subo a una barquilla que me lleva por un ramal del Miño. Mientras remo, pienso en la leyenda romana que lo llamaba *río del olvido*: si te adentras en sus valles y te dejas envolver por su belleza, puedes olvidarte de Italia y quedarte en Galicia o Portugal para siempre. Y más, en compañía de Erika y Pepe, que me han caído superbien.

DISFRAZADO DE NADIE

Esta mañana, asomada a la ventana mirando, en realidad, fija y profundamente a Dios y a la Naturaleza, me sentí dichosa.

Yo también creo que debo aprovechar y agradecer las mañanas del mundo que me son regaladas. Hoy he madrugado y bajado con Malú a la playa. Alrededor de Los Tilos, todo son tojos, brezos y helechos envueltos en la luz verdosa que se cuele entre las ramas del bosquecillo. Pienso que los árboles de Bayona no se aburren nunca porque miran al cielo, y el cielo de Galicia está siempre cambiando. Algunos de nuestros vecinos viven todavía de la tierra, y sus campos sembrados parecen remiendos pardos, verdes y amarillos, cosidos con el hilo oscuro de los caminos.

Al regresar a casa, después de unas carreras y un chapuzón, me he cruzado con un ciego. Aunque lo sea de nacimiento, no creo que niegue la existencia del mundo que no ve, pues lo percibe con su olfato y su oído, con su paladar y con su tacto, a derecha e izquierda, sobre su cabeza y bajo sus pies. Creo que una percepción semejante es la que tú tienes de Dios, Ana. Y yo también. Ya sé que no me habla, pero todas las cosas me hablan de Él.

Por la tarde, el cielo se ha vestido de grises: gris perla, gris plata, gris paloma. Sentado bajo la pérgola, he estado pensando en tus palabras, y me llevan a Grecia... ¿Has leído la *Odisea*? Recordarás que Ulises le tomó el pelo a Polifemo cuando le dijo que se llamaba Nadie. Y lo que he pensado es que, detrás del mundo que vemos –detrás de su origen, diseño y mantenimiento–, tiene que haber un Alguien disfrazado de Nadie. Con un disfraz tan bueno que hace pensar a algunos que todo lo que existe es fruto del azar.

ERNESTO SÁBATO

Esta es la dureza de nuestra época. Apenas han germinado en nosotros ideales, sueños y esperanzas, son alcanzados y destrozados por la realidad.

Ya no soy el mismo que hace dos días, Ana. Después de leer *Antes del fin*, pienso y siento de otra manera. Este último libro ha sido todo un golpe bajo de mi madre. O, si quieres, un choque frontal, en vía rápida, contra el tráiler gigantesco de Ernesto Sábato. Un libro breve y fortísimo, testamento de un anciano escritor comprometido desde su juventud con la justicia, enamorado de la belleza, obsesionado por el sentido de los hechos fundamentales de nuestra vida: el nacimiento, el amor, el dolor y la muerte. Además, me afecta especialmente porque se dirige a los jóvenes, escribe para nosotros, con la esperanza de que «quizá ayude a encontrar un sentido de trascendencia en este mundo plagado de horrores», donde también descubrimos en la naturaleza, en la emoción del arte, en la nobleza de tantos gestos humanos, «modestísimos mensajes que la Divinidad nos da de su existencia». ¿Sabes en qué he notado que Sábato es sincero? En que dice lo mismo que tú.

MISIÓN CUMPLIDA

Llevo varias noches haciendo horas extraordinarias, como en época de exámenes. Esta mañana, por fin, he terminado el décimo resumen. Acto seguido, entrego a mi madre el valioso taco de folios y contengo la respiración. Ella los va pasando uno a uno, no hace ninguna observación, me mira con media sonrisa, abre el bolso, saca un talonario y escribe *al portador, quinientos*. «Los negocios son los negocios», subraya. Bajo a la calle, corro al banco de la esquina, entrego el talón en ventanilla y salgo dos minutos más tarde con 500 euros en el bolsillo. Los negocios son los negocios, y siento que algunas verdades de perogrullo son especialmente sabrosas.

Ahora, por la noche, descubro que mi astuta progenitora me ha vuelto a engañar. Con esto de los libros y los resúmenes ha conseguido dos objetivos inconfesables: tenerme controlado todo el verano y llenar de adulteces mi joven cabeza. ¡Educación y control! Y yo sin sospecharlo, Ana.

A VIGO

Hoy es el día D. El desembarco ha comenzado. Lo mejor de todo es el pensamiento de que me queda poco para volver a estar con mis amigos.

Mañana regresamos a Vigo, Ana. Quedan cuatro días para que empiece el insti, y hemos apurado al máximo nuestra vida retirada en Bayona. Me he pasado la mañana en moto, con Maxi y con Felipe. A media tarde, limpieza y recogida general. Después, va muriendo la luz y me siento un rato bajo la higuera. Los árboles se han quedado quietos y todo enmudece en la finca. Cuando los últimos cuervos regresan de sus ajetreos y se cuelan en sus nidos, en Los Tilos ya reina el silencio, y el simple chillido de un tordo suena irreverente. La humedad sube en forma de neblina y el mundo comienza a desdibujarse antes de convertirse en sombra. Entonces despiertan los murciélagos, se descuelgan de los aleros y empiezan a tejer el manto negro de la noche.

ESTO SE ACABA

La monotonía empieza a agotarnos. Ya estamos hartos de vivir así.

16 de septiembre. Hoy se acaban las vacaciones. Y también mi paciencia, Ana. Mis hormonas amorosas han trabajado duro todo el verano, sin ningún resultado. Inútilmente se han esforzado como mi padre en la bici estática, que pedalea, suda y jadea en plan campeón, pero no avanza ni un centímetro. Esto del amor es una trampa, un espejismo, una broma pesada. Cada día lo tengo más claro. Menos mal que mañana empieza el circo.

ESTO EMPIEZA

O.N.C.E. CONSEJOS PARA ESCRIBIR CORRECTAMENTE

1. Lo primero es conocer bien la ortografía.
2. Y cuidar la concordancia, el cual son necesarias para escribir bien.
3. Y nunca empezar por una conjunción.
4. Y no separar, sujeto y predicado con una coma.
5. Yo entiendo mejor si tú habrías conjugado bien el verbo.
6. Evita las repeticiones, evitando así repetir y repetir lo que ya se ha repetido.
7. Usa; correctamente. Los signos: de, puntuación.
8. ¡A veces las exclamaciones no vienen a cuento!
9. Déjate de extranjerismos y escribe en castellano, ¿O.K.?
10. Escribiendo y redactando, haces mal abusando de los gerundios.
11. Relee siempre lo escrito, y mira si palabras.

Irene & Maxi

Hola, Ana. Irene y Maxi han estrenado la pizarra con su tono habitual de guasa, broma, coña y vacile. Ya te dije que hoy empezaba el circo. El primer día de curso es siempre una fiesta. No hay clases, ni libros, ni tareas para casa, ni notas. Solo saludos, bromas y risas, marujeo y parloteo, revoloteo... Y felicitaciones a quienes han aprobado en septiembre, como Irene y Felipe. Y cambios sorprendentes de imagen, casi siempre atrevidos. Lo peor es el obligado discurso del director, que nos recuerda lo que todos sabemos desde párvulos. El Juli, además, se las da de orador, y su arenga nos raya hasta el agotamiento. Como curiosidad, te diré que su voz contrasta con su pequeña estatura. Es un vozarrón, un chorro de decibelios que, si te pilla cerca, te puede depilar las cejas. Con él en clase, nadie quiere ponerse en primera línea, y menos las chicas que aspiran a mantener su peinado. Miro a Irene, que ha sido pillada desprevenida en vanguardia, y la veo al borde de una crisis nerviosa. En cambio, al fondo de la clase bosteza Pedro, Diego

duerme, Maxi ronca...

ME LLAMO PAULA

El año que asistí al Instituto fue estupendo. Los profes, las lecciones, las bromas, las miradas, los amores...

Caras nuevas en clase, Ana. Un chico y una chica. Se presentan a primera hora. Él desde su pupitre, al fondo del aula. Ella se levanta a cámara lenta, se acerca hasta la mesa del profesor, tiende la mano al asombrado Juli y nos mira como si fuera la profesora con más experiencia del insti.

—Me llamo Paula y acabo de llegar de Barcelona...

Es una chica extraña. Tiene un extraño acento y un extraño buen gusto con sus náuticos rojos, su blusa azul y su jersey a la cintura. Tiene dientes muy blancos, ojos muy negros y piel gitana, lograda por una secreta aleación de cobre oscuro con metales desconocidos. No se parece a Irene, ni a Belén, ni a Silvia, ni a Begoña, ni a Lucía, ni a Paloma o Goretti. No puedo compararla con nada de lo que tengo en el frigo. Mientras la examino, empiezo a pensar cosas raras. Pienso que Barcelona debe de ser algún lugar celeste, habitado por criaturas angélicas como Paula. Pienso también que me gustaría que no fuera alumna, que fuera profesora de Latín o de Historia, de Inglés o de Lengua. Porque su asignatura sería entonces una larguísima película, y ella protagonista en solitario dos o tres horas a la semana, durante nueve meses deliciosos. Yo contemplaría desde mi butaca su figura, recortada como esta mañana contra la pantalla grande de la pizarra, con los brazos en alto y las manos en la coleta rebelde, con más gracia que la Venus de Milo o la Victoria de Samotracia. Nunca he visto nada más delicado que el cortometraje de la presentación de Paula, hace unas horas. Silvia —sentada a mi derecha— ha tenido que pasarme su mano ante los ojos para romper el encantamiento.

—¡Despierta, Borja!

En el descanso, los primeros en llegar al refugio del cerezo son los fumadores activos, como Maxi. Después vamos llegando los fumadores pasivos. Hoy se parlotea bastante, porque hay muchas novedades acumuladas. Entre todas, una especial, que no es ningún fichaje del Madrid o del Barça, sino de nuestra clase. Intentamos que los de

Ciencias se imaginen a Paula, aunque comprobamos que no es fácil. Para derrota de los más escépticos y sorpresa de todos, ella viene hacia nosotros con un grupo de chicas. Nos gustaría aparentar naturalidad y seguir como si tal cosa, hablando de fútbol y de playas. Todo lo que conseguimos es recibirla con un enrarecido silencio que solo Maxi se atreve a romper.

—¡Bienvenida a la Peña Fumata!

Paula nos mira con una mezcla de interés y desconfianza. En unos segundos, su sonrisa tímida acaba siendo amplia y luminosa, enmarcada entre dos hoyuelos traviosos.

—Yo pensaba que Galicia no era así.

—¿Y cómo te la imaginabas? —pregunta Silvia.

—No sé..., supongo que más lluviosa y algo más cerrada...

Silvia toma la respuesta por donde no debe y quiere saber si más cerrada que Cataluña. «Bueno, las comparaciones son odiosas. Además, todavía no conozco Galicia, aunque los paisajes, a primera vista, son muy diferentes», responde Paula con diplomacia.

—Ya, pero una cosa es la tierra y otra la gente —se queja Felipe—. Porque yo he jugado torneos de tenis en Barcelona y los catalanes van siempre a su bola.

—Eso lo dices por los roscos que te metieron —puntualiza Maxi.

Felipe empieza a enrojecer, como es habitual en él. Paula se da cuenta y trata de arreglar la situación. Supone que quizá tuvo mala suerte y le tocaron tipos un poco bordes, pues en cualquier parte hay de todo. Pero también aclara que el catalán suele ser educado y generoso. A continuación, como para demostrar lo que está diciendo, le invita a comprobarlo el próximo verano: «Te vienes a Cadaqués, pasas una semana en mi casa y te presento a mis amigos». Felipe, con el saque completamente roto, disfrazado de amapola, asiente sin palabras, mientras a todo el mundo se le ocurre la misma idea:

—Mejor me invitas a mí —propone Maxi.

—No cometas esa equivocación. Yo soy tu hombre —asegura Alberto.

—Si me llevas a mí, luego te vienes a mi casa en Catoira —negocia Arturo.

Y entonces suena la sirena, se acaba el juego, se van apagando las risas y los pitillos, y regresamos a una insoportable clase de Mate.

Ahora, de noche y en la cama desde hace una hora, no consigo dormir. El cambio de horario y la aparición de Paula me mantienen despierto. Pienso que me gustaría resumir en verso su presentación ante la tribu, esta mañana. Enciendo la luz de la mesilla y me siento en plan faquir, con este cuaderno y mi *pilot*. Después de varios intentos frustrados, Antonio Machado viene en mi ayuda con su famoso autorretrato...

En mi infancia

no hay recuerdos de un patio de Sevilla...
Hay una lluvia fina
y carreras jugando a policías y ladrones.
Y luego canastas y balones,
y veranos con playas, primos y salitre.
Después la adolescencia y los grandes amigos,
con libros muy pesados,
con pistas de atletismo y pequeños amores.
Y, de pronto, un curso que comienza
con ese gesto de tus manos,
con ese acento diferente de tus labios,
con esa luz de tu sonrisa catalana
y tus ojos gitanos.

AQUÍ SE VEN LAS RAMBLAS

Viernes 19. En vista de nuestro interés por su tierra, Paula nos ha traído postales catalanas y las ha enseñado en el cerezo. Pero nuestro equipo de básquet, precisamente a la hora del descanso, ha tenido sesión táctica con el entrenador. De vuelta a clase, me quejo de mi mala suerte y le digo a Paula que lamento lo que me he perdido. Ella responde que eso tiene fácil remedio. Acerca entonces una silla a mi pupitre, se sienta a mi lado y me pasa media docena de tarjetas. «Mira, aquí se ven las Ramblas, la calle más alegre del mundo, llena de colorido y gente exótica. Esta es la bahía de Cadaqués, con el puerto deportivo, el muelle viejo y las casas de los pescadores, apiñadas en torno a la iglesia románica. Y en esta otra, que me acaba de enviar una amiga...». Pasan ante mis ojos imágenes que apenas me interesan, porque la verdad es que Paula acapara toda mi atención. Parece que miro las postales, pero solo me concentro en escucharla. Su voz es muy hermosa, la más bonita que conozco, como una caricia que te envuelve con su acento, su tono y sus giros propios. Cuando termina la explicación, me pregunta si me han gustado las postales y se calla.

—Creo que me gusta mucho más escucharte. Sigue hablando, por favor.

Ella me mira y pone cara de interesante.

—¿Sabes que eres un tipo original, Borja?

—Pero tú me ganas.

Ahora, mientras escribo esta página, pienso que enamorarse suele ser una empresa complicada y desesperante. Pero, si tienes suerte, es lo más simple del mundo: Paula que te envuelve con sus ojos de luz. Algo tan sencillo como estar sentados pasando unas fotos, y de pronto mirarse y sonreír de asombro. Algo intensamente único y profundo, porque por fin se te aparece el semblante de tus sueños, el rostro que siempre ha tenido tu nostalgia, lo que nunca se había producido, el castillo guardado por un foso y un puente levadizo, el milagro imposible...

LIBRE Y AZUL

Ayer, mientras Paula me hablaba de Cadaqués y de las Ramblas, tuve una extraña sensación, giré la cabeza y me encontré –varios pupitres por medio– con la mirada triste de Irene... Esta mañana he salido con ella. Habíamos quedado en *Sport 2000*. Ha llegado tarde y con mala cara. Me ha saludado con desgana, sin disculparse. Tampoco tenía la locuacidad habitual: contestaba con monosílabos o con silencios. Hasta que se atrevió, por fin, a meter el bisturí en la herida.

—Borja, ¿sientes por mí lo mismo que por Paula?

—¡Glup!

—¿Qué significa ¡glup!?

—Que me has pillado.

—Me lo temía. Pero explícate un poco.

—No seas mala, Irene.

—No soy mala. Creo que tengo derecho a la verdad.

—La verdad es que tú eres mi mejor amiga.

—¿Y Paula?

—Ni siquiera somos amigos, ya lo sabes.

—Sí, pero ¿qué sientes por ella?

—Creo que eso también lo sabes.

—Lo supongo.

—Pues supones bien. El corazón es una cosa muy complicada, Irene.

—Ya lo veo. Por eso he pensado que no debo atarte.

—No te entiendo...

—Pues que seguimos como amigos, pero nada más. A partir de ahora, eres libre.

—Gracias, Irene. Eres un sol.

—Y tú, un impresentable.

En el fondo, Ana, he respirado. El amor es tan libre que nadie puede obligarte a sentir lo que no sientes, por mucho que estimes a una persona. También he respirado porque Irene ha entrado en el frigorífico con tranquilidad, sin dramatismo. «Mi último beso», me dice en la Puerta del Sol, al despedirnos. Yo se lo devuelvo con una pregunta

que intenta mantener, al menos, una sabrosa tradición.

—¿Y los paseos con helado, Irene?

—Los estoy dando con Alberto, cariño.

ADIÓS, ANA

Mi vida ha cambiado y va mucho mejor. Dios no me ha abandonado y no me abandonará nunca.

He terminado tu Diario, Ana. Sabía que morías al final, pero aun así me has dejado hecho polvo. ¿Cómo no encariñarse con la chica que te cuenta su vida en esas páginas? Al leerlas, es muy fácil soñar y temblar contigo, esperar y desesperar, suspirar y rezar. Por eso escribo hoy como quien llora. El mundo, a veces, me parece una auténtica porquería. ¿Qué habías hecho tú para acabar de esa manera? La muerte te llegó a las puertas de la primavera y de tu propia vida, un mes antes de que tu campo de concentración fuera liberado por las tropas inglesas. ¿Por qué te fuiste, Ana? ¿Qué te costaba haber resistido un poco más? No puedo perdonar a esa muerte carroñera ni a esa vida despistada, que se dejó atrapar por los pelos. ¡Qué absurdo!

El desenlace no lo escribes tú, claro. Lo sabemos por los presos que estuvieron contigo y vivieron para contarlo. Uno de ellos te recuerda en Auschwitz, con la cabeza rapada y tus grandes ojos negros, sentada cerca de la cama de un chiquillo de doce años, llamado David. También te ve mirando el camino por donde empujan a un grupo de gitanas, completamente desnudas, hacia el horno crematorio. Tú estás llorando. Y lloras ante los niños húngaros que esperan desde hace doce horas, desnudos bajo la lluvia, el turno para entrar en la cámara de gas. Me considero un tipo duro, Ana, pero tampoco puedo evitar que ahora se me llenen los ojos de agua. Lo siento. Eras una chiquilla encantadora y fuiste aplastada por una ideología demencial, realmente diabólica.

De Auschwitz, te trasladan con Margot a Bergen-Belsen. Una epidemia de tifus acaba con miles de internados, y también con vosotras. Tus restos yacen, seguramente, en las fosas comunes del campo, liberado el 12 de abril de 1945. Me pregunto cómo serías hoy. No me cuesta imaginarte parecida a mi abuela, cariñosa y vivaz. ¿Dónde estás ahora? He leído que temer la muerte es creerse sabio sin serlo, pues es creer que se sabe lo que no se sabe. Como juego de palabras, no está mal. Pero morir no es un juego. Prefiero pensar, como Calderón, que somos actores en el gran teatro del mundo, y

que la muerte cae como el telón que oculta el escenario a los espectadores. Del funeral de Jimena Quintana, en Burgos, no se me olvidan unas palabras del cura: que la muerte es el pórtico de la inmortalidad, y que el cementerio es el huerto donde piadosamente enterramos a los muertos, con esperanza de cosecha inmortal. Adiós, Ana. Que sepas que no has muerto en mi vida. Aunque lo realmente importante –de lo que no tengo ni sombra de duda– es que el Dios que llevabas grabado en tu corazón no te habrá abandonado.

SILENCIO

Me gusta el silencio, Ana. Silencio somnoliento en el aula, a primera hora; silencio en la playa desierta, en pleno invierno; silencio nocturno en casa, descalzo sobre las alfombras y la madera tibia, con el mundo dormido y un libro que te espera sobre la cama. Puedes estar muerto de sueño, pero no quieres que termine el día sin tu dosis de ocho o diez páginas succulentas, lejos del mundanal ruido y de la tiranía de la caja tonta. Ocho o diez páginas diarias de las que ya no puedes ni quieres prescindir. Como dice Ferrín, cada uno escoge sus adicciones.

Ahora, sin Rafa enredando o roncando a dos metros, en nuestra habitación de Vigo el silencio es completo. Yo casi no sabía lo que era eso, pocas veces había experimentado tanta paz, y llevo una semana disfrutando de la nueva y refrescante sensación. Hasta hace unos instantes, tumbado en la cama, he estado leyendo el comienzo de *El bosque animado*. En su espesura vive Juan de Malvís, un pobre ladrón que por las noches mira largamente la luna, oye los perros de las aldeas vecinas, reza un padrenuestro y resbala hasta el sueño cavilando la forma de robar la casa del cura. ¡Ese soy yo!, me he dicho. Porque, dentro de nada, cuando termine de escribir este párrafo y apague la luz, los minutos que tarde en dormirme serán parecidos a los de Malvís, con un pequeño cambio al final del guión, pues no me interesa robar ninguna casa, sino el corazón de una muchacha catalana.

BICHO RARO

He llegado a clase medio dormido. Me he sentado al fondo, en una esquina, y he seguido dormitando con los brazos y la cabeza sobre el pupitre. En esos casos, ya se sabe que no estoy para nadie hasta segunda hora. Hoy, sin embargo, alguien debe tener importantes razones para incordiar, porque noto la palma de una mano sobre mi hombro. También me llega un perfume agradable y desconocido. Giro un poco la cabeza y abro un ojo. ¡Qué casualidad! Es la chica que también me quita el sueño por las noches. Pero ella no lo sabe. Ignora lo mucho que se ha resistido esta madrugada a dejarse atrapar en un pobre poema...

Mira qué bicho raro el corazón, Paula:
Tengo envidia de la gente
que se cruza contigo por la calle;
del vecino que coincide algún día en tu ascensor;
del quiosquero al que compras un chicle
y te devuelve una sonrisa...
De todos ellos tengo envidia, sí.
Si yo estuviera en su lugar,
te aseguro que estrenaría cada día
una sonrisa nueva,
una palabra diferente,
un corazón a punto para ti.

La chica que me quita el sueño tampoco sabe que llevo esos versos en el bolsillo del pantalón, en un papel que no pienso enseñarle. Junto a ella, me siento en desventaja, como un mendigo que quiere conquistar a una princesa.

—*Bon dia, Borja.*

La princesa se sienta en el pupitre de al lado y me cuenta sus primeras impresiones gallegas.

—Puedes hablarme en catalán –sugiero.

Ella cambia de idioma y a mí me agrada el cambio. Entonces se acerca Silvia y yo

decido aparentar que entiendo lo que oigo, que soy capaz de seguir la conversación. «Sí, eso fue en agosto, Paula»; «No, en septiembre regresamos a Vigo»; «Bueno, a mí no me importaría, si tú quieres». Cuando entra el Juli en clase, Paula concluye su última parrafada con la palabra «Borja», y recibe por mi parte un guiño y una arriesgada respuesta: «Yo también te quiero». Ella entiende que estamos jugando con Silvia, pero se ruboriza un poco. Silvia, que no está en la onda, se pone más colorada que Paula. Y yo, mientras el Juli me taladra con la mirada, empiezo a tener clara una cosa: que lo único que se necesita para ser feliz es un corazón enamorado. La frase no es mía – ¡maldita sea!– pero juro que es rigurosamente cierta.

EL REY DEL MUNDO

Miércoles 24. A primera hora, Maxi nos ha vuelto a vacilar con su estilo típico. Es más del Celta que Breogán, pero ha venido al insti enfundado en una camiseta del Barça. Con eso se ha ganado un abucheo de la peña y un besito de Paula. Yo me he limitado a mirarle con odio reconcentrado y envidia, sin palabras, hasta que nos ha entrado la risa. Luego llega, entra y cierra la puerta la nueva profesora de Literatura. Además de llamarse Rosalía, es muy joven, muy pecosa y muy novata: todos los ingredientes para que nuestra clase se le vaya de las manos. Sin embargo, la pecosa novata controla el cotarro desde su mismo estreno. No sé cómo lo hace exactamente, pero ella lleva la batuta y nosotros parecemos corderillos. Lo nunca visto. Habría que estudiar este raro fenómeno. Esta mañana, en su tercera clase, nos sorprende porque ya es capaz de llamarnos por nuestros nombres, y porque nos pregunta si podemos definirnos con una sola palabra. Dice que la literatura es la elección de la palabra exacta, y que un buen ejercicio literario puede ser buscar ese concepto que mejor refleje lo que cada uno es.

—¿Cómo te definirías tú, Diego?

—Mmmm..., no sé.

—¿Y tú, Pedro?

—¿Yo? ¡Alegre!

—¿Y tú, Natalia?

—Creo que tímida.

—¿Felipe?

—Tenista.

—¿Pepiño?

—Gallego, tal vez.

—¿Irene?

—Romántica.

—¿Arturo?

—Filósofo, supongo.

—¿Borja?

—Libre.

—¿Maxi?
—¡Guapo!
—¿Paula?
—Azul.

Con la ventana de mi habitación abierta a la noche viguesa, releo las palabras que definen a mis amigos, recuerdo las risas y comentarios de unos y otros, y pienso que he mentido como un bellaco. Yo era libre hasta que apareció Azul en el Cunqueiro. Ahora, mi cabeza solo puede pensar en ella; mi corazón solo late por ella; mi pluma solo quiere escribir palabras para ella:

Aunque yo fuera el rey del mundo, Paula,
preferiría por encima de todo
quedar contigo al caer la tarde,
para verte salir de tu portal
pronunciando mi nombre.

OTRA VEZ MARTHA

Esta mañana, de camino al insti, Alberto me pregunta por la novela que acabo de leer. Se titula *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*. Le resumo la historia apasionante de un pelotón de americanos en Vietnam. A Silvia le interesa tanto el argumento que me pide la novela. Ahora, por la noche, meto el libro en la mochila mientras pienso en las cartas que llevaba el teniente Jimmy Cross, firmadas «Con amor, Martha». El teniente comprendía que «amor» era solo un modo de despedirse, y no significaba lo que él a veces quería creer. A pesar de todo, no perdía las esperanzas. Por eso guardaba las cartas en el fondo de la mochila. Y, al caer la tarde, después de un agotador día de marcha, las desenvolvía con cuidado y pasaba la última hora de luz soñando con Martha. El teniente Cross, que se jugaba la vida minuto a minuto en la jungla, estaba enredado por el más fuerte y común de los sentimientos humanos, el más complejo, el menos manejable. Podía no pensar en la muerte, pero no podía dejar de pensar en Martha. Manejaba con autoridad a los hombres de su pelotón, pero una muchacha lo manejaba a él desde miles de kilómetros. Entiendo muy bien al desalentado teniente, porque Paula, ahora, también al final del día, tiene más enredado a Borja Arregui que Martha a Jimmy Cross.

Esta tarde tuve que subir un momento a casa de los Lozano. Pulsé el timbre y me abrió Marta.

—¡Borja!

—¡Marta!

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—*Tata tumba, gamba chungá.*

—¿Qué me estás vendiendo, Marta?

—Nada. Te estoy hablando en africano.

—¡Ah! ¿Y qué me has dicho?

—Pues muy fácil: que la abuela se ha muerto por comer marisco en mal estado.

—¡Manda güevos! —exclamo por lo bajo.

—No te entiendo, Borja.

—Ni falta que hace. Estaba hablando en plata.

Luego, Martita, zalamera y efusiva, se encarama a su sufrido vecino, le rodea el cuello y no le estrangula de milagro.

YOU?

Último viernes de septiembre. Mañana soleada y llena de promesas. Para olvidar el instituto y cerrar bien el mes, nada mejor que un duelo a raquetazos con Felipe. Subimos al Aeroclub después de comer. Entre nosotros, desde hace años, es tradición ensayar golpes durante media hora y jugar un set. También es tradición que pierda Borja. Me consuelo pensando que con Felipe pierde todo el mundo, y que ya tengo el atletismo para ganar medallas. Pero no me importaría ganarle alguna vez, aunque fuera por lesión. Mi verdugo le parece a Silvia un niño dulce, y quizá lo sea, pero en la pista se convierte en una máquina implacable de ganar puntos. Hoy no ha hecho una excepción. Para colmo, además de perder, me toca comprar bolas. De regreso, bajo en la parada más cercana a Gran Vía y entro en El Corte Inglés. Voy primero a por un DVD. Después, cuando estoy atravesando la zona de librería, hacia las bolas, alguien me llama por detrás.

—¡Hola, Borja! ¿Has ganado?

—¡Cómo se ve que no conoces a Felipe, Paula!

Es un encuentro inesperado. La primera vez que coincidimos fuera del Cunqueiro. Sonreímos al mismo tiempo y al mismo tiempo bajamos la vista, porque quizá estamos sintiendo lo mismo... Paula viste falda vaquera y un niki amarillo que le cae por debajo de la cintura. Si ahora lo que se lleva es marcar las formas con ropa ceñida, ella se desmarca con personalidad y tallas grandes. Esa falda y unas sandalias sueltas, muy sencillas, es lo que piden sus piernas finas y morenas. El amarillo contrasta con un rostro y unos brazos bronceados por tres meses de verano. La coleta, mal recogida por una cinta azul celeste, le da un aire juguetón que remata su atractivo. Ningún diseñador de moda la hubiera vestido con más gracia. Hablamos de libros, porque ella lleva en la mano a Cunqueiro y Rosalía. Yo, la película encargada por mi madre. Descubrimos que a los dos nos gusta el cine, y esa coincidencia también nos gusta. Me dice que ha visto, hace poco, *El camino a casa*, y me resume el argumento. Yo le hablo de mi última película. No es ninguna maravilla y ni siquiera recuerdo el título, pero me quedé con una escena. Un matrimonio norteamericano tiene un hijo único. Son negros. Cuando el niño cumple 10 años, al padre le diagnostican una enfermedad mortal. Cerca ya de la muerte, ese hombre joven y simpático da sus últimos consejos al hijo. Le ruega que cuide de su

madre por encima de todo. Luego añade algo inesperado: «Cuando tengas edad de enamorarte, a la chica que ames trátala y respétala como si fuera una reina, porque en realidad eso son todas las mujeres».

¿Verdad que te ha gustado el consejo, Ana? También le gustó a Paula. Al escucharlo brillaron sus ojos, tal vez porque leyó en mi pensamiento mi intención de tratarla así. Seguimos hablando y aproveché para comprar cuatro postales. Eran vistas aéreas del Castro, la Guía, Toraya y las Cíes.

—Toma. Para que tus amigas de Barcelona sepan dónde vives ahora...

—*Moltes gràcies*, Borja.

—¿Me acompañas al primer piso, a por unas bolas de tenis?

Sus sandalias escurridizas provocaron un traspies en la escalera mecánica y tuvo que agarrarse a mi brazo. Pagué el bote y, al bajar, me adelanté con un «dame la mano, no te vayas a caer». Cuando salimos a la Gran Vía, ya no había escaleras movedizas, pero yo no solté su mano. El mes de junio con Irene me había dado experiencia y seguridad en el manejo de ese tipo de situaciones. Paula tampoco pareció sorprendida. Por eso, en la fuente de los pescadores, le pregunté si le gustaría salir por la noche con la gente de clase. Contra todo pronóstico, agradeció la invitación y se disculpó, porque ya había quedado. Después, sin más explicaciones, añadió que tenía que irse. «Espera. Déjame una postal», pedí. Sacó de su bolsa la vista del Castro, saqué de mi mochila un *pilot*, y saqué también de la memoria los versos a los que Pedro puso música en Menduïña. Escribí lo que recordaba y metí a Paula en la foto, como si fuera la musa inspiradora del poema:

A veces tengo ganas de ser un cursi
para decirte lo mucho que te quiero, Paula.
A veces tengo ganas de ser tonto
para gritarle al mundo que me vuelves loco.
A veces tengo ganas de ser un niño
para dormir y soñar acurrucado en tu regazo.

Paula leyó la postal, la guardó de nuevo, dio media vuelta y se fue... Aunque antes pasó algo difícil de olvidar: Me miró, sonrió y se ruborizó levemente, mientras desataba sin ninguna prisa la cinta azul de su coleta. Tenía los brazos en alto, en la misma postura del día que se presentó en clase como una aparición de Hollywood. Exhibicionismo premeditado en ambos casos, estoy seguro. Creo que nunca voy a olvidar su figura junto a los pescadores de bronce, a media tarde de este otoño disfrazado de primavera. Ligeramente sonrosada, mi princesa catalana era igual que Vigo y Bayona: hermosa al atardecer.

No sé qué pensarás, Ana, si te digo que yo sentía —cuando se alejaba y su melena

bailaba en el aire al compás de sus pasos— que Paula es diferente a todas las demás; que yo he nacido para ella, y ella para mí; que yo, en realidad, nunca me he enamorado de Paloma y Lucía, ni de Miriam o Irene, sino solo de Paula; que la pondré definitivamente por encima de mis amigos, mis lecturas y mis deportes; que mi fatigado corazón no soportaría su rechazo; que no descansaré hasta conquistarla y que el diario de esa conquista será mi primera novela: una historia con el ritmo y la gracia de la música de Vivaldi.

Solo un detalle más. Una extraña coincidencia. Mientras bajamos la Gran Vía, Paula parlotea un castellano salpicado de palabras y expresiones catalanas e inglesas. Se excusa y me dice que ha vivido el curso pasado en Filadelfia, y que los tres idiomas se mezclan en su cabeza y en su lengua. «Si quieres, puedes hablarme en inglés», propongo, «así practico un poco». Ella asiente y me dice que está leyendo *The wind in the willows*, una historia preciosa.

—*And what are you reading now?* —me pregunta.

—Ahora no puedo leer nada, porque estoy escribiendo una novela.

—*You?*

—*Yes!*

LIBRO FÓRUM CON EL AUTOR

Para concertar una actividad de libro fórum con el autor, contacta con Ediciones Palabra a través de los teléfonos: 91 350 77 20 y 91 350 77 39; a través del correo electrónico: epalsa@palabra.es; o directamente con el autor entrando en www.jrayllon.es.



ÍNDICE

JUNIO

EL ODREN NO IMPOTRA

1. ME PRESENTO

2. ME GUSTAS

3. LO SIENTO

4. TUS AMIGOS

5. MIS COLEGAS

6. QUE VIENE IRENE

7. MI GOZO EN UN POZO

8. DE AMORES Y MORRIÑA

9. DE NAZIS

10. ADIÓS, ZINEB

11. PERA Y FRAMBUESA

12. EL TRIPARTITO Y EL BLOQUE

13. NUNCA SABRÁS...

14. PROHIBIDO CORRER

15. CASTELLANO ANTIGUO

16. SCHUMACHER

17. EMBARAZO

18. HABLEMOS DE SEXO

19. SOBRE EL SENTIDO

20. EXAMEN Y BRONCA

21. AMOR SECRETO

22. RAÍZ LATINA

23. HOGUERA DE SAN JUAN

24. NOTAS Y VACACIONES

25. ADIOSES

26. BICIS Y MOCHILAS

27. MALAS NOTICIAS

28. DIEZ CLAVES

29. SE ACABÓ LA MISERIA

30. HELADOS

JULIO

1. LOS TILOS
2. UN SUSTO
4. LA VIDA ES SUEÑO
5. ESTILO
- 6. MARCO AURELIO**
7. UNA PESADILLA
8. EN LA PÉRGOLA
9. TRECE AÑOS
10. LA ENCUESTA
11. CONSULTORIO SENTIMENTAL
12. UN CASO PERDIDO
- 13. ÉL Y ELLA**
14. MINI
15. AMADEUS
16. LENTILLAS
17. HOMO VIDENS
18. PIRATAS ROJOS
19. OVIEDO
- 20. SIN COMENTARIOS**
21. LLUEVE Y LLUEVE
22. LA TENTACIÓN
23. SIN ESPERANZAS
24. SANTANDER
25. ALTAMIRA
26. PALOMA EN EL CONGELADOR
- 27. SHAKESPEARE Y LOS LOZANO**
28. MACBETH
29. HA MUERTO JIMENA
30. BURGOS
31. EN EL ANDÉN

AGOSTO

1. TANTO MONTA
2. DE BOTE EN BOTE
- 3. CINE DE VERANO**
4. DELICIOSA MARTHA
5. MARTA LUCAS
6. NATALIA GINZBURG
7. ¿VOLVERÁS?
8. TE ESPERO
9. MEDIO SIGLO

10. MATAR UN RUISEÑOR

- 11. AVISO A NAVEGANTES
- 12. ÁTTICUS Y SCOUT
- 13. DOS BOMBAS EN BARAJAS
- 14. ¡MI TESORO!
- 15. VIKTOR FRANKL

16. LIBERTAD

17. POLÍTICOS

- 18. LUCÍA EN BAYONA
- 19. ABURRIMIENTO
- 20. PSICOPEDAGOGÍA
- 21. PAELLA DE DISEÑO
- 22. ROJAS

23. CUATRO PRINCESAS

24. CARROS DE FUEGO

- 25. EL SEDUCTOR
- 26. UN FAVOR A RAQUETAZOS
- 27. MALÚ
- 28. NO SE LO DIGAS A MIS PADRES
- 29. ANOTHER DAY IN PARADISE
- 30. ÉXODO

31. UN VAGABUNDO

SEPTIEMBRE

- PALABRAS EN LA ARENA
- LA CHINA
- ERIKA Y PEPE
- DISFRAZADO DE NADIE
- ERNESTO SÁBATO
- MISIÓN CUMPLIDA
- A VIGO
- ESTO SE ACABA
- ESTO EMPIEZA
- ME LLAMO PAULA
- AQUÍ SE VEN LAS RAMBLAS
- LIBRE Y AZUL
- ADIÓS, ANA
- SILENCIO
- BICHO RARO
- EL REY DEL MUNDO
- OTRA VEZ MARTHA
- YOU?

Índice

JUNIO	5
EL ODREN NO IMPOTRA	6
1. ME PRESENTO	7
2. ME GUSTAS	8
3. LO SIENTO	10
4. TUS AMIGOS	11
5. MIS COLEGAS	13
6. QUE VIENE IRENE	16
7. MI GOZO EN UN POZO	17
8. DE AMORES Y MORRIÑA	20
9. DE NAZIS	22
10. ADIÓS, ZINEB	24
11. PERA Y FRAMBUESA	26
12. EL TRIPARTITO Y EL BLOQUE	28
13. NUNCA SABRÁS...	30
14. PROHIBIDO CORRER	32
15. CASTELLANO ANTIGUO	34
16. SCHUMACHER	35
17. EMBARAZO	36
18. HABLEMOS DE SEXO	37
19. SOBRE EL SENTIDO	39
20. EXAMEN Y BRONCA	41
21. AMOR SECRETO	43
22. RAÍZ LATINA	44
23. HOGUERA DE SAN JUAN	45
24. NOTAS Y VACACIONES	46
25. ADIOSES	48
26. BICIS Y MOCHILAS	50
27. MALAS NOTICIAS	52
28. DIEZ CLAVES	54
29. SE ACABÓ LA MISERIA	56
30. HELADOS	59
JULIO	61

1. LOS TILOS	62
2. UN SUSTO	64
4. LA VIDA ES SUEÑO	66
5. ESTILO	70
6. MARCO AURELIO	71
7. UNA PESADILLA	72
8. EN LA PÉRGOLA	74
9. TRECE AÑOS	76
10. LA ENCUESTA	78
11. CONSULTORIO SENTIMENTAL	80
12. UN CASO PERDIDO	83
13. ÉL Y ELLA	84
14. MINI	85
15. AMADEUS	87
16. LENTILLAS	88
17. HOMO VIDENS	90
18. PIRATAS ROJOS	91
19. OVIEDO	94
20. SIN COMENTARIOS	95
21. LLUEVE Y LLUEVE	96
22. LA TENTACIÓN	97
23. SIN ESPERANZAS	98
24. SANTANDER	99
25. ALTAMIRA	100
26. PALOMA EN EL CONGELADOR	101
27. SHAKESPEARE Y LOS LOZANO	102
28. MACBETH	104
29. HA MUERTO JIMENA	105
30. BURGOS	106
31. EN EL ANDÉN	109
AGOSTO	111
1. TANTO MONTA	112
2. DE BOTE EN BOTE	114
3. CINE DE VERANO	115
4. DELICIOSA MARTHA	116

5. MARTA LUCAS	118
6. NATALIA GINZBURG	119
7. ¿VOLVERÁS?	120
8. TE ESPERO	121
9. MEDIO SIGLO	122
10. MATAR UN RUISEÑOR	123
11. AVISO A NAVEGANTES	124
12. ÁTTICUS Y SCOUT	125
13. DOS BOMBAS EN BARAJAS	127
14. ¡MI TESORO!	128
15. VIKTOR FRANKL	129
16. LIBERTAD	130
17. POLÍTICOS	131
18. LUCÍA EN BAYONA	132
19. ABURRIMIENTO	133
20. PSICOPEDAGOGÍA	134
21. PAELLA DE DISEÑO	135
22. ROJAS	136
23. CUATRO PRINCESAS	137
24. CARROS DE FUEGO	138
25. EL SEDUCTOR	139
26. UN FAVOR A RAQUETAZOS	140
27. MALÚ	141
28. NO SE LO DIGAS A MIS PADRES	142
29. ANOTHER DAY IN PARADISE	143
30. ÉXODO	144
31. UN VAGABUNDO	145
SEPTIEMBRE	146
PALABRAS EN LA ARENA	147
LA CHINA	148
ERIKA Y PEPE	149
DISFRAZADO DE NADIE	150
ERNESTO SÁBATO	151
MISIÓN CUMPLIDA	152
A VIGO	153

ESTO SE ACABA	154
ESTO EMPIEZA	155
ME LLAMO PAULA	157
AQUÍ SE VEN LAS RAMBLAS	160
LIBRE Y AZUL	161
ADIÓS, ANA	163
SILENCIO	165
BICHO RARO	166
EL REY DEL MUNDO	168
OTRA VEZ MARTHA	170
YOU?	172